

EL CENTENARIO

DE

GARCIA MORENO

EN

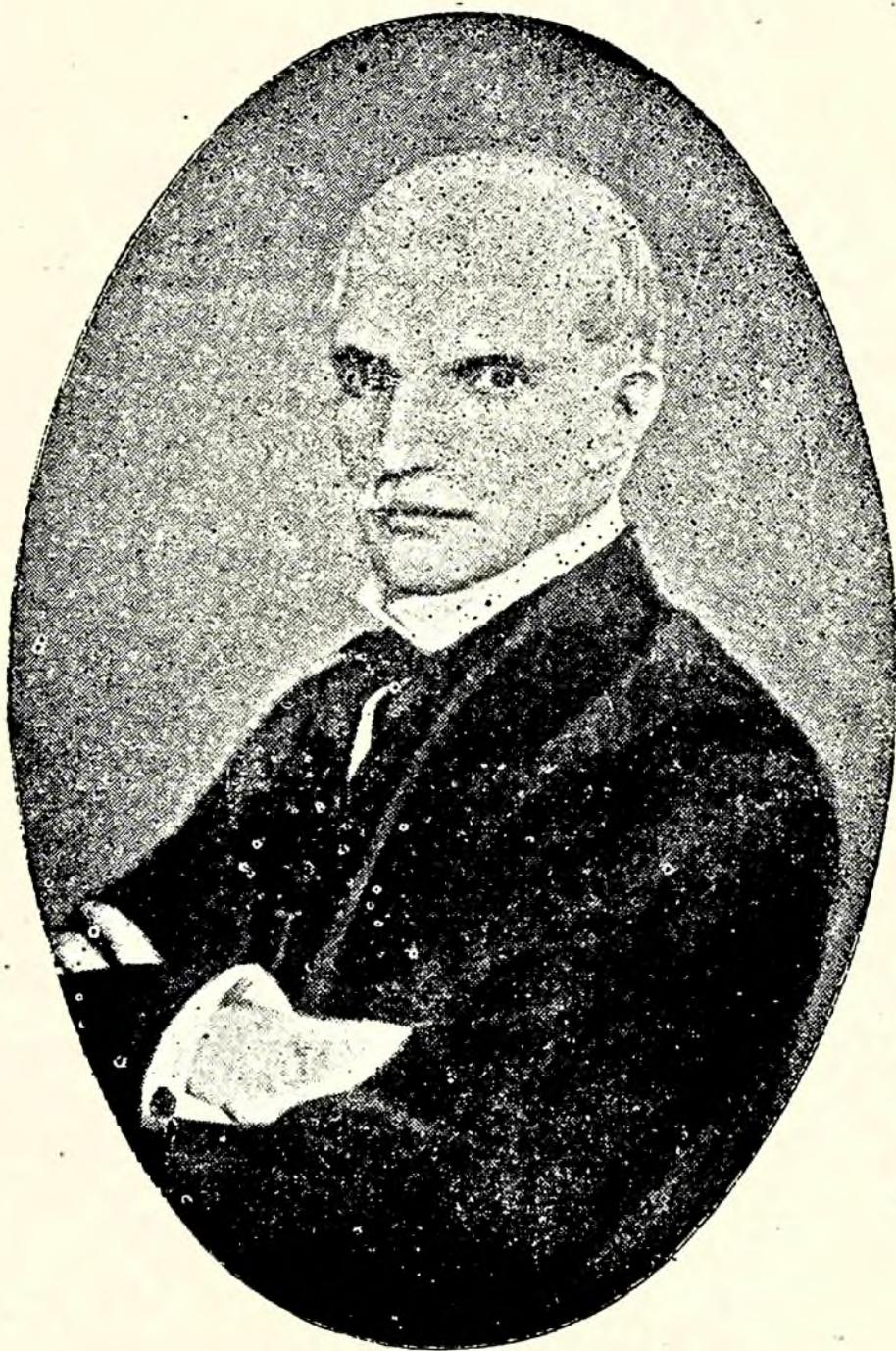
CUENCA



1821-1921



Tip. y Lit. «La Alianza Obrera»



*Excmo. Sr. Dr. D.
Gabriel García Moreno*

DOCUMENTOS OFICIALES



*Ilmo. y Rmo. Sr. D. D.
Daniel Hermida*

Obispo de Cuenca.

AUTO.

NOS, D. D. DANIEL HERMIDA

por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica,

OBISPO DE CUENCA

La Iglesia, benigna madre de los fieles, después de recibirlos en su seno y de guiarlos durante la vida con la luz evangélica, no los abandona, aun después de muertos, y continúa junto a su fosa sus plegarias por los que fallecieron en comunión con élla.

No otra cosa hace hoy al recordar con gratitud el nombre de uno de los mejores hijos de la Iglesia y de la Patria, del excelso gobernante católico del último siglo, del más conspicuo magistrado y creyente que ha admirado el mundo: el Sr. Dr. D. GABRIEL GARCIA MORENO.

En efecto, con su franca adhesión a la verdad católica, con su sincera obediencia a las prescripciones del Evangelio, sin temor ni vacilación, practicó el bien y procuró su triunfo en todo el campo social que por la Providencia divina le fué encomendado. Y propagando por donde quiera las fuentes del bien, en Institutos científicos, Casas de enseñanza o de beneficencia, todas bajo la sombra y calor de Comunidades religiosas escogidas; llevando la luz con las Misiones al Oriente ecuatoriano, estableciendo de modo firme y seguro el imperio del orden y la justicia en las leyes, en admirable consorcio la Religión y el Estado, dió al mundo el singular ejemplo de que en profesar la Religión católica está la felicidad de los pueblos. Su fe firme e intrépida le llevó a protestar contra las acometidas del mal en defensa del Pontificado, aunque solo, y a pesar de la mal disimulada cobardía de las naciones. Atestiguan su catolicismo a más de las obras con que procuró la regeneración del país, los nobles sentimientos que la Historia ha recogido en sus admirables documentos oficiales. «Si mis enemigos me atacasen por algún crimen que yo hubiese cometido, pediríales perdón y trataría de enmendarme; pero se conjuran contra mí porque amo de veras a mi Patria, porque trato de salvar su tesoro más preciado, la fe, porque soy y me muestro hijo sumiso de la Iglesia..... No debo pues contestarles otra cosa que: Dios no muere».....

«Qué dicha para mí, Santísimo Padre, escribía a S. S. Pío IX, ser detestado y calumniado por amor de Nuestro

Divino Redentor! ¡Y cuán grande sería mi felicidad si vuestra bendición me alcanzara del Cielo la gracia de derramar mi sangre por aquel que, siendo Dios, quiso derramarla por nosotros en la Cruz».

García Moreno murió como vivió, en el servicio y santo temor de Dios: vivió para servirle y murió «mártir del derecho cristiano», según la expresión del Santísimo Padre Pío IX.

Debemos pues, nosotros no sólo honrar la memoria del Presidente modelo, sino también orar por el descanso eterno de su alma noble y creyente. Por tanto, Nos, de acuerdo con nuestro Vble. Capítulo Catedral, mandamos:

1º—Que se celebren honras fúnebres pontificales en sufragio del alma del egregio patricio, Sr. Dr. D. GABRIEL GARCIA MORENO, el día 23 de Diciembre, a las diez de la mañana, en nuestra S. I. Catedral, y con Oración fúnebre.

2º—Los Vbles. Sres. Vicarios Foráneos, el mismo día 23 de Diciembre, celebrarán con oficio exequial solemne en sus respectivas iglesias, lo mismo que los Vbles. Sres. Párrocos en las suyas, por el alma de este insigne bienhechor de la Iglesia.

3º—Suplicamos a las Comunidades, Congregaciones, Sociedades religiosas y a todos los fieles católicos ofrezcan a Dios comuniones y obras buenas con el mismo objeto.

4º—Pedimos a todos los demás Sres. Sacerdotes de la Diócesis celebren, en la misma fecha, una Misa por la misma intención.

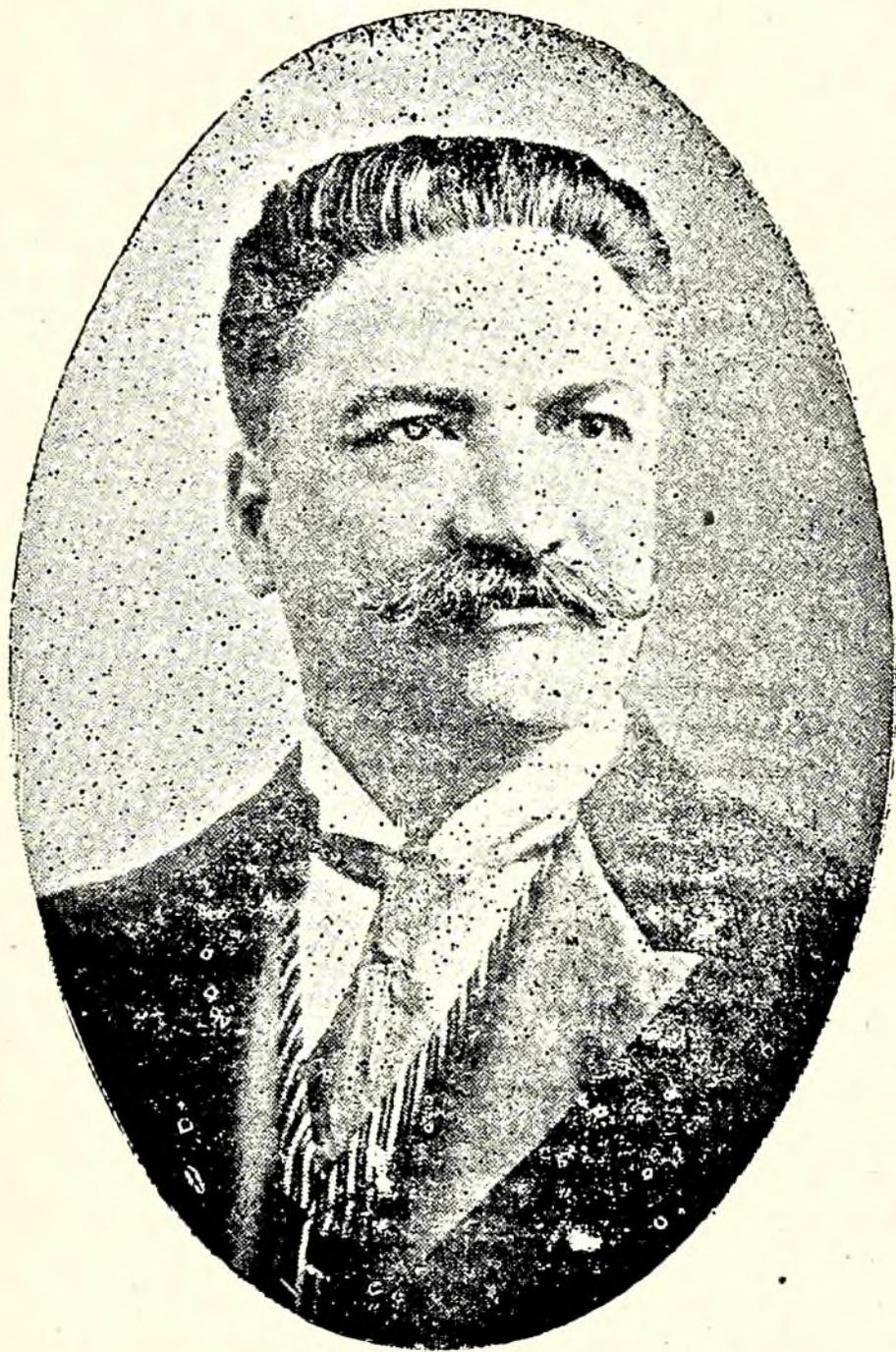
5º—El día 25 de este mes, después de la Misa Pontifical, se cantará el *Te Deum* por los beneficios recibidos por la acción católica de García Moreno.

6º—Se doblará simultáneamente las campanas en la Catedral y en todas las iglesias de la ciudad y parroquias urbanas, a las seis p. m. del día 22, y a las seis y diez a. m., a las 12. m. y a las seis p. m. del día 23.

Dado en nuestra Residencia episcopal de esta Ciudad de Santa Ana de Cuenca, a quince de Diciembre de mil novecientos veintiuno.

† DANIEL,
OBISPO DE CUENCA.

Isaac A. Ulloa,
Prosecretario.



Sr. Dr. Dn. Rafael María Arízaga

Presidente del Directorio Conservador del Azuay.

EL DIRECTORIO DEL PARTIDO CONSERVADOR

CONSIDERANDO:

Que el día 24 del presente mes se cumple el Centenario del nacimiento del ilustre ecuatoriano Sr. Dr. D. Gabriel García Moreno, y

Que este Directorio se adhirió entusiasta a la noble idea de celebrar dicho Centenario, de manera digna del Partido a que pertenece y del altísimo concepto que tiene de su glorioso fundador;

ACUERDA:

I.—Proclamar al insigne estadista ecuatoriano D. Gabriel García Moreno, varón digno de la admiración de la posteridad y del aplauso de la historia.

II.—Presentarlo a las generaciones venideras como modelo de magistrado católico: por lo inquebrantable de su fe, por su grande y sincero patriotismo, por su espíritu progresista y civilizador, por su noble afán en difundir las luces del saber y por su intachable pureza en el manejo de los intereses nacionales.

III.—Concurrir en corporación a los oficios religiosos que se celebrarán en la Iglesia Catedral, el día 23, por la mañana.

IV.—Celebrar sesión pública, en unión del "Comité García Moreno", el día 24, por la tarde, encomendando a su propio Vicepresidente, Sr. Dr. D. Remigio Crespo Toral, llevar la palabra oficial en aquel acto, en solemne homenaje a la memoria del esclarecido ecuatoriano; y

V.—Invitar a todos los habitantes de esta ciudad, no indiferentes a las glorias de la Patria, a adornar sus casas el día 24, con insignias nacionales, en honra del Gran Estadista, del Patriota que más ha dignificado al Ecuador, dentro y fuera de sus fronteras.

Dado en Cuenca, a 20 de Diciembre de 1921.

EL PRESIDENTE,
Rafael M. Arízaga

EL VICEPRESIDENTE,
Remigio Crespo Toral

MIEMBROS HONORARIOS

Roberto Crespo Toral,
Santiago Carrasco,
Daniel Toral Malo,
Benjamín Cordero,

Honorato Vázquez,
Octavio Vega,
Alberto Tamariz Carrión
Hilario Tola.

VOCALES

Miguel Peña, *Ricardo Granda,* *Luis Lazo H.,*
Manuel A. Corral, *Tarquino Martínez Borrero,*
Miguel O. Bustos, *Aurelio Crespo,* *José Rubio A.*

SECRETARIO,

Pablo J. Moscoso.

PROSECRETARIO,

Tomás Vega Toral.

DE LA PRENSA

GARCIA MORENO

Al cumplirse el centenario del nacimiento del más ilustre de los hombres públicos del Ecuador, un sentimiento de amor propio nacional, no menos que de grande admiración y reconocimiento, ha prendido la llama del entusiasmo en todo pecho noble y generoso y le ha hecho recordar los deberes que la civilización impone en favor de los grandes servidores de la Nación. El alma ecuatoriana, sobrecogida y avergonzada de las miserias del presente, ha vuelto la vista a lo pasado; y al ver destacarse allá, en las altas cimas de la historia, la figura legendaria del Magistrado insigne, que hizo de su glorioso nombre un título de honra para su patria, no ha podido menos que sentirse orgullosa de los días antiguos, y bendecir la memoria de quien los llenó con el prestigio de su genio y las obras de su abnegado patriotismo.

Y en verdad, el Ecuador no podría, sin incurrir en la tacha de ingratitud, dejar de ensalzar y glorificar la memoria de quien, a costa de inmensos sacrificios, le hizo entrar resueltamente por el camino de la civilización y del progreso; de quién dominó la anarquía, estableció el orden, organizó la hacienda, combatió el crimen, fomentó la instrucción pública; de quién urbanizó sus poblaciones, construyó sus carreteras, inició sus vías férreas; civilizó su milicia, defendió su territorio; de quien, en fin, tuvo en todos los actos de su vida pública por norte el amor de la patria y por regla invariable de conducta una rectitud aplaudida hasta por muchos de sus propios adversarios.

García Moreno había recibido del cielo los más preciosos y variados dones de inteligencia y de corazón; las ciencias y las letras habrían sido para él campo abierto a las más espléndidas conquistas, si su temperamento batallador y su vehemente patriotismo no le hubieran llevado de preferencia al estadio de la política, en el cual debía inmortalizar su memoria, consagrando al bien público todas sus grandes facultades, el vigor de una voluntad indomable y la nobleza de un espíritu abnegado hasta el sacrificio: el sacrificio de la vida misma, en aras de la patria.

Católico de profundas convicciones, sintió dominado su espíritu por el poder de la gran síntesis cristiana, y llevó a la política aquella fecunda unidad de pensamiento que hace del verdadero creyente el hombre de la fe, así en

la vida privada como en la pública. Jamás concibió la absurda dualidad del católico que pretende serlo en las intimidades de la conciencia y de la vida individual, y que abandona sus creencias al embate de la impiedad del siglo, en las relaciones de la vida ciudadana.

Conformar su política con las enseñanzas y preceptos de la Iglesia Católica era para él consecuencia lógica de la unidad de su fe y de la unidad de su conciencia.

El nombre de García Moreno resplandece en nuestra historia como el del gallardo paladín de la política civilista, frente al monstruo del militarismo rapaz y sanginario; de esa calamidad que ha pesado sobre la República, como una montaña de ignominia, y que ha sido antes y después de García Moreno, la causa de nuestras verguenzas y de nuestros mayores infortunios. García Moreno luchó con él, con brazo poderoso, y lo mantuvo aherrojado a sus plantas, en vergonzosa humillación; y para oponer al genizaro corrompido y corruptor el militar de alta escuela, el verdadero defensor de la república y de las garantías ciudadanas, fundó el Colegio militar, de donde habían de salir más tarde los caballeros de la espada, los guardianes del decoro nacional y de las glorias de la patria.

Pulcro y experto gerente de la fortuna pública, en una época en que la renta nacional apenas si alcanzaba a tres millones de pesos anuales, atendió puntualmente a todos los servicios administrativos y llevó a cabo, él solo, en un breve lapso de diez años, mayor número de obras públicas nacionales que el radicalismo dilapidador con más de TRESCIENTOS MILLONES de sucres, en veintiseis eternos años de jolgorio y desgobierno. ¡Qué contraste entre la administración del gobernante que cree en Dios, y del que proclama la libertad de la licencia!...

Para el sabio magistrado, la causa de nuestro atraso, de nuestra pobreza, de nuestros trastornos y miserias, debía atribuirse a la ignorancia de las masas, a la estrechez de los horizontes científicos para las clases elevadas, a la limitación de profesiones y oficios para todos; y a conjurar tamaño mal consagró todos sus esfuerzos: multiplicó y mejoró las escuelas primarias, estableció colegios y liceos, fundó la Escuela Politécnica y el Protectorado de Artes y Oficios, construyó el Observatorio Astronómico, dotó a la

Universidad Central de profesores europeos, dictó sabios reglamentos de Instrucción Pública, etc. Todo esto entre el ir y venir de la lucha por mantener el imperio del orden, en medio al tráfago de la inspección personal de las obras públicas y sin el más pequeño menoscabo de las múltiples atenciones de la administración común. ¡Qué hombre y qué gobernante!

Cien años han pasado desde el nacimiento de este prócer ilustre, cuya vida fue toda de lucha y contradicción y aun tienen puesto en la escena del mundo algunos de sus más ardientes adversarios; no ha llegado, pues, para él el día de la justicia plena de la historia. Mas, cuando el juicio de Dios se haya hecho sobre todos los actores del terrible drama en que le cupo el rol de gran protagonista; cuando todas las pasiones hayan enmudecido y recobrado su imperio la verdad y la razón; cuando las corrientes del tiempo hayan arrastrado los detritus que la envidia humana amontona hasta en las altas cumbres, sin mengua de su grandeza; entonces la figura de García Moreno se levantará sobre el horizonte de nuestra política, arrogante y magnífica, como se levanta sobre los Andes ecuatoriales, coloso sin rival, el Chimborazo, cabeza de un hemisferio, honor de un continente.

(DE "EL PROGRESO")

GARCIA MORENO

No son las líneas de una gaceta suficientes para trazar la grandiosa figura del católico e integérrimo Magistrado del Ecuador.

Semblanzas, monografías, dramas, recuerdos biográficos y libros históricos que han desarrollado su admirable existencia son el material acopiado con que levantamos en nuestro espíritu, un monumento inmortal, a la memoria de García el Grande, del hombre que honró al hombre.

Los que hemos, asistido al desmoronamiento de la República y seguimos presenciando el vértigo con que se lanza al vórtice de la ruina y de la degradación, no podemos hacer otra cosa, sino callar resignadamente, añorando aquella época, en que con ser tan exigüo el ingreso de fondos a las arcas fiscales, se cubrían a satisfacción, todas las exigencias económicas del país.

I se hacia más: concedíanse becas, contratábanse profesores extranjeros; nivelábanse carreteras; levantábanse enormes edificios que revelan hasta ahora la mano férrea, la inteligencia previsoras y la voluntad incorruptible del que los dirigió.

Si consideramos tan solo su labor cuando Presidente, que lo fue reelecto hasta por tercera vez, en rápida ojeada registraremos de cuánto fué capaz un hombre que supo amar a la patria con el intenso ardor de un elevado temperamento.

Para salvar al mundo no se ha necesitado muchas veces de cerebros que confinan con las nubes, que rebasan el nivel del común de las gentes; de aquellos hombres cumbres, donde arrebolan los relámpagos del genio, donde anidan las águilas de videntes pupilas, donde el sol alumbra desde muy temprano, hasta la última hora de la tarde.

La Escuela Politécnica que tan innumerables servicios ha prestado a las ciencias y a las artes; el Conservatorio Nacional de música que prospera, como toda iniciativa sembrada por la mano de García Moreno; la Casa de Artes y Oficios, donde aun giran ejes y ruedas, como obedientes al impulso que ha quedado latente en sus motores; el Observatorio Astronómico, uno de los tres únicos de Sud—América, acaso el mejor situado, puesto que coincide con el paso de la línea equinoccial. Hermosa cons-

trucción que dice elocuentemente de la sabia y progresista actividad de su autor. La gran casa del Panóptico, en cuyas gigantescas murallas de granito, parece vagar, proyectada desde ultratumba la vigilante y avisora mirada del que dió libertad para todo y para todos, menos para el mal y los malhechores.

Los caminos, las vías férreas, los proyectos de trochas, delineados en lo más abrupto y contorsionado de las moles andinas, publicando están la energía sobrehumana de aquel para quien, como para Napoleón, no hubo en el diccionario la palabra *difícil*.

En la Metropolitana y en las iglesias del Ecuador célebranse con justicia honras fúnebres por aquel que defendió heroicamente los principios y credos de nuestra sacrosanta religión.

Aún no tenemos en nuestra Patria el homenaje del mármol a García Moreno, mientras en el Vaticano y en otros países está la efigie augusta del Presidente modelo.

De locura calificaron los espíritus apocados de entonces, sus monumentales empresas; y, en verdad, que no sabemos hasta dónde tienen razón los genios.

La burguesía halla talento en la defensa y persecución de mezquinos intereses, y su vista material no columbra la nobleza del que consagra su vida al triunfo de un ideal, de un solo ideal.

En su apoteosis, podemos exclamar la misma confesión sublime con que se exhalaba su alma, al golpe del puñal asesino, puestos los ojos en alto y llena de ideales la espaciosa frente: *Dios no muere!*

DE «LA ALIANZA OBRERA»

EL ODIO

A GARCIA MORENO

Es un hecho digno de toda observación el odio y apasionamiento con que se juzga a García Moreno, no obstante, la media centuria que ha transcurrido desde su desaparición de la vida. ¿Obedece esto a que sus yerros o las violencias de su carácter superen con mucho a sus virtudes y a los bienes prodigados a su país? De ningún modo; Rocafuerte erró mucho más y ya no se recuerdan las deplorables violencias que le llevaron a tremendos y crueles excesos. Casi no hay ecuatoriano que no se enorgullezca de Rocafuerte, mientras se repudia la honra que García Moreno conquistó para el Ecuador, en todos los países católicos. Las pequeñas faltas que pudo cometer el Gran Magistrado, en medio mismo de su acendrado amor por la Patria y sus sinceros propósitos, que fueron siempre encaminados con noble intención, se han abultado y ponderado con rabiosa elocuencia, sin perjuicio de, en el terreno de los hechos, dar a esas faltas, viso de virtudes; pues junto a los famosos de los *padres e inventores* de la libertad que tanto le combatieron y acusaron, lo parecen, o quedan ellas como un grano de arena, junto a la montaña de la tremenda Historia de los últimos veinticinco años.

Cuantos puritanos que en el Magistrado Patriota, no perdonaron alguna faltilla y la combatieron con el mayor encarnizamiento y exceso, perdonaron después, en el Terrible Anciano enormes monstruosidades. Es que García Moreno que llevó francamente la inspiración cristiana a la política y al derecho, contribuyó bastante, para el triunfo del bien, solidarizando con él su vida, puesta a su servicio, para que el mal, perpetuamente antagónico de tal causa, le perdone y consienta en honrarle. Y, sin embargo, en este odio tenaz, como sólo se profesa contra el catolicismo, contra su Divino Fundador, contra sus más grandes apóstoles, está consignada la valía del Presidente Mártir.

Indudablemente al vulgar tirano, Eloy Alfaro, a quien el Ecuador no debe sino ruinas y corrupción, se le perdonarán sus asesinatos y atropellos, su figura grotesca... y se consentirá y aplaudirá su apoteosis, pero, pasará otra centuria y aun se discutirá y ensañará contra el Gran

García Moreno, figura noble y heroica, digna de la epopeya.

Ciertamente no es de estas entecas generaciones, este Varón, digno de figurar por sus hazañas, en las gestas de los héroes y semidioses. No úna, sino cien veces su figura se yergue en la Historia, con robusto perfil en actitudes dignas del bronce y de la epopeya.

Aquí es el prisionero que se trueca, merced a su valor, en juez de sus carceleros y verdugos; allí el ciudadano audaz y heroico que solo, rinde un cuartel y salva a la Patria de una conjuración amparada por la debilidad gubernativa. ¿Quién no admira el valor y la osadía de quien, en improvisados cruceros, cae como el rayo sobre los que señorean el Golfo, sin soñar siquiera que pueda el Presidente caer sobre ellos?

Hombre admirable, García Moreno; admirable en su juventud, en sus obras, en sus hechos; admirable en el modo con que hacía justicia, pero, sobre todo, admirable en la prosperidad, orden y paz que dió al Ecuador.

Qué contraste tan grande ofrece el Ecuador demagógico y atrazado, escapado de las brutalidades de los *tauraras* de Urbina que encuentra García Moreno, y el que él deja, digno de recibir la púrpura de su sangre, ¡ay! inútilmente perdida, por obra, de los idealistas que le combatieron, sin sospechar que abrían senda para Veintimilla y Alfaro.

(DE "EL OBRERO AZUAYO")



Sr. D. D. Tomás A. Alvarado

Canónigo de la Catedral de Cuenca.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA CATEDRAL DE CUENCA POR EL
RVMO. SEÑOR CANONIGO DR. DN. TOMAS A. ALVARADO,
CON MOTIVO DE LA CELEBRACION DEL PRIMER CENTENARIO
DEL NACIMIENTO DE GARCIA MORENO.

*Et hoc habebis signum quod
miserim te: cum eduxeris po-
pulum meum de Aegypto, im-
molabis Deo, super montem
istum.*

EXOD. C. III v. 12

! la señal que tendrás de
ser heraldo mío, será que
cuando hayas librado a mi
pueblo del Egipto, ofrece-
rás un sacrificio a Dios so-
bre este monte.

Ilmo. y Rvmo. Señor. Venerable Capítulo Catedral, Señores:

La inmortalidad del genio es patrimonio de las ge-
neraciones.

García Moreno con sus grandes hechos inmortalizó
juntamente con su nombre el de la nación a que pertene-
ció, la República del Ecuador conocida hoy en todo el
mundo con el proverbial renombre de *la Patria de García
el Grande*.

Inmortalizó la memoria de sus progenitores, Don Ga-
briel García Gómez y Doña Mercedes Moreno que le dieron
el ser en la afortunada ciudad de Guayaquil, la encantado-
ra Perla del Pacífico, cuna de Olmedo y demás egregios
próceres.

Inmortalizó el recuerdo del abnegado preceptor de su
infancia, del humilde cenobita Mercedario, Fray José Betan-
court, que supo inculcar en su alma el santo temor de
Dios de manera perdurable.

Inmortalizó finalmente, el día de su advenimiento al
mundo, 24 de Diciembre de 1821, cuyo primer centena-
rio celebramos hoy a nombre de la Iglesia que se com-
place en hacer suyas las hazañas y glorias de sus hijos, y
tiene como deber sagrado el de orar por el descanso eter-
no de sus almas, como acabamos de hacerlo en el Oficio
litúrgico que nos ha congregado en este templo.

García Moreno que al decir de Luis Veuillot *se educó para reinar*, comenzó a desplegar desde sus primeros años las dotes singularísimas de que fue colmado por el cielo, y que supo llevarlas al más alto grado de perfección posible, con esmerado cultivo. Incontrastable fe, talento luminoso, amor al orden, don de gobierno, valor a toda prueba, energía sin rival, inquebrantable firmeza de carácter y audacia que rayaba en temeridad para toda grande empresa, hicieron de él un héroe extraordinario con destino a ser *mártir de la civilización católica*.

Coloso del siglo, en el Continente americano, exploró no sin misterio las humeantes entrañas del Pichincha, con inminente riesgo de su vida, pues hubo de hacer temblar un día la región de los volcanes, la nación ecuatoriana, anarquizada por la revolución fatalmente heredada de Colombia; y con la prodigiosa palanca del derecho cristiano y su propia pujanza extraordinaria de Atlante, tomarla sobre sus hombros y llevarla a una altura tal de civilización y de cultura que con ella, diríamos a manera de Menéndez y Pelayo, *tuvo lo bastante para vivir honradamente en la historia*.

Proclamar, defender y hacer triunfar los derechos de Dios sobre los derechos del hombre entronizados por la revolución francesa en todo el mundo, era por aquel tiempo un verdadero imposible que sólo el poder redentor del cristianismo era capaz de vencerlo. Napoleón, con ser quien era, reconocía tristemente esta verdad, y abrumado de dolor confesaba el imposible. Cuando las autoridades de la Iglesia le decían que el deplorable estado en que dejaba a la Francia, a pesar de su expirante carrera de glorias y conquistas, dependía de que la Carta fundamental de la nación no era la de un Estado católico, puesto que igualmente protegía a la verdad y al error; él, presa del más profundo desaliento se limitaba a replicar lleno de angustia: "¿Y creis que la época en que vivimos puede soportar este estado de cosas, y que ha llegado el momento de establecer el reino exclusivamente religioso que pedís?..." Bolívar, el gran Bolívar en el luctuoso ocaso de su misión libertadora, volvió anhelante sus ojos a la Iglesia de Dios, y pretendió conciliar la religión con la política en Colombia; mas, comprendiendo demasiado tarde que no es lo mismo independizar los pueblos que salvarlos, se arrojó en brazos del más triste de-

sengaño y prorrumpió en lamentaciones como las siguientes: "¡Ciudadanos! me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás." "La América es ingobernable, decía pocos días antes de su muerte: los que han servido a la revolución han arado en el mar." "Estos países caerán indefectiblemente en manos de la multitud desenfrenada, para después pasar a la de tiranuelos casi imperceptibles de todos colores y razas, devorados por todos los crímenes y dominados por la ferocidad".

Señores: lo que para Napoleón y Bolívar fue imposible, no lo fue para García Moreno que tuvo como signo de ser Enviado de Dios, la regeneración del pueblo ecuatoriano, arrancándolo de las garras de la revolución y la anarquía, como el caudillo de Israel libró a ese pueblo de la esclavitud de Egipto, y ofreciendo el sacrificio de su propia vida en aras de la Religión y de la Patria. *Et hoc habebis signum quod miserim te: cum eduxeris populum meum de Aegypto, immolabis Deo super montem istum.* "Y la señal que tendrás de ser Enviado mío, será que cuando hayas librado a mi pueblo del Egipto, ofrecerás un sacrificio a Dios sobre este monte."

García Moreno, fue el heraldo, del reinado social de Jesucristo en la República del Ecuador. Tal será, Señores el pensamiento dominante en este discurso de ocasión, y voy a procurar dilucidarlo.

*
* *

La América al independizarse de España ¿no se independizó de Dios!...! Sin embargo, fascinada por los encantos del paraíso de la libertad, se dejó seducir por la serpiente de la rebelión, oculta entre las flores de la ilustración, del patriotismo y más virtudes cívicas: la malhadada Convención de Cúcuta, cuyos principios fundamentales, en el hecho de prescindir de la Religión, proclamaban la soberanía absoluta del pueblo y la atentatoria subordinación de la Iglesia al *Dios Estado*. Los pueblos emancipados optaron en consecuencia por una república ideal, cimentada en tan absurdos principios, sin comprender que la república para ser verdadera ¿debe instalarse de hinojos a los pies de Dios!

El Ecuador desmembrado de Colombia, constituyöse en Estado independiente, bajo el imperio de las mismas le-

yes; y para arrancarlo de tan deplorable estado era preciso nada menos que el poder extraordinario de un Presidente formado según el Corazón de Dios, de un heraldo del reinado social de Jesucristo, de *un hombre que hiciera honor al hombre*, de un caudillo providencial de la genuina democracia, de García Moreno, en fin, que supo interpretar en cierto modo la libertad soberana del Decálogo, en esta frase inmortal: *¡Libertad para todo y para todos, menos para el mal y los malhechores!*

Cuando los blasfemos secuaces del radicalismo y de las logias le acusaban de esclavizador de la República al feudalismo de Roma, él respondía con una convicción tan profunda como la de San Luis, Constantino y Carlomagno: "Este país es incontestablemente el reino de Dios; le pertenece en propiedad y no ha hecho otra cosa que confiarlo a mi cuidado. Debo pues hacer todos los esfuerzos imaginables para que Dios impere en este reino; para que mis mandatos estén subordinados a los suyos; para que mis leyes hagan respetar su ley". Declaraciones como esta abundan no solamente en sus vibrantes proclamas, arengas y discursos de militar insigne y Magistrado atleta, sino también en muchos de sus valientes escritos tanto en prosa como en verso y en todos los periódicos y opúsculos con que inició y continuó su prematura actuación en la política; entre los cuales enumeraremos tan sólo los siguientes: *El Zurriago*, *El Vengador*, *la Defensa de los Jesuitas*, el conmovedor *Adios a los Jesuitas* que arrancó lágrimas a muchos de los admiradores de tan insignes Religiosos e hizo prorrumpir en blasfemias a sus perseguidores; la inmortal *Epístola a Fabio* y *La Nación* que juntamente con las producciones anteriores fueron las poderosas armas con que sucesivamente combatió a Flores, Rocafuerte, Roca y en especial a Urvina que más que ninguno de ellos alardeaba de impiedad y sectarismo; y que le suscitaron la encarnizada persecución de que fué víctima, y le acarrearón varias veces el destierro. La fecundidad asombrosa de su pluma dió ocasión a que algunos de sus amigos le impulsasen a que escribiera la historia de la Patria ecuatoriana; a lo que él respondía con intuición profunda: *¡Vale más hacerla!* como que en efecto la hizo en la parte que le cupo.

En su *Defensa a los Jesuitas* hay luminosos fragmentos que revelan la misión providencial que le fue confiada

por el cielo. Vaya por todos juntos el siguiente: ¡“Ay de mi patria el día que rompa la impiedad las aras del Dios vivo! Pero no, el día de maldición no nacerá para nosotros; la luz consoladora de la fe brillará en el Ecuador en toda su pureza.... Atravesaremos el desierto de la vida, guiados por la eterna Providencia; y si es preciso como en los antiguos tiempos pasar por las aguas del Mar Rojo, Dios abrirá paso para su pueblo escogido y dejará que salvo en la lejana orilla, entone el cántico de alabanza y gloria!”

Desterrado por Urvina a Paita, trasladóse a París, donde a más de imponerse de la solución de arduos problemas políticos del Continente europeo, capaces de suscitarse en otros pueblos, leyó por tres veces consecutivas los veinte y nueve tomos de que consta la monumental historia eclesiástica de Rohrbacher, en cuya fuente de sabiduría se penetró una vez por todas de la admirable conclusión política que nadie en el mundo será capaz de negar mientras perduren los siglos, a saber: “La Iglesia católica es la reina del mundo, a la cual deben obedecer los reyes lo mismo que los pueblos. Es la cabeza del gran cuerpo social cuyo brazo es el Estado. Por consiguiente, no hay lucha entre la Iglesia y el Estado sino la mas íntima armonía entre estos dos poderes soberanos”. “Saturado de esta suprema verdad, añade el insigne Veuillot, García Moreno aprendió cuanto debía saber para gobernar un pueblo.... Cuando volvió a su lejano país, su elección estaba ya hecha; sabía donde se hallaban la verdadera gloria, la verdadera fuerza, los verdaderos operarios de Dios.”

Veamos, pues, a grandes rasgos, como con tan asidua preparación el gran Caudillo de Dios emprendió en la reforma religiosa del pueblo que estaba llamado a gobernar con brazo hercúleo.

La piedra angular del gran edificio de reforma que desde cuando era Ministro de Hacienda proyectaba, fue la Constitución política de 1869, que casi en su totalidad era obra suya y como tal, heroicamente católica. Baste recordar en prueba de ello, el inciso primero del Artículo diez, que textualmente decía: Para ser *ciudadano es preciso 1º ser católico*, y que después de tenaz y reiterada discusión quedó aprobado, con el decidido apoyo del denodado Ministro quien lo hizo triunfar con esta elocuente frase: “Necesario es levantar un muro de división entre los

adoradores del verdadero Dios y los de Satanás". Frase verdaderamente sublime en tales circunstancias, digna de Teodosio el grande, quien como consta de la historia, fue el primer Emperador cristiano que hizo promulgar un decreto semejante entre sus sabias leyes.

La regeneración de la república en el orden religioso, o sea el reinado social de Jesucristo era capaz de producir un cataclismo de rebelión en aque'la época en que el militarismo más desenfrenado arrancó a García Moreno esta resolución irrevocable: "Un ejército así constituido, decía, es un cáncer que devora a la nación; o lo he de reformar o he de destruirlo!" Lo reformó en verdad; mas para ello hubo de recurrir a ejemplares de inexorable justicia que el libertinaje llama tiranía; como entre otros, el de Jambelí, en cuya acción Robles y Urvina fueron derrotados para nunca volver a levantar el pendón de la revuelta; el del General Maldonado, a raíz del cual, publicó una vibrante proclama, en la que entre otras cosas decía: ¡"Compatriotas! a los que corrompe el oro, los reprimirá el plomo; al crimen seguirá el castigo". A estos actos de inevitable justicia pudiera también añadirse el realizado con el argentino Viola, cómplice de Urvina "Doctor Viola, preguntóle el inflexible Presidente, ¿sabe U. la pena que merece un traidor? ¡La muerte! contestó el interpelado. Pues bien, añadió el terrible interlocutor "Prepárese a recibir el castigo a los traidores. Será U. fusilado a las cinco de la tarde."

A cuantos le tildaban de cruel y sanguinario él respondía: "El cadalso erigido para el criminal es garantía de seguridad para las gentes honradas". Si le observaban que Dios con ser Dios perdonaba al delincuente, él replicaba: "¡Dios no perdona a la hora del castigo!"

Cimentada la paz al amparo de una Constitución sinceramente católica, era ya llegada la hora de atender al fundamento primordial del reinado social de Jesucristo: a la instrucción cristiana y la educación netamente religiosa que con el gran Protectorado católico, tuvieron incremento fabuloso, bajo el gobierno del insigne Restaurador de la civilización cristiana. Congregaciones docentes de uno y otro sexo, entre otras la de los Sagrados Corazones, la de los Hermanos Cristianos y especialmente la de la Compañía de Jesús, fueron llamadas desde el extranjero para

que se hiciesen cargo de la enseñanza primaria, secundaria y superior en el país, donde se fundaron innumerables escuelas para niños y niñas, hasta en las apartadas regiones del Oriente; en cuyas selvas se establecieron prósperas Misiones, como las de Macas, el Napo, Gualaquiza y Zamora, en las que los ilustres hijos de Loyola se consagraban también con celo infatigable a la instrucción de la infancia. Por lo que hace a la enseñanza secundaria y superior fue así mismo atendida en Colegios y Universidades de primera clase y coronada por la famosa Escuela Politécnica, capaz de competir, como con razón se ha dicho, con los mejores centros científicos de Europa.

Para que la educación religiosa así implantada tuviese el carácter de inviolable en virtud de un pacto solemne y sagrado, el Presidente, mensajero de Dios, celebró el Concordato de 1863, cuyo principal Artículo, en conformidad con la Constitución de la República, decía: "La Religión Católica, Apostólica, Romana, es la Religión del Estado, con exclusión de otros cultos o sociedades condenadas por la iglesia.—*La instrucción de la juventud será conforme a la Religión Católica.*" Tan augusto Convenio acordado con el magnánimo Pío IX, fue celebrado en toda la República con regocijo extraordinario; pero donde las fiestas revistieron el carácter de verdaderamente excepcionales, fue en la Catedral de Quito, en la que después de la solemne misa pontifical, entonóse un pomposísimo *Te Deum*, cuyos acordes alternaron con el estruendo atronador de salvas de artillería que retumbaban afuera, donde al mismo tiempo se enarbolaron juntas las banderas del Pontificado y de la nación ecuatoriana; gloriosas insignias cuyos vívidos colores flotando simultáneamente por los aires, simbolizan la unión y la concordia entre la Iglesia y el Estado, única prenda infalible de la bien entendida prosperidad de las naciones.

Triunfante y promulgado el Concordato, al Clero correspondía más que nunca sostener los derechos de la Iglesia; mas para ello debía levantarse al mayor grado de perfección posible en el desempeño de sus sagradas funciones; y el gran caudillo católico recabó y obtuvo el consentimiento de la Autoridad eclesiástica, para la reunión de un Concilio provincial, el más célebre acaso entre los de la América latina. Cuando el Procurador fiscal amenazó con el destie-

rró a los Prelados del Concilio, por no haber obtenido el respectivo *placet*, García Moreno le hizo comparecer en su presencia, y le dijo con imperio: "Quereis desterrar a los Obispos alegando una ley cismática; pues bien, yo os aplicaré la misma pena como a violador de la Constitución de la República, que es netamente católica." Aterrado el miserable ante las miradas de rayo del formidable Presidente y sus palabra de trueno, desistió al punto de su infame intento. No menos dignas de mención son las expresiones gratulatorias que dirigió a los Vbles. miembros del Concilio. "En cuanto a mí, les dijo, os ayudo con todo mi poder; vuestros decretos serán respetados; pero a vosotros toca juzgar y castigar a los culpables." Expresiones son estas que revelan el profuudo acatamiento que profesaba a la Iglesia el Magistrado creyente que impulsó la erección de cuatro Obispados para el mejor gobierno de la Provincia eclesiástica ecuatoriana.

Para que en un pueblo sojuzgado por el liberalismo y la revolución llegue a imponerse el reinado social de Jesucristo, no basta que su Caria fundamental garantice a la Religión Católica; se necesita además de un brazo atlético capaz de hacerla cumplir a despecho de la oposición del mundo entero,

García Moreno quizo hacer ostentación de cuanto era capaz para sostener el triunfo de los derechos de Dios en su Patria idolatrada, y por eso retó con gesto olímpico al mundo apóstata, protestando a la faz de la tierra y de los cielos contra la usurpación sacrílega de los Estados pontificios por Víctor Manuel y Napoleón III; atentado sin igual de que fué víctima el inmortal Pío IX que deploró el desastre en medio del silencio, de la indiferencia o mejor dicho de la complicidad del siglo de las logias. Cuando he aquí que desde el rincón más apartado del mundo, repercutió única y con el estruendo de mil truenos la estentórea protesta del Presidente del Ecuador que estremeciendo a los antros francmasónicos concluía con este como un presagio: "Hacemos votos porque el rey del Piemonte repare noblemente el efecto deplorable de una ceguedad pasajera, antes que el trono de sus ilustres antepasados sea tal vez reducido a cenizas por el fuego vengador de revoluciones sangrientas." Cuando el atribulado Pontífice se informó de la heroica actitud del Heraldo de Dios, habría,

no hay duda, traído a la memoria a Godolfredo de Bouillón; pues exclamó conmovido: “¡Ah si este fuese un rey poderoso, el Papa tendría un apoyo en este mundo!”

García Moreno que atribuyó piadosamente el triunfo obtenido en la ruda campaña contra Franco, el 24 de Setiembre de 1. 860, a la protección de la Virgen de Mercedes, cuya festividad celebra la Iglesia en aquel día, y al mismo tiempo decretó en acción de gracias la consagración de las armas de la República a la Reina del cielo bajo tan portentosa advocación, juntamente con la asistencia oficial del Gobierno y del ejército a las solemnidades religiosas de esa fiesta año tras año; creyó llegado el tiempo de dar cima al reinado social de Jesucristo, con un acto sublime y por entonces único en el mundo; y obteniendo previamente una ley al respecto, de los Obispos del Concilio de 1. 873, recabó de las Cámaras Legislativas el siguiente elocuentísimo decreto: “Considerando que el tercer Concilio de Quito por un decreto especial ha consagrado la República del Ecuador al Sacratísimo Corazón de Jesús y la ha puesto bajo su protección y salvaguardia; que pertenece al poder legislativo cooperar en nombre de la nación a un acto tan conforme a los sentimientos eminentes de catolicismo, y que es también el medio más eficaz de conservar la fé y obtener el progreso y bienestar del Estado, decreta: “La República del Ecuador está consagrada al Sacratísimo Corazón de Jesús que ha sido proclamado su Patrón y Protector. Se declara fiesta nacional de primera clase la del Santísimo Corazón de Jesús. Esta fiesta se celebrará en todas las Iglesias catedrales de la República por los Prelados diocesanos, con la mayor pompa posible....”

Consecuencia lógica de tan importante consagración fue el proyecto legislativo de la erección de la suntuosa Basílica del voto nacional, que algunos años después de la muerte de García Moreno fué solemnemente sancionado como un pacto de alianza entre el Dios de las naciones y el pueblo ecuatoriano que desde entonces confía firmemente en la promesa con que el Señor acogió bajo su amparo al pueblo favorito: “Levantaré mi tienda en medio de vosotros; mi corazón no os dejará jamás en abandono: yo seré vuestro Dios y vosotros sereis el pueblo mío.” (Levitic. C. XVI v. v. -11 y -12)

*
* *

La misión providencial del Heraldo de Dios, estaba, pues, cumplida.

El Ecuador libre ya del estado ruinoso de anarquía a que lo habían reducido el radicalismo y la revolución, ascendía por la vez primera a la cumbre de su prosperidad material, intelectual y moral como lo atestiguaban entre otros monumentos la Casa de artes y oficios, el Observatorio astronómico, el Panóptico, formidable atalaya contra el crimen, y pregonaba a la faz de todo el mundo que el Catolicismo es la fuente única de engrandecimiento verdadero; porque encierra en su seno la verdad, y solo la verdad puede hacer grandes, venturosos y libres a los pueblos.

Al Presidente católico restábale tan solo coronar el éxito con el sello inmortal del sacrificio, o sea con la espontánea inmolación de su fecunda existencia en aras de la Religión y de la Patria. *Inmolabis Deo super montem istum.*

Que la inmolación de García Moreno fue en cierto modo voluntaria y como tal, le hizo participante en alto grado del mérito que sublima el heroísmo de los mártires, no hay como ponerlo en duda. El presentimiento constante de su vida fue el del género de muerte que aguardaba. ¿Qué otra cosa podía esperar el que con un solemne decreto legislativo que obtuvo, había logrado extirpar por entonces los centros francmasónicos que aunque ignorados por muchos, no por eso dejaban de hacer sentir su tenebrosa influencia en toda la República? ¿I no son por ventura el plomo alevoso y especialmente el puñal sangriento del sicario las armas favoritas de las logias?....

Por otra parte, casi no hay notable escrito suyo en que no renovase el sacrificio anticipado de sus días. Sirvan como de ejemplo algunos rasgos.

Su nunca bien ponderada Epístola a Fabio termina con estos versos que encierran toda la imponente majestad de un vaticinio:

“Plomo alevoso romperá silbando
Mi corazón tal vez; mas si mi Patria
Respira libre de opresión, entonces
Descansaré feliz en el sepulcro.”

En circunstancia tan solemne como la de prestar la promesa constitucional como Presidente electo, contestó al discurso de felicitación de Carvajal con frases tan expresivas como la siguiente: "Feliz yo, si llego a sellar con mi sangre este juramento en defensa de nuestro augusto lema: "¡ Religión y Patria !"

Después de uno de sus más inflexibles actos de justicia, al que ya hemos tenido ocasión de referirnos; en la elocuente proclama que dió a luz con tal motivo, consignó estas expresiones de verdadera abnegación y sacrificio: "¡ Ciudadanos ! a los peligros que hoy corre el orden sucederá la calma; y si para conseguirlo es necesario sacrificar mi vida; pronto estoy a inmolarme por vuestro reposo y vuestra felicidad".

Pero allí donde vació por decirlo así las más hondas previsiones de su corazón leal, fue en la sentida carta que dirigió a Pío IX, a raíz de su elección para el tercer periodo presidencial que ¡ay! para desventura de de la Patria, ya no le cupo iniciarlo, y que hubiera sido el período de *consolidación*, como a una voz lo han prejuzgado los críticos, "Santísimo Padre, le decía, ahora mas que nunca necesito de la protección divina para vivir y morir en defensa de nuestra santa Religión y de esta cara República que Dios me ha llamado de nuevo a gobernar. ¿Qué mayor dicha para mí, Beatísimo Padre, que verme aborrecido y calumniado por el amor de nuestro divino Redentor? Empero ¡qué dicha aun mayor si la bendición de vuestra Beatitud me obtuviera del cielo la gracia de derramar mi sangre por Aquel que siendo Dios, quiso derramar la suya por nosotros en la Cruz!"

Por último, la antevíspera de su muerte, escribía a su amigo confidencial D. Juan Aguirre, despidiéndose de él, con este ¡ Adios ! sublimemente profético: "Voy a ser asesinado: dichoso si muero por la fe; en el cielo nos veremos!"

Por una como ley inexorable, casi siempre los que en algún modo siguen las huellas del Redentor del mundo que consumó su divina misión en un suplicio: los grandes bienhechores de la humanidad, los héroes, los genios y campeones de la fe, tienen por lote el martirio. García Moreno que poco antes de su muerte, al finalizar una Misión de los Redentoristas en Quito, tomó la Cruz sobre sus hombros y recorrió procesionalmente con ella un gran

trayecto de las calles de la ciudad; ¡avanzaba como por intuición a su calvario! . . .

Un día antes del siniestro drama, se le dijo: "Tome U. las debidas precauciones; porque las horas de su vida están contadas." "Mi gran precaución está tomada respondió, y es la de estar pronto a comparecer ante el Tribunal de Dios." I con impertérrita serenidad siguió escribiendo el patético Mensaje que en el instante crítico había de arrojarlo al patibulario rostro del verdugo, y que hoy reposa en el Vaticano; porque la Iglesia, madre bondadosa, siempre guarda junto al corazón las reliquias de sus mártires.

Llegó al fin el para siempre nefasto 6 de Agosto de 1875, día en que el fervoroso Presidente después de haber pasado gran parte de la noche en oración, fue muy por la mañana al templo de Santo Domingo a sustentar su espíritu con el Pan de los fuertes que lo habrá recibido, a no dudar, como Viático para el largo viaje a la eternidad, en que venía pensando.

A eso del medio día más o menos, salió de su aposento llevando consigo el celebre Mensaje que en el mismo día había resuelto presentarlo a sus ministros. Al pasar por la casa del Señor Doctor Don Ignacio Alcázar, su amoroso y leal padre político, hizo alto allí, para una breve visita; y como al despedirse; lleno de ansiedad el Sr. Alcázar le dijese: "Quédate porque a estas horas tus enemigos atisban con tenacidad todos los pasos;" él haciendo una vez más la oblación voluntaria de su vida, respondió: "No será todo sino lo que Dios permita;" y continuó con resignada entereza su camino. Llegó al templo de la catedral, donde la Divina Majestad se hallaba expuesta, y penetró en él con avidez; porque la devoción al Sacramento del altar era la reina entre todas las que inflamaban su corazón ferviente. ¡Oh! con cuánta piedad habrá hecho allí por vez postrera la encomendación de su alma, repitiendo los últimos acentos con que expiró Jesús en el Calvario: *¡En tus manos, Dios mío encomiendo mi espíritu!*

Salió del templo y se encaminó directamente al contiguo palacio presidencial. I aquí. ¡la horripilante escena del delito! a la que volvamos apenas la vista con horror en este día. ¿Qué es lo que en orden a la agresión aparece de mas bulto en ella? Ante todo, los conjurados, ecbirros de Polanco, provistos de revólveres y en acecho,

apostados detrás de las pilastras del alto peristilo del edificio histórico....En seguida, el espantable Rayo, execración de la tierra y de los cielos, de nombre fatídico, pues era preciso un rayo para abatir tan gigantesco roble.... Luego, el coloso *vengador y mártir del derecho cristiano*, acometido por el monstruo aquel, con el corvo puñal de las hordas secretas del infierno....En breve, el presentido *plomo alevoso* que rompió *silbando su corazón talvez!*.....
A poco, el Atleta acribillado por una segunda descarga de balazos, desplomándose y cayendo al pie de la muralla, salpicada en la sangre que manaba a borbotones de las profundas heridas abiertas por la enorme cuchilla del sicario..... Luego, el blasfemo; *¡Muere verdugo de la libertad!* acompasado por los últimos y más feroces golpes del implacable asesino y que tuvo por única y trémula respuesta el imperecedero *¡Dios no muere!* con que la excelsa víctima selló para siempre sus labios moribundos.... Acto continuo, la santa Unción dentro de la iglesia catedral, durante la breve agonía a los pies de la Virgen de Dolores: *¡Hijo fiel, iba a morir junto a su Madre!*.... Finalmente, el generoso perdón que, al preguntarle si lo otorgaba a todos; lo expresó con la postrera contracción de su expirante mirada! ...

Poco después instalábase el Congreso, y su decreto principal concibióse en estos términos: "El Ecuador por medio de sus legisladores tributa a la memoria del Exmo. Sr. Dr. D. Gabriel García Moreno el homenaje de su eterna gratitud y profunda veneración, y honra y glorifica su nombre con el dictado de *Ilustre Regenerador de la Patria y mártir de la civilización católica*. Para recomendar su ilustre nombre a la estimación y respeto de la posteridad, se erigirá una estatua que le represente en mármol o en bronce, y en cuyo pedestal conste grabada esta inscripción: *La República del Ecuador agradecida, al Sr. D. D. Gabriel García Moreno el primero de sus hijos, muerto por ella y por la Religión, el 6 de Agosto de 1875.*

Deuda sagrada es ésta, Señores, de la que en manera alguna puede prescindirse; deuda nacional, cuyo cumplimiento incumbe principalmente al Partido Conservador que fue fundado por García el Grande; partido histórico cuyo nombre tradicional, en recuerdo del inclito Magistrado, no debe jamás cambiarse, como acaso con falta de

lealtad viene intentándose al borde de un abismo sin fondo de cisma irreparable.....

En Europa no menos que en toda la América tuvo gran resonancia la muerte del Presidente ecuatoriano. Ninguno de los Pontífices coetáneos dejó de lamentarla con frases conmovedoras, Pío IX al informarse de ella, exclamó conmovido en lo más íntimo de su alma: "Ha caído a los golpes del puñal de un asesino, víctima de su fe y de su caridad cristiana para con su patria". I ordenó al punto solemnes funerales, y a poco, la erección de una estatua que hoy existe en el Colegio Pío Latino Americano; monumento esbelto que le representa en pie, y en cuyo pedestal de cuatro lados se hallan distribuidas las siguientes inscripciones:—*Al integérrimo guardián de la Religión.— Al celoso promotor de las ciencias.— Al servidor amante de la Santa Sede.— Al vengador justiciero de los crímenes.*

No menos digno de mención es el artístico busto de nuestro Héroe que en el Hierón eucarístico de la célebrima Basílica de Paray—le—Monial en Francia, figura entre los de Carlomagno, Constantino, San Luis, Donoso Cortés, Luis Veuillot, e innumerables otros insignes defensores de la causa de Dios.

Así es como la Iglesia, madre solícita, al tratarse de sus heroicos adalides, nunca *puso el cincel en manos del olvido.*

Réstanos ponderar a este respecto, el nobilísimo entusiasmo con que el Municipio parisiense ha permitido a la Colonia ecuatoriana la erección de una estatua de García Moreno en la Capital de la Francia, para el centenario actual que ha tenido grande resonancia en el alma de esa nación heroicamente gloriosa que como nación se ufana todavía de su heráldico blasón de primogénita de la Iglesia, y que ya comienza a ser acogida con amor, *porque amó mucho!....*

I García Moreno que de tal modo ha sido honrado en extranjeros y remotos países, ¿no lo será, Señores, en su propia patria? ...

Ya la inscripción de la estatua al Héroe—Mártir se halla oficialmente escrita y sancionada ¿Cuándo será que la veamos escrita en letras de oro en el mas elocuente y glorioso de nuestros monumentos?....

Empero la Iglesia que es la primera en glorificar

también a sus ilustres hijos en el tiempo, tiene para ellos como para todos los que le son fieles, muy por encima de lo falaz y transitorio, el imperecedero galardón del cielo, que especialmente lo alcanzan los que libran sin tregua el buen combate; los que cultivan las soberanas virtudes de la caridad, la abnegación y el sacrificio, como García Moreno que a pesar de su modesta fortuna, cedía parte de sus propias rentas al socorro de los pobres, y parte de ellas en beneficio del Estado; los que como él se escudan contra la humana flaqueza, con la oración, la austeridad, el buen ejemplo y más prácticas profundamente piadosas que hoy son el escándalo del siglo; pero que en hombres de vida turbulenta y pública como los altos Magistrados, son mil veces más meritorias que en los anacoretas del yermo; en una palabra, los que viven y mueren por la gloria de Dios, como vivió y murió García Moreno, en cuya salvación fundadamente confiamos.

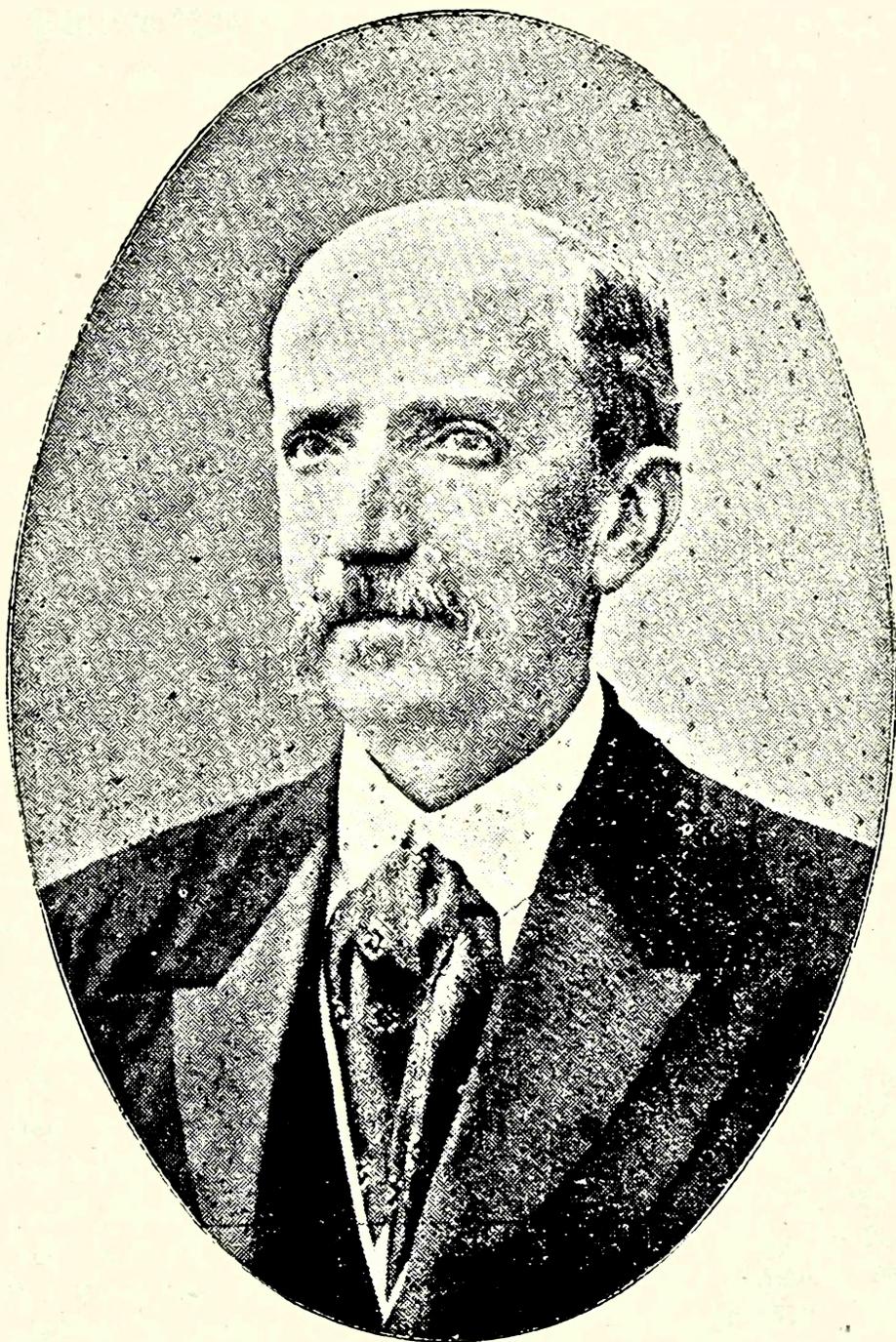
Para concluir, dirijamos, Señores, una mirada al porvenir, aduciendo las proféticas palabras con que lo anunció nuestro Héroe y que se hallan consignadas por el Padre Berthe cuya memoria sea esta la ocasión de bendecir una y mil veces; pues la condición misma de extranjero imparcial, y asiduamente informado del insigne Redentorista, contribuye, no hay duda, a realzar la culminante figura del Campeón católico, quien como inspirado dijo: *Después de mi muerte, el Ecuador caerá de nuevo en manos de la revolución: ella lo gobernará despóticamente, bajo el nombre engañoso del liberalismo; pero el Sagrado Corazón de Jesús, a quien he consagrado mi Patria, la arrancará una vez más de sus garras, para hacerla vivir libre y honrada, al amparo de los grandes principios católicos.*

Si, Señores, de los principios católicos que son el alma de la misión soberanamente social y bienhechora de la Iglesia, misión de paz de unión y de concordia; misión de equidad y de justicia que prescribe la absoluta obediencia a las leyes y constituciones humanas, con tal que en nada se oponga a la ley de Dios; misión de caridad, de abnegación y sacrificio que manda amar y servir a la Patria y derramar por ella hasta la última gota de sangre si es preciso.

Tal es, Señores, el verdadero ideal del patriotismo cristiano que consiste en no divorciar jamás el concepto

de la Religión del de la Patria, que son por su naturaleza inseparables. Cuanto mas grande, noble y generoso sea el patriotismo, tanto más necesita ir informado de un principio sobrenatural; porque; ¡primero es Dios, después la Patria! como hasta el paganismo supo muy bien reconocerlo por boca de Cicerón que dijo: *Prima officia debentur diis immortalibus, secunda Patriae.*

Las naciones católicas avanzan a muy excelsos destinos, y sus hijos están llamados a ser como lo han sido en todo tiempo, los más grandes héroes; porque al heroísmo natural con que se sacrifican por la patria, añaden el heroísmo sobrenatural con que conquistan el cielo. Los grandes héroes hacen a los grandes pueblos, y los pueblos son tanto mas grandes cuanto más en contacto están con Dios, Fuente de toda grandeza. Avivemos, pues, más y más la fe en el porvenir, Señores. ¡No, la Patria de García el Grande, la Patria de los libres con la libertad de los hijos de Dios, no puede ser jamás esclava! ¡El Ecuador hoy como nunca es acreedor al glorioso dictado de República del Sagrado Corazón; porque a medida que más se prolonga el tiempo de la prueba, más se aproxima el grandioso porvenir que hoy saludamos!



Sr. D. Roberto Crespo Toral
Presidente del Comité Azuayo "García Moreno"

DISCURSO
DE D. ROBERTO CRESPO TORAL,
PRESIDENTE DEL COMITE
" GARCIA MORENO "

Ilustrísimo Señor, Señor Gobernador, Señores:

En las vanidades y desalientos de esta fugaz jornada de la vida, ha sido para mí cual bálsamo que se vierte en una herida, y soplo vigoroso que fortalece y vivifica, la contemplación del homenaje que, -en estos momentos-, todo pecho generoso y espíritu justiciero rinden a la memoria del egregio Magistrado Don Gabriel García Moreno, con ocasión del centenario de su nacimiento.

Tángo hemos padecido, hemos presenciado tántas miserias en la arrastrada vida de nuestra irrisoria autonomía política, que el ánimo se alienta, y se vislumbra una esperanza de mejores días, al mirar este acto espontáneo de glorificación, tributado al Genio del bien en la persona de García Moreno, sobre la base de la serenidad y el convencimiento que dan el tiempo y la comparación de los hombres.

Y es en representación del respetable "Comité Azuayo García Moreno"—que tengo a honra presidir—que os dirijo la palabra, pálida sin duda, para la excelsitud del hombre extraordinario.

Para juzgar a insignes varones, encarnación de honradas transformaciones que señalan época aparte en la vida de los pueblos, es menester que precedan el reflexivo estudio de la situación y del desarrollo de los sucesos, y, sobre todo, un perfecto conocimiento del móvil que impulsa y fatiga a estos bienhechores de la humanidad, en sus luchas por el imperio de su providencial misión; todo esto, colocándose en el teatro y el tiempo en que ellos actuaron. Sólo así, en exámen de relación, vendrá el juicio imparcial, sin vacilaciones y prejuicios, como agua que fluye tranquila, llevando la opinión el sello del acierto y de la íntima persuasión.

Para todos es conocida la ignominiosa situación en que se encontraba el Ecuador antes del advenimiento de García Moreno. El Poder público, presa de la ambición y el militarismo, levantábase un día para ser combatido y

vencido; y en medio de esa constante revuelta, desquiciado en sus fundamentos el organismo político, nada se respetaba; y pesaban sobre el pueblo la inseguridad absoluta y la perpetua zozobra. Y para colmo de males, a este cuadro de triste recordación debió agregarse la afrenta de entregar al extranjero, por una cínica facción, el territorio de la Patria. Tan horrenda situación sublevó los ánimos y enardeció a los buenos patriotas de aquel tiempo; y es entonces cuando aparece García Moreno—desde el comienzo en primera fila—como restaurador de la República, sellando en seguida su fama de valiente y de patriota, con la célebre jornada de la ocupación de Guayaquil en 1860, contra la menguada dictadura del General Franco.

Elegido Presidente de la República por la Convención Nacional entregóse todo entero a la reconstitución del país. Para levantarlo de su postración, luchando contra los mismos elementos anárquicos que no se dieron tregua en combatir al nuevo Jefe del Estado, fue menester brazo vigoroso que impusiese el orden y la paz, primordial fundamento de la vida nacional.

Para el variable criterio de las humanas apreciaciones, esta obra de reconstrucción llevada a cabo con indomable energía trajo opositores que, hasta en nuestros días, tratan echar sombras sobre el cuadro en que se destaca la altiva figura de García Moreno. Mas, el juicio definitivo, no es la apreciación prematura en una época reciente, ni la nacida al calor de la pasión política; es la observación lenta y serena, el estudio comparativo de los hechos y los hombres, en suma, el veredicto de la Historia. Y es, Señores, este juicio definitivo el que ha recaído ya sobre la actuación de García Moreno como gobernante, juicio confirmado por esta misma espontánea manifestación de afecto y gratitud que, en estos momentos, repercute en todos los ámbitos de la República. Y bien lo sabeis, Señores, que un pueblo libre no se engaña en sus fallos.

Sobre las consideraciones que hacen de García Moreno un ejemplar de excepcional grandeza, es preciso fijar la atención en sus fundamentales dotes de Gobernante. La honradez y el patriotismo constituyen el cimiento de todo organismo político. Quitad estos grandes sillares, y el edificio se viene al suelo, no obteniéndose, a lo más sino engaños de efímera apariencia. Y en unánime acuer-

do, sin discrepancia alguna, ni sus mismos asesinos han podido negar a García Moreno la plena posesión de tan primordiales, cuanto excelsas dotes. Es por esto que realizó grandiosas obras en los variados ramos del progreso, con los exigüos recursos de su época, y con esa visión clarísima que le hacía siempre buscar lo más estable y perfecto.

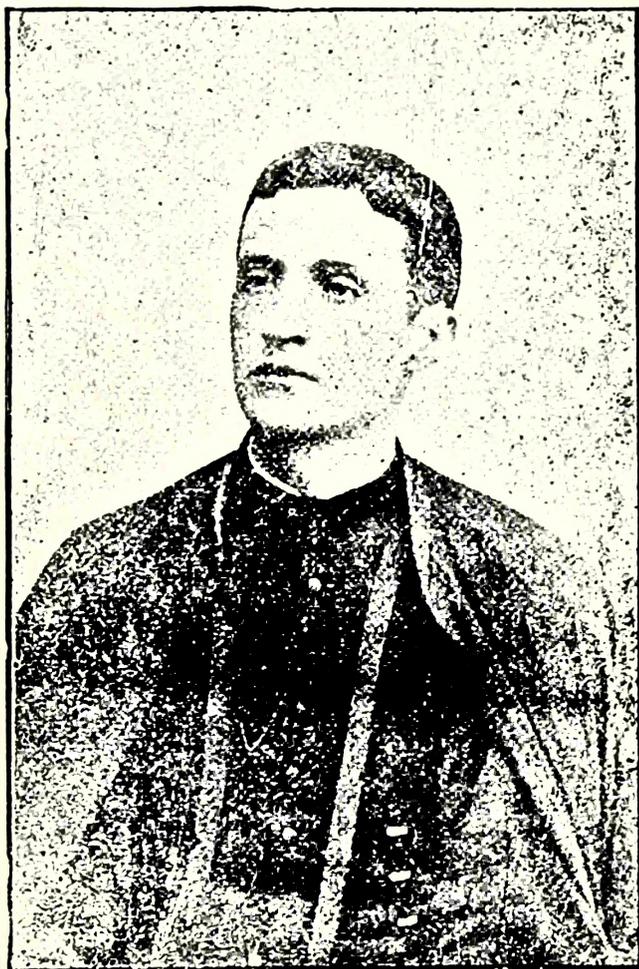
He ahí, Señores, un altísimo título para considerarlo modelo de gobernantes. Y es oportuno recordar en estos momentos la declaración que el genial Manuel J. Calle, autorizado vocero del liberalismo, hizo como brote de íntima convicción, cuando dijo: "El hombre que en el Ecuador merece estatua es García Moreno".

¡Y es este el hombre en quien la protervia humana descargó el hierro del sicario! Creyeron los asesinos apagar este astro esplendoroso, y en su demencia, sólo consiguieron abrir las puertas de la inmortalidad y la gloria para su Víctima, viéndose ellos envueltos en el cárdeno fuego de los precitos.

Mas, en medio de las mundanas glorias que enaltecen la egregia personalidad del Caudillo, para esta Nación creyente, para los que miramos la vida *como la nube, como la sombra*, la aureola de luz que inunda su frente, la vemos crecer y espaciarse en las alturas; y es Señores, como así se nos presenta, porque supo ser hombre, porque bien sabía que encima de todo se halla el Arbitro Infinito. Consecuente con aquel principio, su gobierno no podía sustraerse a esta ley universal de necesaria dependencia.

El Estado sin Dios, el ateísmo oficial—el más execrable de los absurdos—es la rebelión inconsciente, es no ver en torno nuestro la luz que nos inunda, y aislarse criminalmente, del concierto con que la Naturaleza proclama la soberanía del Eterno Hacedor.

Tal es el hombre, Señores, que el Ecuador tuvo la dicha de poseer; y sirvan para estímulo y ejemplo, el recuerdo de sus eminentes virtudes.—Y en las horas de angustia para la Patria, volvamos la mirada hácia el Pichincha—la histórica montaña—donde radiantes de luz, veremos al Héroe de la Libertad y al Restaurador de la República, a Sucre y a García Moreno. Y sea el fulgor de sus frentes el faro que nos guie a una vida sin afrentas, y a las conquistas del progreso.



Rmo. Sr. D. D. Juan M. Cuesta

Rector del Colegio Seminario

GARCIA MORENO EN CUENCA.

MEMORIA

POR EL RMO. SR. CANÓNIGO D. D.

JUAN M. CUESTA

Ilmo. y Rmo. Señor, Sr. Gobernador, SS.

Celebramos el primer Centenario del nacimiento de un grande hombre, hombre que dió nombre al Ecuador, D. Gabriel García Moreno.

A la distancia de cien años ya podemos conocerle y admirarle en todo su esplendor: las enormes cumbres sólo pueden admirarse desde lejos.

El fulgar de los grandes genios es rapidísimo. Bonaparte duró un día; Bolívar, unos minutos; García Moreno, un instante: astros errantes, aparecen, nos llenan de admiración, talvez de pavor, y luego, pasan.

¡Qué hombre, SS, el ínclito Presidente del Ecuador! Entre los volcanes del Ande, estupendos, terribles, debe contarse uno más: Gabriel García Moreno.

Ninguna revolución, ninguna dificultad, resistencia alguna, pudieron vencerle; al contrario, ellas aumentaban su bravura, su osadía y su renombre: era como el rayo, que resplandece más al estrellarse en el acero.

Se habla de la tiranía del Grande Hombre. Si la línea pudiera hablar, se quejaría, sin duda, de la tiranía de la regla que no le permite ni una curva ni un desliz.

Se critica su actitud humilde y reverente delante de la Iglesia; es decir, se le critica por emulo de Constantino, Carlomagno, Recaredo, Godofredo de Bouillon, etc., etc.

El tema de mi discurso, muy limitado, por cierto, no me permite contemplar todos los haces de luz que despide este astro; no me permite considerar a García Moreno como al semidiós que trazó de oriente a poniente el iris de la esperanza sobre los abismos en que se hundía la Patria.

En manos de Robles y Franco y Urvina, la República se había aniquilado: ya no existía, testigo el tratado de límites con el General Castilla. La espada de García Moreno devolvió sus lindes al Ecuador.

Mas todavía, la sangre del Mártir del 6 de Agosto delineó con vívidos y fúlgidos colores, en el mapa del mundo entero los límites de nuestra pobre República: de

donde quiera se ve a la República de Dios, a la República del Sagrado Corazón.

Mi tema se reduce a esto: *García Moreno en Cuenca*. Seré preciso.

* * *

Atendida la brevedad de mi discurso, entre los grandes hechos de García el Grande, en Cuenca, no sé ni de cuales deba prescindir ni de cuales deba hablar: no sé qué perlas escoja para abrillantar su corona,

“Es necesario que toda la República cambie de faz y salga de la miseria y atraso en que ha vegetado hasta ahora”, dijo García Moreno, el año 62, en carta dirigida al Gobernador D. Manuel Vega. Y como lo dijo, así lo hizo, y principió por la reforma del hogar; es decir, por la educación de la mujer.

En las remotas edades ¡qué pobre la educación de la mujer ecuatoriana; qué pobre la educación de la mujer en el Azuay! Por ignorancia, o acaso por exagerado misticismo, no se les enseñaba a escribir a las desgraciadas hijas de Eva: podían llegar cartas non sanctas a sus manos!

Casi en nuestros días ¡quien lo creyera! los directores y maestros de escuelas de niñas eran varones, competentes y probos, en verdad; pero que, luego, luego, podían convertirse en llama, a cuyo derredor debían revolotar inocentes mariposas.

“En 1862, perduraban, dice el Sr. Rafael María Arizaga, entre maestras y directoras de establecimientos, preocupaciones y timideces propias de la época colonial; se mantenía el espíritu de la mujer dentro de horizontes demasiado estrechos; se temía iniciarles en ciertas materias de indiscutible utilidad, confundiendo, sin razón, el concepto de la mujer solidamente ilustrada con el de la peligrosa marisabidilla”.

En 29 de Junio de 1862, al caer de la tarde, diez religiosas de hábito y aureola y manto blancos como la luz del lucero, una constelación de luceros coronaba las cimas del nevado Cajas: un nuevo cielo se extendía sobre la mujer cuencana.

En 29 de Junio de 1862, diez religiosas de los SS. Corazones, una banda de ángeles, entraban en el eden cuencano para cultivar sus flores.

Se instalaron en la casa que entonces se llamaba de S. Felipe, situada en el mismo punto donde ahora se yerguen las torres de los SS. Corazones!

¡Colegio el de los SS. CC! Pórtico de oro de los jardines azuayos.

Se instalaron en la casa de San-Felipe, y, luego, luego, aquellas abejas de Díos dieron comienzo a su divina faena.

Las dulzuras del hogar, la rica miel hiblea que endulza vuestros labios de esposos y de padres, en las penas de la vida, labrada fue en el Colegio de los SS. CC.

Hace cosa de nueve años, celebrásteis las bodas de oro del regio Establecimiento. Permitidme que ahora os repita algunos rasgos de la apoteosis que entonces hicisteis.

El Sr. Arízaga decía: "Y vosotras todas, venerables Hermanas de esta ilustre Congregación...., aceptad en este día memorable la sincera expresión del altísimo aprecio que de vuestra benéfica misión sabe hacer todo un pueblo reconocido, un pueblo caballeroso y creyente que al contemplar con mirada respetuosa los blancos muros de esta casa de bendición puede dirigirle estas hermosas palabras de Petrarca a Laura. La raíz de todas mis virtudes está en tí"

El Sr. Remigio Crespo añadía: "Como los vientos alisios al confundirse en la corriente glacial, se templan y transforman, así la nueva corriente en el alma de la mujer ecuatoriana, se mezcló para formar un tipo insólito y hermoso, el de nuestras madres santas, el de nuestras esposas heroicas, el de las vírgenes al servicio de la familia humana: todas ellas amables y sonrientes, aún en el fragor de los combates de la vida".

El Sr. Muñoz continuaba: "Allí, en estos claustros triscaron, en estos claustros recibieron las cimientes del saber y la piedad las compañeras que el cielo nos deparó. Virtuosas ellas..., han entretegido la corona de afecto y de ventura que circundan nuestras ya blanquecinas sienas; nos hacen amable la existencia, y han apartado, hiriéndose ellas mismas, a veces, sus delicadas manos, los abrojos que en el sendero nos arrojó la protervia extraña."

Después de lo dicho, no necesito hacer la apología del Colegio de los S.S. Corazones.

De las cenizas de la revolución francesa, donde se

quemaron tronos y templos, altares y crucifijos ¡milagros de la Providencia! brotaron chispas y centellas, no de incendios revolucionarios, sino de claridades divinas, destinadas a volar por todo el mundo: todas las congregaciones docentes de la católica Francia. Una de aquellas milagrosas chispas, la de las hijas de Aymér de la Chevalerie, se prendió en las florestas del Azuay: un incendio de claridades divinas es ahora el oriente de la mujer cuencana.

Pero y bien ¿cómo vinieron a esta apartada región del mundo tan santas y benéficas mujeres, portadoras de la íntima dicha del hogar azuayo?

García Moreno las vió, como ve el piloto la estrella polar del derrotero; las vió, las conoció, las comprendió; firmó un contrato mediante su Plenipotenciario, y aquí, las recibió, las instaló, las protegió

Aquella casa blanca, donde principia nuestra ciudad, como si esta se tendiera cual alfombra de sus pies; aquella casa blanca, nubecilla que se desata em lluvia de bendiciones, huella es, S.S., de García a su rápido paso por la provincia del Azuay.

*
* * *

Y qué más S.S.? Estamos en 1863. Un año más de tiempo. Al año, el astro comienza de nuevo a recorrer su órbita de luz: García Moreno comenzó la educación del niño.

¡Qué postración la de las escuelas primarias en el tiempo antiguo!

En la misma vieja Europa, a los ojos de todos, el mundo de los niños era un mundo perdido en la soledad de inmensa bruma. Un genio lo descubrió, como descubrió Colón el mundo de la América. La educación del niño, metódica, perfecta y eficaz, principió con Juan Bautista de la Salle.

Entre nosotros, sobre todo; durante siglos y siglos, no despuntó siquiera la aurora de la educación primaria.

Educar es elevar, *elever*, según el idioma de los hijos de la Salle: elevar el entendimiento por medio de la ciencia; elevar el corazón por medio de la virtud.

Sin método, sin textos, sin utensilios de escuela, sin estudios pedagógicos, ¿qué podían hacer nuestros viejos

maestros para elevar la mente de sus inocentes discípulos?

El gran Patricio, decoro de Cuenca, Sr. Dr. Dn. Antonio Borrero, no tuvo escuela, y aquella omisión hubiese sido muy reprobable si las escuelas de entonces hubiesen llegado a mediana perfección siquiera. El silabario y los textos de una inteligente parienta suya, suplieron perfectamente bien las deficiencias de la deficiente escuela.

A su vez, el egregio Luis Cordero, nombre de oro, describiendo el ágave americano, se expresa de esta manera: "Todavía debemos añadir que las pencas de este cabuyo prestaban, hasta hace pocos años, a los niños de las escuelas rurales, el importante servicio de desempeñar la función de pizarras para iniciar y continuar en ellas el aprendizaje de la escritura, hasta que la mediana pericia por una parte y la consecución de recursos por otra, les facilitase la gollería de escribir en ese papel que entonces se llamaba de venado, por la marca de fábrica que lo distinguía del de cartas, llamado de marquilla. El que consigna estas observaciones fue en su infancia uno de los escolares que escribían en la inolvidable plana de ágave".

¡Cuán bellas tradiciones podrían escribirse sobre los patriarcales métodos de la escuela patriarcal!

Educar es elevar el corazón por medio de la virtud. La misión del maestro es sublimemente divina.

El padre de Orígenes besaba el pecho de su hijo en la cuna, como si besara el ara sacratísima del altar.

La mano que toca ese copo de espuma; la mano que abre ese oriente inmaculado debe ser pura como la mano del Ángel de la aurora.

Después de la madre, el don más sublime de los cielos, viene el maestro de escuela, y juntos los dos aderezan las alas del niño para emprender el vuelo.

Nada puedo aseguraros yo sobre la disciplina y moral de las escuelas antiguas; sin embargo, pennitidme un recuerdo de mi propia vida.

Hace mucho tiempo, muchísimo tiempo, SS, mi memoria se pierde en la bruma del pasado, el local de mi primera escuela ya ni existe siquiera. No puedo dar con la causa, pero es lo cierto que ingresé en una escuela que no era la de los HH. CC. Un día de asueto, porque los inusitados asuetos se repetían con profusión encantadora para nosotros, fuimos, entre muchos niños, a

buscar al maestro en una casa que no era su propia casa. Salió el maestro muy colorado y muy alegre y se vino preso con nosotros; pero se durmió en su silla. Al día siguiente, preso yo a mi vez, mis padres me llevaron a la Escuela de los H. H. CC. Yo no entendía nada, ahora entiendo todo: la escrupulosa severidad de costumbres y el buen ejemplo de un ángel son necesarios para la educación de los niños.

Tal vez he sido demasiado explícito. Sin embargo, qué dichosas aquellas edades en que los niños reclutábamos al perdido maestro!

Pasaron los tiempos. En el mes de Mayo de 1863, desfilaban por las calles de Cuenca unos hombres de rara vestimenta. Llevaban sombrero tricornio de anchas alas, levantadas por el medio; larga zotana negra de toscopañño; un alza cuello muy singular, zapatos de zuela claveteados de fierro, y capa de mangas sueltas, flotantes al desgaire.

Quiénes eran ellos? de dónde venían? para qué venían?

La terrible revolución francesa que había arrastrado la Cruz por las calles de París, había, no obstante, respetado a aquellos discípulos del Crucificado.

Quiénes eran aquellos hombres? Ya lo habeis adivinado SS.: eran tres H.H. de las EE. C. C: Apolo, Junianus y Agulis María.

La brújula de la enseñanza primaria, de un golpe, varió de rumbo, y se enderezó para siempre al polo norte.

No más papeles de venado, ni planas de penca, ni punzones de espino. Hubo una como revolución formal y material en los bancos de la escuela. Y, quién lo creyera, SS.! Aún, ahora, al travez de 60 años, todavía mendigamos para nuestros colegios de enseñanza secundaria el texto de los H. H. C. C!

No más dómines reclutados y apresados por sus discípulos para sentarlos en el taburete del maestro.

Airoso ejemplo de abnegación pedagógica, el Hermano Agulis María, herido de grave y fatigosisima dolencia, llevó su lecho de enfermo a la inclemencia del Aula y continuó dictando la lección a sus alumnos.

Veis ahora, SS. el árbol de las E. E. C. C.? Está cargado de manzanas de oro; pero sus raíces se hincan en el corazón de García Moreno.

García Moreno comprendió a los H. H. C. C. El los trajo; firmó en París el contrato, por medio de Antonio Flores, y, en el mes de Mayo de 1863, prendió en el cielo del Azuay la nebulosa que se desgrana ahora en los luceros de la Patria.

*
* *

“Es necesario que toda la República cambie de faz y salga de la miseria y atraso en que ha vejetado hasta ahora”, dijo García Moreno. Y como lo dijo, así lo hizo.

Sin vías de comunicación, el progreso es imposible. García Moreno, por consiguiente, pensó en caminos.

“En el Ecuador, al salir de la Capital, decía Madame Pfeiffer, no se viaja, se navega en un mar de lodo”

Si se atiende a nuestra topografía, montañas que se sostienen sobre otras montañas, que a su vez descansan en contrafuertes de montañas; si se atiende a nuestra topografía, parecía imposible, no digo una carretera, sino un simple camino de herradura sobre los volcánicos abismos del Ecuador.

En aquel Genio, querer era poder. García Moreno volcó los montes, y lanzó las ruedas de la diligencia por el corazón partido de los Andes.

Entre las provincias más desdichadas del Ecuador, con respecto a vías de comunicación, exceptuando la de Loja, el Azuay y Cañar ocupan la primera línea.

Bellísima es la provincia del Azuay. En anchuroso círculo de cordilleras azules, descansa el diáfano combo de los cielos. Diríase que Dios resguarda los jardines de mi Cuenca en urna gigantesca de cristal.

Bellísima es la provincia; pero, descendiendo a la vida práctica, aún ahora, casi en pleno siglo XX, cuando en el resto de la República, los picos del Ande se coronan con los penachos del tren; aún ahora, SS., no tenemos vía alguna que nos conduzca a la encantadora orilla del progreso. Los desfiladeros de Huigra y Naranjal espantarían al mismo Anníbal después de su hazaña de los Alpes.

García Moreno quiso darnos paso al mar Pacífico, rompiendo el nudo de Cajas; y como quiso, así lo hizo; y como un lugar teniente suyo y como una sombra que el Genio proyectara, surgió en Cuenca el Gobernador, Carlos Ordóñez, cuyo pecho, también, rompió silbando el

plomo aleve.

Dn. Carlos Ordóñez hubo de luchar contra la animadversión de los grandes, el odio de los pequeños y los prejuicios de todos; hubo de luchar contra los abismos y las cumbres, los aludes y ventisqueros del formidable nudo; hubo de luchar contra la penuria del Estado, la falta de brazos y no sobra de herramienta.

Si el Presidente desfallecía, el Gobernador le ayudaba; si el Gobernador retrocedía, el Presidente le alentaba.

Aquel poderoso balanceo de los dos hombres públicos, incapaces de la derrota, se ve, por ejemplo, en una amena carta del famoso literato D. Rafael Borja, Secretario privado del Presidente.

García Moreno había ordenado la suspensión del camino por despilfarro de fondos. D. Carlos Ordóñez había protestado contra el mandamiento y había evidenciado el nítido manejo de los caudales públicos. D. Rafael Borja escribía así.—“Quito, Junio 4 de 1870. Sr. D. C. Ordoñez. Mi muy querido amigo: Considero a U. muy caliente con las disposiciones del Gobierno respecto a la carretera..... pero, como en materia de gastos públicos D. Gabriel es un (aquí un nombre propio) un avaro, no puede conformarse con el gasto de once pesos por metro, y todo el día está dando y cabando en esto, y tirando cuentas y recuentas.... Estos cálculos le fastidian y le previenen. Si acaso se dán de cabezasos D. Tapia menor, con D. Tapia mayor, desearía que Ud. mi querido amigo se ponga a un lado en la empresa.”

D. Carlos Ordóñez, el Tapia menor, nose puso a un lado. En aquella lucha de gigantes en beneficio de la Patria, el Gobernador de Cuenca no cedió; publicó el informe del Ingeniero Thill, castigó los jornales y todo se arregló.

La carretera, en tanto, cual enorme serpiente de oro, comenzaba a retorcerse en los flancos de la cordillera y a besar las cumbres que dominan el Océano.

Todo concluyó, S.S. La muerte de Garcia Moreno cubrió de tinieblas todo el haz de la República.

El ancho y profundo surco abierto desde la plaza de Cuenca hasta las alturas de Quinoas, huella luminosa es del omnipotente y soberano brazo de García en el Azuay.

Concluída la carretera de Naranjal, SS., el blanco penacho de humo del automóvil o del tren, como blanco pañuelo de la paz y del progreso, hace muchos lustros, hubiese saludado ya, desde el nevado de Cajas, las azules llanuras del Pacífico y las verdes llanuras del Azuay.

Desde hace cincuenta años, concluída la Carretera; la terrible vía de Naranjal que ahora existe, trocha abierta no por la barra y el pico sino por los arroyos que bajan de la montaña; digo mal, SS., trocha abierta por el torrente de lágrimas de madres y esposas que envían a los suyos en busca de la vida, camino de la Costa; concluída la Carretera, la terrible vía dolorosa hubiérase transformado en vía de intercambios, de dichas, de frutos y energías.

Todo acabó! Nos queda apenas el recuerdo; nos queda también la esperanza, tan sólo porque la esperanza es la única y última tabla del naufragio.

*
* * *

Al despuntar la aurora, el horizonte se ilumina, se iluminan las cumbres y también las hondonadas. Al despuntar el astro de la República, D. Gabriel García Moreno, se iluminaron todas las cumbres sociales y también los antros de la miseria y la desgracia.

Párate oh sol, dijo Josué. A la voz de García el Grande, enanchó su ardiente disco el sol de la Caridad y se detuvo espléndido en la mitad de la República.

Aquí y allá, brotaron casas de corrección, casas de ancianos, casas de huérfanos, casas de maternidad, casas de leprosos, etc., etc. y, sobre todo, magníficos hospitales.

Apenas los labios pronuncian la palabra hospital, surgen en la memoria las HH. de la Caridad.

Hermanas de la Caridad! Las conocemos todos nosotros, SS. Diríase que son ángeles de Dios extraviados en su destino. Llegan al mundo equivocando el vuelo. Llegan al mundo equivocando el vuelo y se acogen a la sombra de la cruz más visible, más enhieste del camino, a la sombra de la formidable cruz del hospital y el cementerio!

Antes de García Moreno, no había hospital entre nosotros. Los pobres y miserables debían morir y caer en el sepulcro, como se mueren los solitarios gusanos y caen del árbol en la gleba de la pampa.—

Como recuerdo de la Colonia, existían, apenas, unas

ruinas en el sitio que actualmente ocupa la casa de la familia Salazar. Aquellas ruinas debieron de acoger, en antiquísimo tiempo, algunos agonizantes, y por ello, se llamaron hospital.

Corría el año de 1862, D. Tadeo Torres, un hombre cuyo nombre ostenta ahora la Casa de Ancianos, esculpido en letras de oro, siempre brillantes, como lavadas en el llanto de los infelices viejos, extendió su munífica mano a los enfermos caídos, no en el camino de Jericó sino en los caminos del Azuay, y surgió de la nada, en los afueras de Cuenca, junto al cementerio de San Blas, uno como asilo de enfermos abandonados.

Siete u ocho camas, cuyas toldas de zaraza colorada iban a ver con ojos espantados, llenos de admiración y miedo, los rapazuelos de la Ciudad, arregladas, vigiladas, por una benemérita Señora, de nombre desconocido, Rosa Bustamante, constituyeron, durante largos años, el único refugio donde podían exhalar, en paz y calma, su último suspiro los pobres de toda nuestra infeliz Provincia.

Mientras tanto, García Moreno había ordenado la construcción de un hospital verdadero, del que ahora existe en la espléndida llanura del Egido; había presionado con mano de acero al descuidado empresario, y había encomendado la continuación y conclusión de la obra a la Conferencia de S. Vicente de Paul, benemérita Corporación, árbol de vida, de cuyos frutos comen y viven centenares de pobres del Azuay.

Concluido el Hospital, una nueva pisina de Bethsaida, sólo faltaba el ángel que moviera aquellas aguas de salud y vida, y aparecieron las H.H. de la Caridad.

Previo contrato celebrado entre García Moreno y el P. Etienne, Superior General de las Hijas de S. Vicente; el 28 de Setiembre de 1872, sin ruido, sin mundanal regocijo, en silencio, como caen las gotas de rocío, como se aparecen los ángeles, aparecieron Sor Angela, Sor Marié, Sor Felicité, y Sor Vicenta junto a la cabecera de 69 enfermos. Nuestro Hospital, SS., es el Corazón de García Moreno todavía palpitante en Cuenca.

Todas aquellas primeras religiosas han fallecido ya. Desde el hospital, vestibulo de ultratumba, levemente, fácilmente, se encumbraron a la mansión de Dios.

Cae la flor, pero queda la simiente. Día a día, florecen en el Hospital las azucenas que en su ebúrnea copa

recogen el llanto de la noche, el llanto de la desgracia.

Jardinero del Cielo fue García.

Todos los enfermos del Azuay, todos los enfermos de la República, descansan, SS., a la sombra de la veneranda mano de García el Grande.

Quien lo creyera! En la boca del león que hizo temblar toda la República, allí se cuajó el panal de la miel más rica, el dulcísimo panal de la Caridad de Dios.

*
*
*

Me es imposible, SS., fatigar más vuestra benévola atención.

Debo concluir, y, por consiguiente, no puedo hablaros de García Moreno y los Jesuitas en Cuenca.

¡Los Jesuitas; es decir, el faro más alto y luminoso de la Iglesia! Por ello mismo, las olas del mar rojo se hinchan y avanzan y contra él se estrellan; rugen, se retuercen y le escupen; pero se deshacen en espuma y caen convertidas en alfombra de armiño delante de sus pies.

García Moreno mimó a los Jesuitas, y en 1869 les confió la dirección de la Universidad y los colegios de Cuenca.

Más todavía. El excelso Presidente, cuya figura se destaca como en relieve sobre la tela de oro de la Inclita Compañía de Jesús, a los Jesuitas confió todas las misiones del Oriente.

Acaso los Jesuitas del tiempo de la Colonia no delinearon perfectamente bien con la roja tinta de la sangre de sus mártires, los límites del Oriente ecuatoriano, a lo largo del Amazonas y en las fronteras de Colombia y el Brasil?

Acaso la Cruz del misionero Jesuíta no avanzó más allá, muchísimo más allá que la espada del conquistador en las selvas orientales?

Ochenta pueblos florecientes, desde S. Francisco de Borja hasta Loreto, cayeron en el polvo cuando cayó la Cruz de las misiones.

Cayó la Cruz, único resguardo de nuestra pobre Patria y de nuestro inmortal derecho, y el enemigo poderoso, avanzó y sigue avanzando y acaso plantará sus tiendas de conquista, si así lo quiere, en la misma meseta de los Andes; y quizá el último gesto, como ahora se dice, del

libérrimo Ecuador sea cubrirse la cara como César con su manto y entregar el pecho a su verdugo.

García Moreno volvió a confiar la defensa del Oriente a la aguerrida hueste de los misioneros Jesuítas; y tornaron a aparecer comarcas en flor, como si la Cruz fuese vara mágica, divina, a cuyo golpe, resurgen de la nada aldeas y pueblos y ciudades.

En nuestro abandonado Gualaquiza, la indómita tribu de los jibaros ibase rindiendo a la misión del Padre Possi. Escuelas y caseríos mostraban en esperanza el fruto cierto. La gallarda figura del aristócrata fraile atraía, rendía, subyugaba a los feroces jaguarzhungos.

Muchas veces, el arrogante Misionero, saliendo de la selva, traía en su pos varias decenas de los temidos salvajes; hospedaba en el Colegio Seminario, regido entonces por sus Hermanos de la Compañía; ostentaba a la admiración de centenares de estudiantes la viril y recia contextura de los caribes de nuestro Oriente; y, luego, en triunfo, paseábase por las calles, seguido, no como San Francisco del lobo de gubia, sino de los jaguares de la montaña.

Debo concluir, S.S., y, por lo mismo, ya no puedo hablaros de García Moreno en Cuenca, a cuya sombra el labriego, el jornalero, el indígena infeliz, la viuda, el desvalido, encontraban justicia, protección y amparo, seguridad en su persona, garantía en sus derechos; porque García Moreno, S.S., era como el rayo, que puede despedazar el granito de las cumbres, pero se deshace en mansa lumbre sobre la débil paja, sobre la pobre viruta.

Ya no puedo hablaros de García Moreno en Cuenca, a cuyos ojos brillaba el mérito, aún escondido en el humilde polvo, como a los rayos de sol, brillan las aristas de cristal, escondidas en la arena de las pampas.

Todo acabó; y se acabó, tal vez, para siempre, SS.

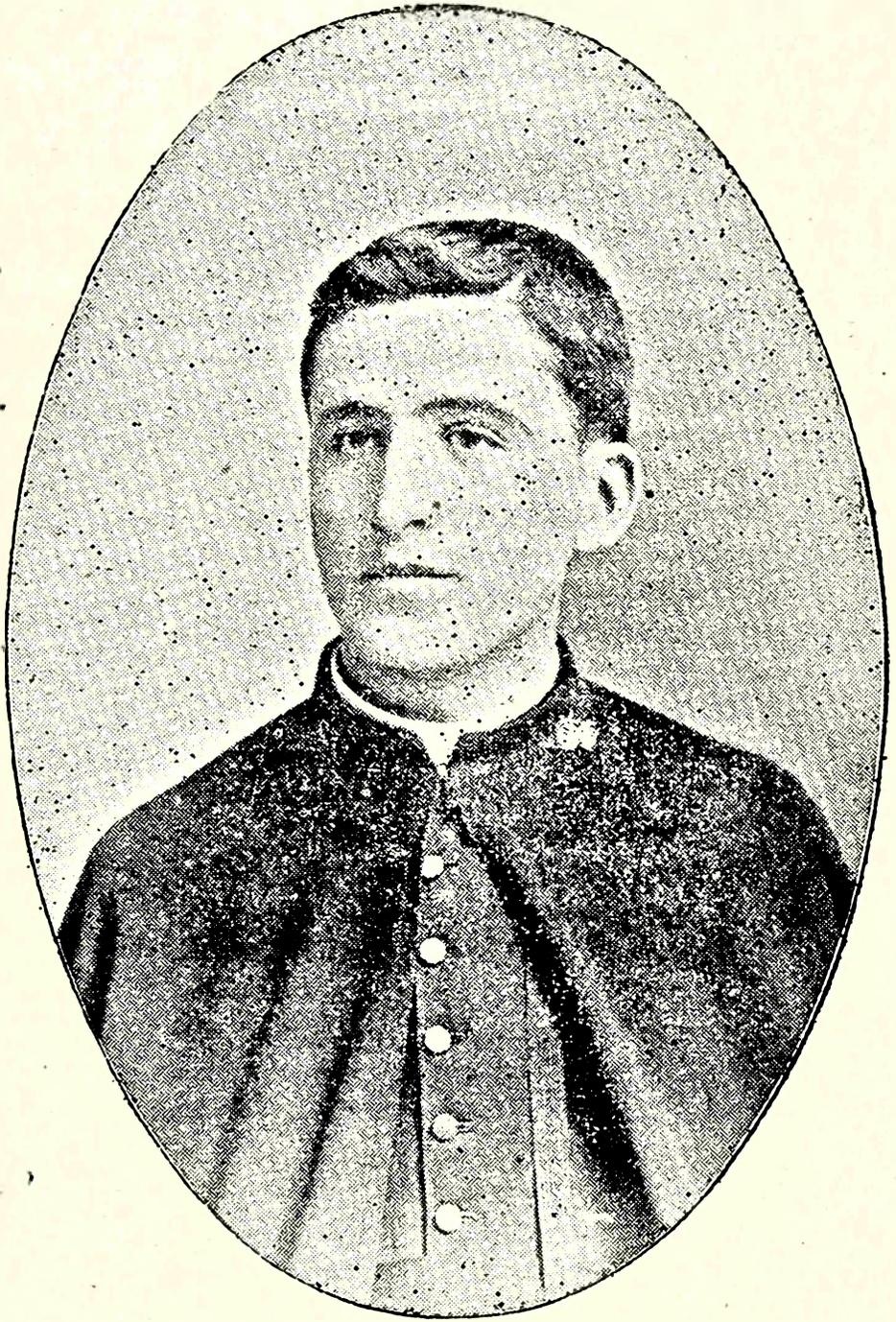
El 6 de Agosto de 1875, a las doce del día; cuando el sol se alzaba en el cenit, se alzaba también García el Grande al cenit de la gloria, a la gloria del martirio por Jesucristo.

Los sicarios le estrecharon, le circunvalaron como hueste adversa a formidable muro. Cayó la muralla de la Ciudad de Dios, rota, deshecha en mil pedazos, y adentro, se escucharon sollozos y lamentos de pobres y de

ancianos, de enfermos y desvalidos, de infelices mujeres y de niños huérfanos; oyéronse sollozos y lamentos de vírgenes y sacerdotes del Señor; oyóse el alarido de Nuestra Santa Madre Iglesia, la inconsolable esposa de Jesucristo.

Los sicarios acribillaron de heridas a García el Grande, heridas anchas, profundas, terribles. Su cabeza olímpica se anegaba en un cerco de sangre: un sol en anular eclipse. Siniestro es el sol cuando se eclipsa: se palpan las tinieblas y sólo se ve un cerco de sangre flotando en el espacio.

El rayo despedazó al gallardo roble. A lo lejos resonó la tempestad. Si ella ha venido, vosotros lo sabeis tan bien como yo. Entre tanto, bien venida sea si la desató la mano del Señor.



Pbro. Sr. D. Manuel M. Palacios B.

Vencedor en el Concurso Literario promovido en la Capital.

GARCIA MORENO

POESIA DEL SR. PBRO. DR. DN.

MANUEL MARIA PALACIOS B.

premiada con lira de oro en el Centenario
promovido por el Comité «GARCIA MORENO» de la Capital.

Señor, todos los días,
cuando con frutos del paterno suelo
tu compasiva mano me sustenta;
cuando me hundo en los campos florecidos
y hermoso el patrio cielo
como una ala de armiño me calienta;
mansa el alma, los ojos encendidos,
a tus plantas te alabo
con la oración ingenua de los nidos....
Mas hoy que Tú en el Genio resplandeces
y aura de gloria sopla en mis montañas;
loca la mente, absortos los sentidos,
sin concierto, sin arte,
siento ansias de adorar te
como el mar y los vientos: ¡con rugidos!....

Deliro con tus glorias, oh García,
Paladín del honor y el heroísmo,
flor de la Historia, numen de tu pueblo
a cuya faz brillaste
como asomo de un dios en el abismo....
Hoy que tu nombre de virtud compendio
para el fulgor del bronce
al culto de los siglos se levanta,
abraza mis entrañas un incendio
y el poema borbota en mi garganta....

Vengan los versos de las viejas glorias,
el verso antiguo ¡el de la edad de acero!
aquel que engrandecía las victorias
del Poeta, el Campeón y el Caballero.
Queden las normas de los nuevos trinos;
torne mi arpa a la prístina armonía:
para mis cantos, quiero
tus propios versos ¡inmortal García!

* *

Extranjero, si buscas tras los mares
de la India Americana
noble dechado de grandeza humana,
de esos que en los altares
de Atenas y de Roma
cautivaron la gloria a su peana;
¡ven a esta tierra, corazón del mundo!....
Aquí, donde en ringlera los volcanes,
abierta al sol la boca de granito,
con la ondulante lengua de sus llamas
laman el combo azul de lo infinito;
aquí do el cóndor su arrogancia expante,
verás al hombre que en tu afán reclamas:
rinde la frente, es él: ¡García, el Grande!

Grande, porque el poder de Dios lo quiso.
El mostró a su alma de gentil nobleza
las escalas de Luz del Paraíso....
Vendió en sus venas sangre de Pelayo,
dióle del adalid la fortaleza;
puso en sus ojos el ardor del rayo,
la majestad del genio en la cabeza,
y le dijo después: ¡manda, García!
Nació para Señor.....¿Qué importa, impía
turba, vuestro odio si él os encadena
y os confunde su voz?....Porque Natura
dióle vigor y bríos,
reina el león del yermo en las regiones;
despedaza alimañas en la arena,
y deja que, azotando la melena,
rueden sobre sus lomos los ciclones....

* *

El Eterno lo quiere:
nació para Señor ¡dejad que impere!....

Un día, contra el trono castellano
estalló en ira el pecho americano,
como estalla en incendios la montaña....
Ardieron las llanuras,

resonaron los montes,
 y al lanzarse el alud de las alturas,
 rotó cayó la colosal España....
 Trocados en naciones sus escombros,
 vino García, poderoso Atlante;
 su Patria levantó sobre los hombros,
 y luego la encumbró con noble hazaña,
 camino de los cielos, ¡adelante!....

“Toda grandeza es vanidad y polvo
 si no cae a los pies del Infinito—
 de su imperio es la norma.—
 ¡Ay del mundo en afelio
 de la Cruz....; presto cúbrese de nieve
 y en campo de tinieblas se transforma
 lejos de su Astro Rey: ¡el Evangelio!”

Primero Dios.... Venga después el lustre
 de la Ciencia, del Arte, del Progreso.
 Nada al arrojo del valor resista:
 la Tierra al pueblo admire, al pueblo ilustre
 que con su esfuerzo el ideal conquista.
 Invencible el Trabajo
 lance naves al piélago turgente;
 los peñascos remueva,
 busque el áureo filón en el granito,
 hinche la arcilla al paso de la esteva.
 Nimbada con la aureola luminosa
 del saber, en la olímpica pendiente,
 avance valerosa
 la Juventud que en sus ensueños lleva
 de la futura gloria la simiente.
 Brillen los genios, los poetas canten;
 y sabia y poderosa
 sea la Patria luz del Continente....

Así el caudillo sueña... ¡con la Fama!
 ¡y la fortuna!... Y vedle cual se agita
 en medio de los suyos. Precipita
 la roca, abre el sendero,
 los abismos suprime.
 Ya la crinada máquina de acero,

rasgada la floresta,
serpea en la llanura
y a deminar el páramo se apresta.

García en todas partes.
En su mano florecen los laureles;
mata con resplandores la ignorancia,
erige de la ciencia los planteles;
y a sus aulas, liceos y gimnacios
llegan los genios de Germania y Francia
para el saber y su tranquilo imperio.
Ya inquieten el misterio de las flores
ya arrancan a la tierra su misterio....
Allí, al través de mágicos cristales,
el Astrónomo, inquietos
los ojos, escudriña los espacios,
y desde las regiones siderales
los mundos le confían sus secretos... .

Con la ciencia, las artes y el trabajo,
la libertad impere,
la que torna a los siervos en señores,
la libertad que, como Dios, no muere. .
No el alma en fango su jornada acabe:
hacia el culmen de eternos resplandores
arranquen los espíritus el vuelo;
y tenga el hombre, como tiene el ave,
la libertad del ala....;para el cielo!....

Levanta vigilante en el Santuario
el azote de Dios contra el impío....
En nombre de la ley y del Derecho,
alza en la urbe el ergástulo sombrío;
hunde el plomo en la frente del sicario,
rasga, implacable, del malvado el pecho.
Déspota de la Patria la estulticia
o disfrazado error llamarle pudo....
¡Oh espada vengadora!
¡Oh glorioso Tirano! te saludo.
¡Tiranía del mal es la Justicia!....

Si belicosa turba,
 de oro, de sangre, de placer sedienta,
 contra el solio y las leyes se amotina,
 transfórmase en titánico guerrero
 cual se improvisa el rayo en la tormenta....
 Miradle allí. Altanero
 salta sobre extranjero
 bajel que apresa altivo
 para la lucha que el deber le impone....
 Su mirada chispea;
 aplaude a cien valientes,
 a la Patria saluda; luego parte
 a buscar gloria en desigual pelea....
 —Murió el verdugo, claman los malvados,
 ¡el mar inmenso su sepulcro sea!....
 Suelto a los vientos el airón de nube,
 la bandera ondulante,
 raudo, a la adversa flota se aproxima....
 Truena el cañón. La sangre burbujea
 entre escombros; la espada al sol fulgura.
 Rapido el Héroe con febril bravura
 al hirviente vapor abre las llaves,
 el incendio de su ira al barco empuja
 y el barco salta sobre la onda y rompe
 y despedaza las contrarias naves.....
 —Es digna de tu arrojo la victoria....
 Yérguete al sol, guerrero y soberano,
 la frente ciñe con laureles de oro....
 Para besar el barco de tu gloria,
 encrésbase sonoro
 y florece en espumas el Oceano....

La Justicia ! alma de su vida, norte
 de su senda. ¡Quién diera al gran Caudillo
 en vengadora guerra,
 pasear por el mundo sus legiones
 para abatir el crimen en la tierra
 y fundar el Derecho en las naciones!....
 En salvaje conquista,
 el Piamontés sacrilego declara
 injusta lucha, y lanza sus cañones
 contra el inerme imperio de la Tiara.

Vencen las hordas, arde
 el muro secular de la Urbe Eterna:
 el legendario trono se desploma.
 ¡Atónito y cobarde
 queda en silencio el mundo!
 Audaz, el Adalid ecuatoriano
 en el desierto de ignominia asoma;
 reta al Orbe, iracundo
 maldice, y en la frente del Tirano
 sella el estigma de *ladrón de Roma*....

*
 * *

¡Fue ese Hombre *honor del hombre!*....
 Hermosa Patria mía,
 de las montañas olvidado encanto,
 él, al amarte en ansiedad suprema,
 ante la Historia engrandeció tu nombre,
 bordó de oro la grana de tu manto
 y aprisionó la luz a tu diadema....
 El, al mirarte hermosa y noble, a Cristo
 que el dulce Corazón mostró en la Galia,
 para enseñanza de los pueblos grandes,
 cabe el regio tizú de su sandalia
 te rindió en santa ofrenda
 como flor de los Andes....

Gran cristiano, fué luz de su nobleza
 la Fé; del mundo a Dios arrancó el vuelo,
 sobre el Error erguida la cabeza,
 cual monte andino, dió la frente al cielo....
 Hoguera inmensa su alma,
 en ella ardieron puros ideales.
 Si admiráis al guerrero que domina
 y al genio que, en triunfales
 hazañas, crea, abate e ilumina;
 también en él mirad la vibradora
 llama que a los Apóstoles devora....
 Ama el dolor ajeno,
 a la orfandad asila;
 en las sendas lejanas,
 busca del triste la perdida huella....
 ¡La lágrima y la luz son dos hermanas!
 ¡Consuelo de las sombras es la estrella!....

¿Por qué, salvaje y fiero, ruge el crimen
y al Ungido amenaza con sus iras?....
Ya los malvados el puñal esgrimen
con implacable zaña.
Entre las sombras la traición enciende
el sanguíneo fulgor de su pupila,
como atiza los ojos la alimaña
que acecha en la espesura,
La envidia le maldice,
plebeya muchedumbre
le odia, cual odia a la virtud el vicio....
¡Oh anhelada ventura!
¡Oh divina visión de eterna lumbre:
para hollar toda cumbre,
¡sólo espera el altar del sacrificio!....

¡La guirnalda del mártir sólo espera!....
Caiga sobre él la multitud impia,
y, de la humanidad ante el proscenio,
teñido en hondas de su sangre muera.
¡Envuelto en roja luz se eclipsa el astro!
¡Teñido en arreboles muere el día!.....
Hijos del crimen, -inmolad al Genio,
su sangre derramad, fieras humanas.
El Martirio corone su grandeza:
con la cruz se coronan arrogantes
las cúpulas cristianas.....

Corazones que amáis la virtud; almas
que bebéis las dulzuras
de la fe, más allá de las alturas!
mancebos que buscáis floridas palmas,
¡aprended a morir!.....

Sombrío el ceño,
con la ira de los tigres, el malvado
salta y embiste en sanguinario empeño;
y el Adalid sin mengua
por la Patria y su Dios, sacrificado;
cae a besar la tierra de su ensueño
con las llagas del pecho destrozado....
¡Aprended a morir!.....Impune el crimen
venció por la asechanza,

a mansalva el puñal al justo hiera
que se rinde al furor de la venganza
clamando.... ¡Dios no muere!....

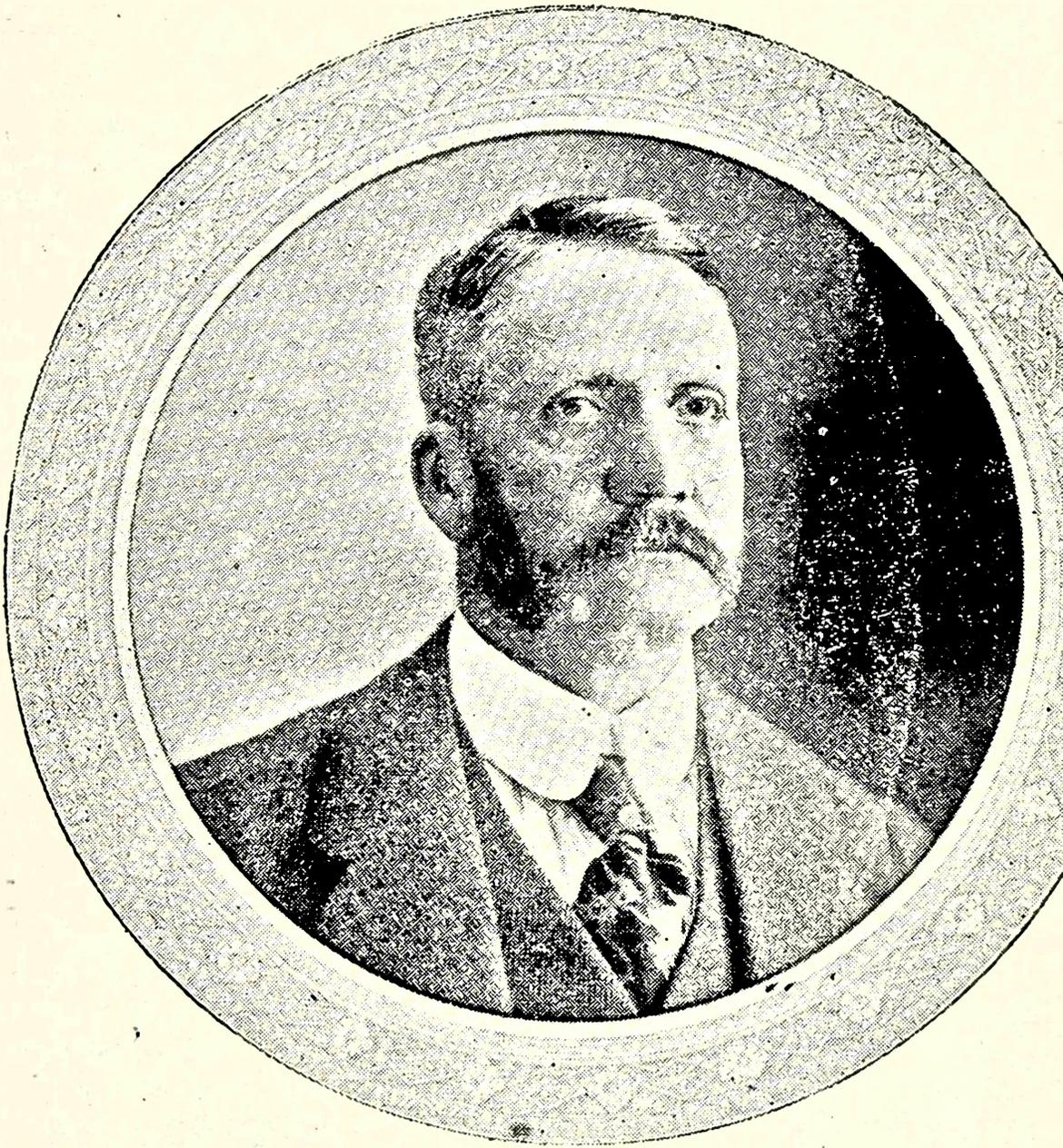
* * *

Ni tú, lo juro, morirás ¡García!....
Omnipotente como un Dios la Gloria
te impone, de la patria en la agonía,
que sobre el horizonte de su Historia,
prolongues mas el día.....
Densa la noche cae en el sendero,
en el nombre de Dios ¡detén el paso!
Noble Falange en la contienda avanza:
como el Caudillo de Israel, te impero:
Párate ¡oh sol, en el sangriento ocaso
y alumbra la victoria
sobre los tercios que el Abismo lanza!....

GARCIA MORENO

**EL HOMBRE, EL CIUDADANO,
EL MAGISTRADO, EL GENIO.**

**Conferencia del Dr. Remigio Crespo Toral,
en representación del Directorio Conservador del Azuay.**



Sr. D. D. Remigio Crespo Toral
Vicepresidente del Directorio Conservador del Azuay.

Ilmo. Señor Obispo, Señor Presidente del Directorio Conservador, Señor Presidente del "Comité García Moreno", Señor Gobernador, Señores:

¡ Gracias se den al piadoso Cielo que nos permite, en esta incertidumbre de los tiempos y en suelo agrietado por la discordia, un rincón de luz y sitio en la tribuna, para hacer el elogio del grande hombre de nuestra Patria, nacido cien años ha, sacrificado ha cosa de media centuria! Para medir su estatura, con la medida de Dios, concédanos el Inmortal, el Fuerte, el Santo de los Santos, un destello del sol de su justicia!....

NO HA MUERTO.

Nos hemos juntado aquí, no para conmemoración de gloria difunta, restaurando un cuadro borroso y casi perdido, o para levantar de la tumba a un cadáver de la historia, al que pretendiésemos despertar del eterno sueño con vanos ritos del culto retrospectivo. El personaje cuyo nombre nos congrega vive en toda la vida de esta Nación, vive en el rencor de sus enemigos, vive en el alma de sus admiradores, sol que ha prolongado su resplandor en largo crepúsculo. Este hombre, grande verdaderamente, el más nuevo de los antiguos, "el más antiguo de los héroes modernos" como le llamó Veuillot, no dejó quizás su ideal de gloria y elevación como Alejandro a caudillos secundarios: quedó él mismo, en el corazón de su pueblo, para gobernar desde el sepulcro; su sepulcro tiene la majestad de la soberanía. ¡ No ha muerto!, si muer-

te se apellida solamente el fracaso de la materia. No ha muerto, pues la muerte no alcanza a la mejor y más sana parte del hombre, que persiste en la corriente de las ideas, en la máquina de las doctrinas, en la perpetua renovación de la simiente que dejó en el surco el cultivador. Casi toda su alma y su osadía perduran en esta tierra: nadie podrá arrancar las raíces del árbol ya secular; la ingratitud será impotente a impedir que el tiempo esparza las semillas del gigante de la selva; los roedores que muerden los tallos y la raigambre, no alcanzarán a debilitar sus fundamentos, que tienen sabia de inmortalidad....

No es un libro dormido en el polvo de la biblioteca, que si logró un día la piedad del aplauso o la tolerancia del patriotismo, fue enterrado luego en la soledad, y devorado por los insectos que dan la última muerte a esa ruina de la inteligencia humana. ¡García Moreno! No se encontrará talvez en otro país fenómeno así de persistencia de la voluntad y del sistema de un hombre que se ha prolongado sobre tantas generaciones, en una puesta de sol maravillosa. En otros, la revivencia explícate por el imperio de la gloria militar; en los sabios y los jefes de grandes naciones, por la senda abierta en los campos de la historia o por su arrogante tentativa para resolver el problema de la vida en su proyección a la eternidad. En nuestro eminente varón, no solo permanece el fulgor de su genio, no únicamente su credo que es el mismo que ha construido la civilización occidental: representa él entre nosotros la única solución en la incógnita de la política, la afirmación—por la energía—del patriotismo, la justicia como medio y como fin: el programa ingenuo, breve y luminoso de ser, de vivir, de prosperar, dentro del orden, sin las desviaciones de la libertad y para completarse en Dios: la Religión, justicia suprema para con el Hacedor, lo que afirmó Cicerón: *Justitia ergo deos religio nominatur.*

Cuando golpea ahora en los muros la piqueta y la catapulta horada los baluartes, el sistema lógico, férreo y lineal de ese inmenso político que se anticipó a su tiempo y sobrepujó a tantos de muchas generaciones, levántase hoy como ayer, símbolo y bandera del último combate de la civilización. Aquel hombre trascendental supo encumbrarse, en la visión del panorama del futuro, a la síntesis

única, en que, al cabo han de resolverse, quizás al empuje del cataclismo, los conflictos de la sociedad contemporánea, que arrancó a la Libertad de las manos de Dios para empujarla al abismo, y con la Libertad al mundo, que ha idolatrado en ella.

SU RETRATO

A través de las nieblas de la tradición y del recuerdo, se os aparecen las líneas y contornos de su fisonomía. Se destacan, como centro de atracción, sus negros y grandes ojos de acero bruñido y fulgurante: ojos terribles de vengador, de acusador, de exterminador. Sobre la pálida blancura del semblante, bajo la amplia curva de la frente y de la cabellera negra, en el cerco de zarza oscura de las cejas, centellean las miradas: profundas cuando tranquilas, miradas de investigación, de meditación, en rumbo a lo infinito, escrutando la profundidad de los cráteres y sorprendiendo el misterio de las estrellas a través del lente fascinador; miradas de sangre, miradas de llama blanca por la intensidad, en el combate; miradas de contracción, como resistentes a la luz, para castigar el crimen.... De su figura de prócer, puede decirse lo que se lee en *La República* de Platón: ¿“Qué cosa más bella que un alma hermosa encerrada en formas arrogantes, que responden armónicamente a la hermosura del alma?” Lleva soberanamente sobre los robustos hombros el peso de su cerebro, gallarda la postura, alto el cuerpo, levantado el pecho para el desafío de la batalla y el arranque de la tribuna; los brazos y las manos diestros en la labor del cultivo como en las caricias de la espada, en las delicadezas de la pluma como en las ternuras del buen amor; la palabra rápida, estallando en chispas eléctricas, derramada en frases de súbita fosforescencia, para hincar la saeta del escarnio en el enemigo, para iluminar el derrotero, para sorprender la admiración circundante. El valor no tuvo en él caso de excepción; hasta en la derrota aparece indomable, impone

las capitulaciones y honra con su amistad al vencedor. La esencia de su fisonomía moral está en la acción; es su motor la voluntad, un motor que no paró un instante sino bajo el hacha del asesino. Sin pedir prodigalidades a la naturaleza, mide el sueño, tasa el pan y el agua, en una intensa higiene física y moral. El trabajo mismo es su pasatiempo y su descanso; recorre todo el territorio por los ásperos senderos de la serranía y los tremedales de la tierra baja; duerme al campo, al margen de los caminos, va de incógnito por sorprender a sus subalternos, a vigilar los cuerpos de guardia, con el fin de anticiparse a una agresión criminal, o para desafiar al delincuente en su propia madriguera. Avaro del tiempo, habla poco, escribe corto, conversa menos: en el parlamento más son sus proyectos de ley, que su argumentación tribunicia. Se vence, se tiraniza así mismo, en la tormenta de las pasiones juveniles. Su altivez no procede de soberbia, sino de la conciencia de su superioridad: no aparece premeditada, sino natural. La palma endereza su copa invenciblemente hacia lo alto, porque no es el sauce que inclina forzado las ramas hacia la tierra: es el orgullo que se funda en la gerarquía de la grandeza y que se mantiene por el carácter, arma invencible de nuestra personalidad. Osado, terrible en el ataque y en la defensa; en el periódico, desde el club, en el sillón de magistrado, desde la cátedra y sobre la tribuna, a partir de los primeros años, en el aula, en la calle, impónese por el absolutismo de la energía, nacido para imperar, es la espiga que lozanea y se yergue sobre la superficie. Hombre irresistible, venido para extraordinarios fines, caído al acaso en el suelo ingrato, su nacimiento mismo fué una proscripción. Arde en él la llama de los videntes, el fuego de los apóstoles y la constancia de los héroes. Bien pueden ser tuyas estas palabras del inmenso y santísimo Savonarola: "Quisiera descansar y no hallo lugar para ello; quisiera permanecer callado y no hablar, pero me es imposible; pues la palabra de Dios arde en mí como fuego y me consume, si no me desahogo"... Toda la vehemencia de la pasión que agitaba a este noble ejemplar humano se traduce en una explosión de ingenuidad, que denuncia la vocación de aquella alma, para la lucha, para el apostolado, y para el martirio: un hombre de Dios, un misionero, un caballero de la Cruz: el héroe, el loco... el genio...

SU VIDA

Nació en Guayaquil, ciudad afortunada, que tuvo por hijo al patriarca de la poesía hispano—americana. Sus padres procedían de limpio linaje español, floreciente de próceres y nobles ejemplares, que había de producir al cabo, como flor y fruto definitivos, a uno de los mayores patricios de América, genio de la política, excepcional y completo, por la variedad de los conocimientos y la amplitud de la acción.

Hizo su educación primera en las estrecheces de la pobreza, que forman los caracteres recios y bien templados; acrisoló la virtud a la sombra de santos varones y piadosas mujeres, y en el colegio y en la universidad, fué siempre el primero.

Investigador de los recursos literarios, manifestóse escritor desde adolescente; y patriota hasta el delirio, sorprendió a sus compañeros con el propósito de intervenir en la vida pública y hacer francamente la Nación, que hasta entonces resultaba creación improvisada, a la que algunos patriotas superiores intentaron dar forma, sin obtener sino ensayos efímeros de adaptación de la ley al hecho social.

Su juventud tuvo, por la exhuberancia del temperamento, desbordes y desvíos en él agrandados por la censura inclemente de los libertinos, jueces siempre implacables, y que serían los fundadores del infierno, si Dios no lo hubiese puesto como uno de los fundamentos del universo moral.

Pero sus alardes de bohemio jamás llegaron al margen de la vulgaridad y la bajeza: hasta en sus declinaciones aparecía en la simpática postura que se recomienda al perdón. ¿Sus faltas? Venturosas fueron, porque de ellas derivó su arrepentimiento de místico y su regeneración de hombre sin tacha.

En 1845 tomó parte en el movimiento nacionalista inaugurado en la revolución de Marzo. Después de la caída del General Flores, hizo oposición al gobierno de Roca que sustituyó a aquél. Mas, preparada una revolución en Guayaquil contra el Presidente, aceptó la comisión de desbaratar aquella tentativa. Fueron sus primeros empeños. A los veintiseis años—Gobernador interino del Guayas.—logró conjurar el motín y contuvo los desvanes de la soldadesca, procurando el castigo inmediato de los asesinos del desventurado vecino de Cuenca Don Antonio Soler.

Luego se inscribía en el catálogo de abogados de la República. Se le llamó al honroso cargo de concejal de Quito; y redactando *El Vengador*, fue uno de los más ardientes promotores del rechazo a la invasión del General Flores, que pretendía algo como una restauración colonial.

Vinieron después los pesados años de campaña contra el Gobierno del General José María Urvina y de su continuador Robles. Fué preocupación de toda la vida de García Moreno la animosidad contra Urvina, a quien, dijo, solemnemente, no le correspondía en el Ecuador más sitio que el cadalso.

El Ecuador ha sido para cierta facción, algo como una dependencia política de las naciones vecinas, sobre todo de Colombia, cuya sombra se proyecta sobre nuestra nación, desde el célebre Santander y el Dictador Mosquera, y Obando y López.

Del Norte se importó la intolerancia sectaria que determinó en nuestra República la expulsión de los Jesuitas. Su defensa con la pluma y la palabra desarrolló la nobilísima pasión de nuestro caudillo por la causa de la Justicia y de la Moral, que se conculcaban en aquellos santos y civilizadores, para nosotros los que hicieron y mantuvieron el Marañón de Quito, guardas de nuestra casa, procuradores de nuestro derecho.

En la balanza de la crítica, aparecen un tanto severos los cargos y recriminaciones de García Moreno contra el General Urvina, al que no es posible negar cualidades de estadista y de soldado. García Moreno luchó sin descanso hasta inutilizar a su rival. Concejal, legislador, periodista, Rector de la Universidad, desde todos los puestos de combate, lanzó sobre Urvina sus frases aceradas, a modo de proyectiles. El Gobierno de éste desencadenó sobre él la

persecución, por lo que hubo de retirarse a Lima y luego a París. En esta espléndida ciudad, donde conviven la virtud y el vicio, la barbarie moral y el esplendor de la civilización—son palabras de Veillot—García Moreno se dedicó al estudio de las instituciones, del progreso y de las ciencias que tenían su foco en esa ciudad, de la que irradiaba la cultura hacia todos los horizontes. Allí completó sus estudios de química y de matemáticas, así como los de historia, de derecho y de ciencias públicas. Las matemáticas se conformaban singularmente con la rigidez de su inclinación, para la rectitud del carácter y la fórmula exacta del orden, norma de su política.

Regresó al Ecuador para intervenir decididamente en un cambio de régimen. Se trazó la senda, y nadie podía desviarla de ella. Los sucesos diéronle ocasión oportuna para, al amparo de una causa nacional, presentarse caudillo y protagonista de ella, y luchar y vencer.

En 1859, en campaña vertiginosa, cuando el extranjero tocaba a nuestras puertas, organizó la defensa nacional. Fueron los años de ignominia en que una facción consintió en la anulación del Ecuador, por la mutilación de buena parte del territorio. El patriotismo ecuatoriano hubo de resistir contra la invasión peruana y contra la traición doméstica. García Moreno se improvisó soldado junto al brillante General Flores; y en una accidentada y sangrienta campaña, forzando la artillada defensa de Guayaquil, la ocupó por asalto.

García Moreno entraba triunfalmente al gobierno, Jefe Supremo indiscutible, genio por todos reconocido en el vigor y lozanía de la vida, con el ensueño de hacer la Patria, de engrandecerla y de perpetuarla.

EN EL PODER.—OBSTACULOS.

Cuando llegó al poder, la mayor parte de los problemas de la vida nacional, o no se habían planteado; o planteados, no se habían resuelto.

Desde la liberación, arranca el conflicto de intereses e ideales, los que, definidos, habían de determinar la formación de la nacionalidad ecuatoriana.

Disuelta la Gran Colombia, máquina de combate en la Independencia y de prestigio para el renombre del Libertador, debieron organizarse las tres antiguas secciones colombianas, de manera que cada una de ellas quedase en condiciones políticas y económicas de constituir nación y mantener el decoro de la soberanía. El Libertador, en sus postrimerías, insinuó la agregación del Cauca a los departamentos del Sur, para que estos tuviesen estadistas que los gobernasen, además del complemento territorial y económico, conveniente a la fundación de una república que mantuviese relativo equilibrio entre las tres antiguas hermanas que formaron la hija primogénita de Bolívar. Al principio, la *Facción de la Montaña*—Obando y López—a ello se inclinaron, para hacer del Sur su patrimonio político. Mas, para tal combinación resultó obstáculo insuperable la jefatura en el Ecuador del bizarro General Flores. El gobierno del Sur, a entregarse a un caudillo extranjero, debió serlo al virtuoso Sucre. Pero los hombres de la *Montaña* dieron cuenta de él, no en provecho propio, como previeron, sino en beneficio de su afortunado rival el General Flores. Los pañales de la recién nacida República, por maldad de los hombres, manchados están con la sangre de Berruecos. Desde entonces, país somos de lamentación y de tragedia....

Flores, con talento y valor no comunes, logró la fundación del Ecuador en 1830. Nadie sino él pudo hacerlo, pues carecíamos de caudillos. • Los que pudieron intentarlo

con más popularidad—Sucre y Lamar—fueron arrebatados en las primeras convulsiones de la libertad, que no encontraba equilibrio. El Ecuador, en tales circunstancias y entre dos secciones poderosas del Continente, surgió, no solo cortadas sus aspiraciones de expansión en el Norte hasta el río Mayo, sino inconsistentes sus derechos territoriales, no obstante que acababan de triunfar en la frontera del Sur.

La formación de una nacionalidad no obedece solo a antecedentes históricos, sino que se funda en las condiciones geográficas y étnicas y en la cuestión capital de los recursos económicos, indispensables a la conservación del Estado; consideración, la última, reagravada, en nuestros primeros años de casa aparte, por el mantenimiento de un ejército—el de la Independencia—ejército extranjero y numeroso que pesaba sobre los pueblos esquilados, para hacerles imposible la vida.

No se culpe a Flores, no se culpe a quienes le sucedieron los males anexos a los obstáculos que concurrieron a la génesis misma de nuestra República, cuya existencia por ello se anunció enfermiza y con previsión de tristes destinos.

El Ecuador, formado con los departamentos de Quito, el Azuay, el Guayas y los territorios orientales hasta la hoya amazónica, resultaba un país de casi imposible cohesión, no solo por la diversidad del clima dentro de no muy vastas extensiones, sino por la enorme dificultad de comunicarse a través de cordilleras de las más altas y complicadas de la tierra, y por hoyas de rápido descenso e inverosímiles profundidades, no adecuadas a senderos y caminos que mantuviesen la vida de relación, que es propiamente la vida social.

A los inconvenientes de carácter geográfico se añadía la diversidad de razas, que tiene tanta importancia para la unidad nacional. Las planicies andinas albergan hasta hoy su inmensa masa de población autóctona, no incorporada a la civilización europea, representada por un núcleo pequeño de blancos y criollos, entre ellos una buena porción de mestizos, gente maleante que trasfunde, por lo general, en su hibridación, los defectos del primitivo origen. La Costa la habitan masas de población más despiertas a la cultura, pero indóciles y bravías: los montañeses de las selvas occidentales. El elemento extranjero, no espa-

ñol, se limitaba en 1830 a unos pocos inmigrantes sin mayor influencia. La población de la comarca oriental, excepto pequeños centros de colonización, en su mayor parte se componía de salvajes de tribus trashumantes, que no prometían a la civilización expectativa alguna.

En un territorio extenso así y casi desierto, con formidables barreras de montaña y antros pavorosos, habitado por raza esclava y perezosa y por cimarrones levantiscos, es evidente que siendo nula la sociabilidad, no podía desarrollarse la riqueza. Y, pobres los vecinos, mal tenidas las villas, desabrigados los puertos, las vías imposibles y primitiva la navegación, no podíamos mantener el decoro de la autoridad ni asegurar la ejecución de las leyes, por motivo de la exigüidad de los recursos. El soldado sin paga acudía al saqueo, el empleado con poco o ningún sueldo al agio. La familia pobre no esperaba mejorar la heredad, y el pueblo resignábase, en un fatalismo matador, a encomendar inutilmente al tiempo la realización del bienestar de todos y cada uno: -ansiado objeto de la economía social.

Algo hizo el General Flores por conjurar aquellos males. Quien los tentó a fondo, estudió los remedios, y la enmienda y las mejoras, según lo permitía la mezquindad de los medios, fué Rocafuerte.

Ensayó la extensión de la enseñanza, dió el primer paso en las vías de comunicación de la costa al interior, impulsó en valiente empresa la organización de la hacienda pública, ahogó el predominio militar por los medios de un civilismo férreo y despótico, e hizo respetar la normalidad, la moral y la ley, por los estímulos de un patriotismo sin tacha y mediante los procederes de la cultura, secundados por la represión enérgica e implacable.

SUS PREDECEDORES

ROCAFUERTE—PORTALES

El predecesor ecuatoriano de García Moreno fué Rocafuerte. De él proceden los principios y el método de orden, de severidad, de patriotismo, que en García Moreno, iluminados además por el resplandor de lo Alto, llegaron al desarrollo casi total de un programa sabio y culto, de lógico ensamble y sólida estructura.

La obra de nuestro famoso estadista no fué improvisación, ni su nombre meteoro arrancado a lejana conmoción sideral.

A tiempo mismo de la emancipación, Bolívar, Sucre, Urdaneta y otros publicistas, y filósofos meditaban la forma de organizar definitivamente las colonias libertadas, para que su libertad no se pudiese con la sangre de las revueltas y diese en el surco frutos de civilización.

Bolívar, en grito de angustia suprema del naufragio, dijo al final de su mensaje a la Convención de Ocaña: "Considerad, Legisladores, que la energía en la fuerza pública es la salvaguardia de la flaqueza individual, la amenaza que aterra al injusto y la esperanza de la sociedad. . . . Sin fuerza no hay virtud y sin virtud desaparece la república. . . . ! Legisladores! A nombre de Colombia os ruego, en plegarias infinitas, que nos deis, a imagen de la Providencia que representais, como árbitros de nuestros destinos, para el Pueblo, para el Ejército. . . . ! *leyes inexorables!*"

Los más ínclitos capitanes de la Independencia rodaron arrollados por la corriente militarista y bárbara que trocó la libertad en licencia y la emancipación en nueva tiranía: Bolívar, San Martín, O' Higgins, Sucre. . . .

Quedó casi íntegra la labor para los reconstructores,

los restauradores de la máquina política, apenas montada en los apremios del combate y descompuesta y rota por los legionarios desbandados o los demagogos, que suponían que la independencia se había hecho para sacar a las fieras de sus jaulas y a las serpientes de sus cubiles.

En el Plata, hicieron la primera campaña sus famosos civilistas Rivadavia, Moreno, Sarmiento, Alberdi; en Chile surgió el carácter originalísimo y sorprendente de Don Diego Portales, modelo que fué superado sólo por García Moreno.

En nuestro Ecuador, lo fué Rocafuerte, a quien su compatriota respetó como maestro. García Moreno se formó en su escuela, y de Rocafuerte proceden sus excelencias y también sus demasías.

El le había enseñado que, "En América solo en un gobierno enérgico como el de Prieto (es decir de su Ministro Portales) o de Rosas, que raya en despotismo o en feroz tiranía, puede sostenerse y conservarse el dón precioso de la paz.... Estamos en la mitad de nuestra carrera política, hemos conquistado la independencia.... y ahora nos queda que hacer la conquista de la libertad. Tardamos treinta años en sacudir el yugo de la Península, y tardaremos quizá más de sesenta (en obtener la libertad)." "De día en día me persuado más de la importancia de dar al Ejecutivo una energía que raye en benéfico despotismo". "¡Feliz tiranía la del Ecuador, pues impide que unos a otros se estén matando!". "Me he propuesto conservar a todo trance la pública tranquilidad, y solo revestido de una firmeza que inspire terror, podré conseguirlo".

Estas terribles sentencias de Rocafuerte hallaron expresión más concisa y artística en estas formidables palabras de García Moreno: "A los que corrompe el oro los reprimirá el plomo; al crimen seguirá el castigo, a los peligros que hoy corre el orden sucederá la calma, y si para conseguirlo es preciso sacrificar mi vida, pronto estoy a inmolarme.... Los exterminie el brazo de la justicia, envueltos en su propia sangre. De hoy más, el patíbulo del malvado será garantía del hombre de bien" ...

Cuanto a Portales, el paralelismo de García Moreno con él es evidente, y las mismas alabanzas de este al célebre estadista chileno sacrificado en la lúgubre escena del Barón, demuestran que el político ecuatoriano tuvo

siempre frente así la austera figura del integérrimo y desinteresado fundador de la organización política más bien combinada y perfecta de la América del Sur. Parecen escritas para nuestro compatriota las siguientes pinceladas de un elocuente biógrafo de Portales:

“Portales aparece como el coloso de la historia. El está solo, y por lo mismo se le ve más grande. Él va a hacer la mudanza de la sociedad, después de....su trastorno; pero no consiente auxiliares ni consejos ni inspiración alguna superior, porque se encuentra capaz de hacerlo todo, con tal de hacerlo por sí solo”. Sus más altas dotes fueron el sublime desinterés, la ínclita franqueza, el amor innato a la justicia, su rígida moral en el manejo de las rentas públicas, su inmensa laboriosidad, su severidad inexorable con los subalternos y consigo mismo, la elevación de sus miras....y un patriotismo que excedió a todos sus méritos. Sus defectos eran en grado muy inferior, y pertenecían más bien al hombre que al mandatario....Era caprichoso, altanero, violento con todo lo que se le resistía: hombres, leyes o acontecimientos. En los venideros siglos, cuando las pasiones y los hombres descansen en la misma osamenta, no quedando de sus luchas sino el único sentimiento que engrandece a los pueblos—el amor a la Patria—Portales será perdonado de sus errores y su memoria limpia de sombras.”
(B. Vicuña Mackenna.—*Don Diego Portales*)

LABOR INTENSA Y HEROICA

Su primer gobierno puede llamarse el período heroico del Presidente García Moreno. Aquellos años fueron los de la prueba desde el Gobierno provisional hasta 1865: el motín en los cuarteles, las invasiones a mano armada, el puñal aguzándose en la sombra; dos guerras internacionales: la que dió fin en la derrota de Tulcán, episodio extraño, solo explicable por la irritabilidad del patriotismo que se irguió en frente de Arboleda, un casi hermano de García Moreno, un ilustrísimo patriota, poeta y soldado; y la que tuvo trágico remate en Cuaspud, donde comenzó el ocaso militar del General Flores y padeció eclipse el astro de García Moreno.

Pero éste triunfó de todo, hasta del descrédito de la derrota, que la rectificó en los tratados. Los vencedores pusieron de pié, y ante él se descubrieron respetuosamente: no podían mancillar el infortunio del genio que se lanzó a la batalla, sin que le siguiesen sus camaradas. Se veía claramente que el hombre excedía al país que gobernaba.

En esos años lúgubres de furor, de desesperación, hicieron en parte los trabajos gigantescos de la carretera, las vastas empresas de la enseñanza, de la beneficencia, del saneamiento moral de la República, de cuyo territorio, desde los claustros para abajo, barrióse toda inmunidad que corrompiese el ambiente o trascendiese para pestilencia o contagio. En años tan difíciles, con rentas adecuadas apenas para sustento de la vida, tuvo el erario la elasticidad que da la honradez. Las entradas aumentaron en un setenta por ciento, sin contribuciones nuevas: se comenzaba a administrar, se recaudaba y se invertía limpiamente. El Presidente limitó su renta a un presupuesto de sacrificio, o no la cobró; impuso con su ejemplo el ahorro, renunció a los dispendios de representación y a

los festejos oficiales: padre de familia, en la crisis de la hacienda, limitó los gastos, puso tasa en los haberes, sin desperdiciar en perjuicio de lo necesario, de lo estricto. Fueron los años de la penitencia oficial....

PARENTESIS

Concluído el primer período, se hicieron los interregnos de Carrión y de Espinosa: las medianías agigantaron mucho más la estatura del genio, que se retiraba a la sombra. En esos años, estériles y cortos, su labor se hizo en la diplomacia y en la comisión de reconstruir la magnífica provincia de Imbabura, destruida por terremoto gigantesco, que transportó eminencias, convirtió valles en montañas, hundió los poblados y borró sendas, cauces y linderos. Previsto para los servicios que requerían el prodigio del valor, fué llamado, como el único, para organizar, defender y hacer la paz después de las convulsiones de la naturaleza, secundadas por el renacimiento de la barbarie. Misionero y gobernante, mantuvo inflexible el orden, salvó y dió albergue y pan a los sobrevivientes, improvisó viviendas y senderos, y restableció valientemente la vida civil, entre las aclamaciones de la gratitud y los aplausos de la Nación.

Su misión a Chile tuvo el incidente del asalto, en Lima, a mano armada, de Juan Viteri, *un bravo* que disparó sobre el Plenipotenciario del Ecuador. La valentía de éste desarmó al asesino; y el crimen quedó impune; por poco la víctima pasa al banco del acusado: se habían combinado así el atentado y el proceso judicial.

El interregno de Carrión y de Espinosa denunciaba, no precisamente el alejamiento de los ciudadanos mejor preparados que bien pudieron sustituir a García Moreno, sino el poco acierto de éste en la elección de sucesor. Porque, era evidente: su opinión debía ser decisiva en el grupo de sus parciales y en la masa neutra para la desig-

nación de candidato. A juicio de unos pocos, quien debía continuar la marcha civilizadora del caudillo de 1859, era el Doctor Benigno Malo, que en la efímera administración de Ascásubi, demostró de cuánto era capaz como magistrado; el valor que acaso le faltaba había de suplirlo García Moreno: uno y otro habríanse completado. Pero, se decidió la suerte del Estado en una como mesa de juego; y fué elegido un caballero que apenas excedía el límite de la vulgaridad,—Carrión; y después de él, un santo varón de reconocidas virtudes privadas, y que en política no tenía otro valor que el de una incógnita, que luego encontró solución, bien desairada por cierto....

Además, es evidente que, vivo García Moreno, los demás se eclipsaban: brillando el sol, se apagaban las estrellas. Cuando él no gobernaba, el gobierno resultaba como las escenas de un drama en que actúan los actores de segunda fila: todos los espectadores aguardan impacientes la vuelta del protagonista....

SEGUNDA ADMINISTRACION

Volvió al poder al empuje de una revolución, la que él hizo para anticiparse a Urviña. Su veracidad traducida en lo íntimo de la correspondencia epistolar, así como datos de otro orden igualmente verídicos, atestiguan esa anticipación, muy explicable en el habilísimo estratega político, que detrás de Don Francisco X. Aguirre, bien podía repetir la escena del confiado Noboa....

Con todo, la deposición de Espinosa no ha sido absuelta por la historia, aunque los sucesos posteriores y la revolución del General José de Veintimilla demostraron que las baterías habían estado cargadas, para el movimiento urvinista García Moreno, Jefe Supremo, sin derramamiento de sangre, apareció en el teatro que era suyo y convocó la Convención de 1869, a fin de hacer la Carta y las leyes secundarias, conforme a su

invariable programa de 1861, y comenzó el segundo período de su mando después de reticencias, promesas y desistimientos, no muy propios, en verdad, de la alteza del personaje.

En esos seis años fue la paz, el desarrollo estupendo de la nación y la cumbre de su progreso. Con menos de tres millones de entradas al año, se realizó el prodigio de extensión, de encumbramiento, de exaltación de nuestra pobre República, al punto y grado de incorporarse ella en la sociedad internacional, como dechado de honradez, de sana política y de alta cultura. Esta abrazó todos los ramos de adelanto material e intelectual y abrió amplia vía, para que el país llegase, no muy tarde y sin mayor sacrificio, al término a que aspirar se puede en la carrera de la civilización. No hubo necesidad de imposiciones, fueron rasos los castigos y la mansedumbre iba formando atmósfera: el Presidente no era ya un vengador, que acaso se complaciese en las revueltas para el morboso regocijo de reprimirlas. Aparecía tranquilo, a la primera luz del ocaso, en el otoño de paz de una vida gloriosa, aunque turbulenta.

LA ÚLTIMA ETAPA

En 1874 debía renovarse el poder. Los verdaderos amigos del Presidente creían oportuno que descansase el batallador, el caudillo, reservándose quizás para una posterior elección. Pero los celos de partido y las simpatías palaciegas se inclinaron hacia una reelección, que fue la condena a muerte de García Moreno. El país, convulso y removido subterráneamente, las gentes no preparadas dentro de una buena educación política, se mostraban cansadas de la prolongación del espectáculo con unos mismos actores; y el *puñal de la salud*, que se armó contra Bolívar, que suprimió a Sucre, que castigó la grandeza de Portales, relampagueaba en las tinieblas. Su presentación lite-

raria y pública la hizo, con aurea pluma, el magnífico retórico que resucitó las pálidas figuras de Casio y Bruto y las de sus continuadores Colá di Rienzi, Stéfano Porcaro y Girolamo Ogliata, conjurados que compran la libertad con moneda de sangre, para establecer en las infortunadas sociedades, el dilatado imperio de la venganza.

En las puertas de palacio, una fiera humana pésima, súbitamente, partió la cabeza y el brazo del invicto Presidente con un gran cuchillo de monte, a tiempo que Bruto y Casio disparaban sus elegantes pistolas sobre la víctima, para representar el papel de comparsas.

Cayó el patricio, el estadista más sorprendente de la América española, entre los rugidos de dolor del pueblo y el furor de quienes pedían el castigo. El asesino, antes que el mártir, hubo de dar el salto hacia la eterna ribera. Esa tarde fúnebre, cerráronse las puertas de nuestra grande historia, en la que andando los tiempos, debían actuar muñecos de guignol, y repetirse por generación terriblemente providencial, escenas más bárbaras todavía.

Nuestra Patria, en cambio de esos hombres indiscutiblemente superiores, había de poseer verdugos y manchar con sangre, en horas aciagas, las ínfulas del poder....

SU OBRA.—CONSTRUCTOR

Pocas historias presentarán un ejemplar de constructor, de civilizador, como García Moreno. Otros han llegado al poder, para conservarse ante todo en él; su objetivo primordial ha sido mantener el dominio, con la violencia, por los motivos casi únicamente animales del instinto: mandar y seguir mandando para usufructo de la política, para los medros personales, para beneficio de agnados, cognados y gentiles, para engorde de la facción, para el ocio de los genizaros, de los usureros de Estado, de los correveidiles de la bolsa política, para la hampa y la zarna humana de los parásitos y los mendigos de blusa

y de casaca.

No así nuestro modelo.... En su larga carrera, si se le tachó de ambicioso, si se le acusó de aquello que se tradujo en frase retórica,—*concupiscencia del mando*; no pudo condenársele jamás como a pretendiente vulgar, que hiciese de la política una industria de sangre.

Estudiados el temperamento, el carácter, la soberbia del personaje, aquellas acusaciones no se explican ni se fundan: pertenecen a lugares comunes de periódico de combate. Si él intervino en los negocios públicos, movido fué por el deber, por la pasión del patriotismo. A la Patria ofreció su vida desde el momento en que hizo las primeras armas. No comprendió nunca la llamada prescindencia política, que importa la renuncia de la ciudadanía, ni tuvo para él sentido alguno la misera palabra neutralidad, que no se explica ni puede ser dentro del sistema representativo, en que todos los ciudadanos llevamos en nuestra diestra la Carta constitucional. Señores somos según el pacto político: y por él, designamos a los representantes de la soberanía. ¿Se llama esto ambición? ¡Honrada ambición como la de Washington o de Lincoln, de Bolívar o de O' Higgins; ambición de servir a la felicidad y grandeza nacionales, sin más recompensa que el fallo de la conciencia y el veredicto de la historia....!

SU PROGRAMA

Desde que pisó las gradas de palacio, García Moreno preparó la jornada, trazó la línea y se encaminó a la meta. Su amplísima vista determinó el plan y el conjunto del sistema, con prolongaciones a la remota edad venidera, a que alcanzaba su mirada de profeta: se anticipó por el largo alcance de su visión....

En 1861, en su corto discurso (todo en él era breve como la acción e instantáneo como el genio), presentó los capítulos de su programa que no los había de variar nunca:

“Restablecer el imperio de la moral, sin la que el orden no es más que tregua o cansancio y fuera de la cual la libertad es engaño y quimera; moralizar el país en que la lucha sangrienta del bien y del mal... ha durado por espacio de medio siglo, y moralizarlo por la represión enérgica del crimen y por la educación religiosa de las nuevas generaciones; respetar y proteger la santa Religión de nuestros mayores y pedir a su influencia la reforma que las leyes y los gobiernos no pueden conseguir por sí solos; fomentar el desarrollo de los intereses de nuestra empobrecida sociedad, removiendo los obstáculos que la falta de conocimientos y de vías de comunicación oponen a su industria, comercio y agricultura; sustituir las conquistas pacíficas del trabajo y de la riqueza a las peligrosas y absurdas teorías que, en la juventud... extravían el patriotismo; arreglar la hacienda pública sobre la triple base de la probidad, la economía y el crédito nacional; cuidar de que el ejército sea el escudo y la gloria de la república... en una palabra lanzar al Ecuador, con mano vigorosa, en la senda del progreso.”

En el último mensaje, su testamento político, tuvo la gloria de entregar su programa, cumplido en gran parte. “En esos seis años—dijo—ha marchado resueltamente la República por la senda del verdadero progreso, bajo la visible protección de la Providencia. Mayores hubieran sido sus adelantos, si yo hubiera tenido para gobernar las cualidades de que carezco, o si para hacer el bien bastara el vehemente deseo de conseguirlo.”

“Si he cometido faltas, perdón os pido mil y mil veces y lo pido con lágrimas sincerísimas a todos mis compatriotas, seguro de que mi voluntad no ha tenido parte en ellas. Si al contrario creéis que en algo he acertado... atribuidlo... a Dios...”

Cumplió su palabra de creyente, de caballero y de patriota. “Las curvas de sus primeros años de lucha se enderezaron, para inclinarse hacia una recta triunfal.” Muy bien podían aplicarse a él aquellas palabras del solemne filósofo de las *Memorias de ultratumba*. Pocos como él podrán contar que hicieron lo pensado y lo querido, en una jornada de paciente premeditación, logrando sellar la fama de su honrada osadía con la sangre del sacrificio, y cumplir en todas sus partes el programa de la vida.

LA EDUCACION NACIONAL

Para redención social, para elevación de todas las clases, su primer empeño fue impulsar la educación en todas sus formas, fundándola en la moral y en la religión, indispensables para domesticar a la bestia humana y para mantener los vínculos de la asociación. "La unidad de creencias, expuso en su Mensaje de 1869, es el único vínculo que nos queda en un país dividido por los intereses y pasiones de partido, de localidad y de razas".

El *hombre animal*, que dijo el sublime Apóstol, es el último de la escala de los seres, y la sociedad que no reconoce la dignidad de su destino y la grandeza de su fin, no es sino un rebaño, algo peor que el rebaño, pues carece del instinto. Hasta el helado Gibbon proclama por lo menos la utilidad de la Religión para domeñar la fiera que cada hombre lleva dentro de sí. Y para la supremacía de un imperio, nada más solemne y glorioso que el vincular su grandeza al Omnipotente. En ocasión memorable, declaró Roosevelt, Presidente de los Estados Unidos: "Si importa al pueblo de este país invocar sus derechos, más le vale recordar sus deberes. En definitiva, la obra del hombre de estado y del militar, la obra del pueblo no alcanzan nada, a no basarse en el espíritu cristiano que debe animar los millones de nuestros hogares, a fin de establecer su fundamento social, espiritual y moral, sin el que nación alguna puede llegar a la grandeza permanente. El bienestar material, la prosperidad material, el progreso de las artes y las letras, los triunfos industriales. . . . se desvanecen, a no apoyarse en la rectitud que exalta a una nación".

Sin la creencia (no las creencias, negación de aquella, como dijo García Moreno) el individuo degenera en el salvaje indómito, y la sociedad en una tribu de bárbaros. El poder que educa a las masas, desviándolas de su o-

rigen y destino, degenera en corruptor, que engendra las alimañas que han de arrancarle los ojos, los degenerados que bastardearán el linaje, los ejemplares humanos de hospital, de presidio o de hospicio.

El problema de la felicidad social se traduce en problema pedagógico. La enseñanza abraza todos los horizontes de la existencia: lo presente y el más allá, el campo de la percepción y el infinito no visto y adivinado. En este universo, preside como centro motor, principio de gravitación y equilibrio, Dios. Sin él nada se explica, su negación significa el salto en el vacío: Nuestro educador, que poseyó la soberana intuición de los seres superiores, abarcó la amplitud de la enseñanza; y para difundirla, procedió desde arriba, desde la cumbre de la síntesis,—la Divinidad—para bajar a la materia, en el mecanismo prodigioso de los mundos y de los espíritus.

Para él, el problema de la educación fué el básico y fundamental; y para aplicarlo y resolverlo, no acudió a la tiránica ley de la enseñanza obligatoria, usurpando a la familia sus derechos primordiales.

La educación ante todo es función moral, directriz de la voluntad. El ser racional, consciente de su origen y su destino, se prepara para el viaje, con las armas de la razón, llevando en su frente el sello de Dios, para llegar, como las aguas, al inevitable oceano de lo infinito. Es el programa religioso y total de la enseñanza, que comprende la universidad de la vida y no mutila al hombre, reduciéndole a la carne mortal, de que separa, ¡empresa imposible y local! el alma imperecedera.

Como evolución escolar, dió a la educación la faz útil y práctica, inclinándola hacia las artes manuales, a las ciencias de la naturaleza, a las ciencias exactas, para lograr así conocer el suelo que nos sustenta y ser dueños de él, descubridores de sus tesoros, usufructuarios de ellos, independientes de la tiranía científica de los extranjeros y de la imposición del trabajo, de los orgullosos mercenarios de afuera. Quiso que, por la educación y el trabajo, tuviésemos la autonomía de la riqueza y fuésemos en nuestra casa los banqueros, los comerciantes, los maestros, los técnicos, los empresarios, los constructores. Trajo sabios de Europa para introducir aquí ciencias nuevas e industrias nuevas, a fin de que la nación lo fuese en verdad, no solo por la independen-

cia política, sino por la emancipación económica y la soberanía del trabajo. Un pueblo que entrega sus industrias a los extraños, tributario de la ciencia y del dinero que le convierten en esclavo, muy presto dejará de ser, para mendigar, en su propia casa, y perder su nombre y su personalidad, en una confusión de intereses y de ideales, que tendrá de cualquier cosa el carácter, pero no de sociedad, que es familia más o menos grande, más o menos numerosa, pero familia, por la unidad, la fraternidad y la aspiración colectiva.

No por ello descuidó las bellas artes, la enseñanza clásica, la predilección de las especulaciones filosóficas, la elevación de las altas disciplinas, la poesía,—fulguración casi divina del pensamiento. Envió a las escuelas de Europa a los alumnos sobresalientes, para que tuviésemos pintores, músicos y arquitectos nacionales, no enfermos de snobismo y de nostalgia de ajenas tierras y de envidia del ocio dorado de las grandes y terribles ciudades de Europa.

A tanto y a mucho más se extendió su solicitud gobernante, su administración paternal. Casi nada teníamos que nos constituyese dueños efectivos de la tierra que habitamos, para aprovecharla. Nuestra civilización estaba en el grado cero, como dijo Rocafuerte, así en arte y ciencia, como en industria y agricultura. Había que crearlo todo, aprovechando los elementos del terruño, dando vigor a la propia simiente y limando las asperezas de organismos bastos y rebeldes, podando demasías y enderezando inclinaciones torcidas por la rutina o la degeneración. Entonces, desde la escuela primaria hasta la Universidad y la Politécnica, desde el Protectorado hasta el Colegio y el instituto normal, se enseñaba intensamente, se aprendía intensamente, sin renunciar a las fuentes grecolatinas y a las puras aguas de la ciencia cristiana. Enseñaba el que sabía, y no el político, el concesionario, el presupuestivoro, murciélago alevoso, que apaga a veces la luz del pensamiento para devorar la cerilla del sueldo. ¡Qué sabios los frailes que nos dieron la química maravillosa, que abrieron a nuestros ojos el infinito del cálculo, que enderezaron hacia las estrellas el telescopio descubridor, que clasificaron para la botánica el oceano de la floresta y trazaron en el libro y en la carta, la geografía nacional! Los ingenieros, los mecánicos, los arquitectos, los cirujanos,

los técnicos de la sabia Europa, sin pretensiones de dominio, llegaron, por primera vez, a asumir el magisterio en nuestra Patria; trazaron las carreteras, afirmaron los primeros rieles, levantaron junto al caserío colonial y la cabaña indígena el chalet elegante, la lonja comercial y el palacete de lujo. Todo esto se hizo y mucho más, con mínimos recursos, en el milagro de la multiplicación de los dineros, algo como el de las orillas del lago de Genezaret; y todo esto realizóse con un presupuesto de indigencia, por medio de personas religiosas y a impulso de las congregaciones. La virtud se traducía en la baratura y la baratura en el sacrificio: el heroísmo en la enseñanza.

SANEAMIENTO SOCIAL

Después de su empresa de educación, se recomienda la del saneamiento moral que tomó a su cargo con el brío de la más ardiente acometida. Conocía bien que las costumbres son la base de las leyes y la garantía de la prosperidad de las naciones. Estimaba sustancial preservar a las nacientes repúblicas americanas de las enfermedades infecciosas de los pueblos viejos y corrompidos. Afirmaba con Michelet: "que se va positivamente a la catástrofe con generaciones entregadas a los excesos del alcohol, de la poligamia y de los narcóticos. . . ." Impuso el saneamiento, la profilaxis y el contagio de salud.

Recorrió bizarramente todos los círculos sociales, para limpiar de lepra las familias y hasta las casas religiosas. Su celo se excedió en veces hasta el grado de que el *Obispo de afuera* usurpase funciones espirituales y acudiese a el arma del escándalo, para remedio y seguro de la moralidad: demasías de su *óptica moral*.

La higiene del alma, la policía preventiva que impiden las epidemias sociales, la ética y la estética de las acciones fueron su preocupación de todas las horas: su mirada iba desde los salones a las cárceles, desde el

rincón salvaje hasta la capital, para vigilar la corrección, la rectitud, la normalidad de las costumbres.

Si un pueblo se ha de constituir para ser algo en la historia, deberá preparar los individuos sanos de alma y cuerpo, aptos para el trabajo, para la obediencia, para la moderación, que formen razas fuertes y disciplinadas. El hombre listo como soldado de su propia ventura; la familia en paz; la iglesia como luz sobre el monte, sin mancha y soberana por la virtud; el municipio, honrada casa solariega de los vecinos, y el Estado como protector de personas y colectividades: ¡así era la bien trabada y recia arquitectura que, en sus meditaciones de patriota, ideó y realizó en gran parte el famoso Magistrado, "el gobernador más grande que hemos conocido hace siglos, para timbre envidiable de la insignificante republiquilla del Ecuador", como escribió, en hipérbole de elevada sinceridad, el inclito cantor de la epopeya de Vasconia, Navarro Villoslada.

LA BENEFICENCIA COMO FUNCIÓN SOCIAL Y DE ESTADO.

La educación prepara al individuo para la lucha de la vida y para la empresa de su bienestar. La educación previene al hombre contra los elementos destructores, le arma contra los agentes naturales rebelados, para lo imprevisto y lo fortuito y para reparar el mal y las desigualdades contra las que el ser humano se subleva. La educación redúcese a la higiene individual y pública en las costumbres, a la sabia anticipación al daño a que el hombre y el ciudadano sean útiles a sí mismos y a sus semejantes, factores de su propia felicidad, organismos conscientes de su destino.

Mas, como las batallas de la existencia producen bajas inevitables, y junto a los muertos caen los heridos,

y la desigualdad procede del fondo mismo inclemente y duro de la naturaleza que a unos deshereda y a otros encumbra, a estos inutiliza y a aquellos guarda y escuda para la dicha; se imponen la reparación, el remedio, el salvamento, para un posible y relativo equilibrio en la economía de la ciudad. Realizables serán—afirmó Augusto Comte—la libertad y la fraternidad; pero ay! la igualdad nunca! A procurarla, la caridad da el único recurso, la única tentativa de nivelación, inspirada por el Cielo, predicada por los Apóstoles como el alfa y el omega de la doctrina. A la caridad se ha prometido la bien aventuranza, ella obtiene la recompensa en la estrecha cuenta de la Justicia final.

La caridad no es solo virtud privada y dádiva voluntaria: ha de ser función social y capítulo obligado de las garantías de la comunidad política. En sociedades que a tal nombre aspiran, no son echados al arroyo el enfermo, el huérfano, el inválido, el preso, el vencido de la vida.

Nuestro gobernante, a compás de su labor educadora, hizo la beneficencia pública, rudimentaria antes de él, considerándola como servicio nacional preferente, a fin de pagar al caído y al proletario la deuda a que, como hermanos nuestros tienen derecho, por ley de Dios, por mandato de la conciencia social. Se improvisaron hospitales, asilos, hospederías; comenzó la policía moral a prevenir la degeneración, se dió al régimen celular la condición de redención por el trabajo. Y el trabajo mismo se multiplicó, para dar al pobre la limosna de honor del trabajo, que salva y engrandece, suprimiendo en la cuna el monstruo de la miseria.

En esta campaña de extensión de la caridad y para cumplir sus fines, se ahorraban los dineros fiscales con santa codicia; desde el Jefe del Estado hasta el campesino, daban ejemplo de modestia en la indumentaria y en fiestas y regocijos; rara vez se encendían las antorchas del banquete, que más que aceite, quemaban el precioso metal, cuyos desperdicios deben entrar al tesoro del indigente. Y la beneficencia se organizó con la economía de la abnegación, por medio de las familias religiosas y según los móviles de la compasión: el Presidente echaba, en veces, su sueldo en las púdicas reservas de la caridad.

Anticipóse, como en muchos otros servicios, a las ur-

gencias de su tiempo, planteando y resolviendo entonces mismo, el problema hoy candente del proletariado, por medio de la beneficencia pública, que arranca, en forma de contribución, el exceso de los ahitos, para saciar la hambre del desvalido, y hacía obligatorio el ahorro de la nación, para enderezar en lo posible las curvas de la desigualdad.

El, t n recio para la acometida, t n fuerte contra las inclemencias de la naturaleza, t n inexorable en el castigo, tenía blandas entrañas para el niño que lloraba de hambre, para el anciano, la viuda, el huérfano, el recluso, el abandonado. Creía que nuestro pequeño país sería dichoso, el día en que en todas partes, en el punto más desolado del territorio, pudiesen remediarse por la misericordia, las dolencias humanas. Su genial furor contra el crimen obedecía a su piedad hacia las víctimas: con los argumentos de aqu ella, se excusaba ante sus acusadores, y ante la nación, por la severidad de la vindicta. Tal era también la opinión del Libertador, que escribió: "La clemencia con el malvado es un castigo del bueno; y si es virtud la indulgencia, lo es ejercida por un particular, no por un gobierno". Así es como la misericordia llegaba a ser hermana de la justicia, en el pensamiento de estos magistrados, que miraban las cosas y a los hombres desde la altura de la filosofía de los derechos, para su concordia en la mecánica social.

MILITARISMO

Lo más urgente era reformar la milicia, instrumento de tiranía, arma del motín. Fue el más arrogante civilista que ha tenido América. El redujo a la clase militar, dentro de las honradas murallas de su nobilísima institución.

La milicia es una de las mas sobresalientes representaciones de la nacionalidad: como el aire y la luz para todos los partidos y para defensa de los garantías de los ciudadanos, sin distinción alguna.

Fundó el Colegio Militar, centro de amplia cultura para ingreso de la juventud distinguida que, inspirándose en la noble pasión de la Patria, encontrase medio propicio a desarrollar su generosa inclinación.

En los años de su gobierno, el militarismo no asomó, sino afuera, la cabeza erizada de serpientes; casi no hubo pronunciamientos de cuartel, y los castigos más solemnes y terribles del temido Presidente, cayeron sobre los militares revoltosos, los piratas y "las galoneadas sanguijuelas del tesoro", como llamó, en frase vibrante y pintoresca, a los que desempeñan el menguado oficio de vender y comprar sangre humana, en cambio del mendrugo fiscal.

Cuando el asesinato del Magistrado, apareció con toda evidencia, que la clase militar ocupaba ya el puesto de honor que le correspondía. No obstante desaparecer el árbol gigante que a todos daba sombra, la milicia se mantuvo en el sitio del deber, no se alteró la paz, y pudo hacerse tranquilamente la elección popular, en un ambiente de libertad, casi único en nuestra historia.

No muy tarde, debía volver el pretorianismo, centuplicado y con pretensiones e ínfulas de un largo imperio. Casi toda la historia del Ecuador, en los últimos años, con pocas excepciones, es un desfile de uniformes militares.

En paz y en guerra, la milicia resultó la gran incu-

badora de la soberanía. Resucitó para nuevos destinos de sangre y para apaciguar las contracciones de sus fauces. De los colores de la bandera nacional, escogió quizás el color de la amenaza, para alistarse en una bandería, dividiendo así a la nación, haciendo odiosa la institución militar y desnaturalizándola, para convertirla en guardia de palacio, en poder constituyente y en poder electoral: la usurpación constante, la Dictadura perpetua.

PROGRESO MATERIAL

El más largo capítulo de su programa se refiere a las mejoras materiales: los puertos, los faros, el arreglo y reparo de las ciudades, los puentes, los caminos: ¡los caminos ante todo! Construyó la gran carretera central, línea matriz, arteria inmensa de la vida nacional; construcción entonces única en toda la América, que hasta ahora se impone a la admiración sobre todo de los extranjeros, que más imparcialmente suelen aquilatar los esfuerzos y las resistencias que significaba esa empresa colosal. Su arranque en la costa fué el primer ferrocarril del Ecuador. Debía completarse la red de comunicaciones en Cuenca, en Imbabura, en Loja, en Guaranda, en Manabí. Quedan aún los escombros!

Las obras se hicieron por cuenta del Estado, con una economía casi al márgen de la avaricia. No se tentó siquiera el contrato ni se tocó a las puertas de los usureros de ultramar: nuestros escasísimos caudales se multiplicaron para todo. "Rehuso pedir prestado—dijo—sobre las bases ruinosas que solo un usurero puede proponer, y que solo podrían aceptar la mala fe o la demencia".

Tampoco, a pretexto de adelanto, se pedía más al pueblo. No podía hacerlo quien condenó desde sus primeros años el procedimiento: "Se malgasta, se desperdicia lastimosamente en el seno de una espantosa miseria y se prodiga el dinero del pueblo para decirle *dad mas, seguid*

dando." No se quería el progreso a costa de la vida....

Las precauciones patrióticas del Presidente modelo, habían de quedar como un antecedente en la historia, un alarde de patriotismo, una bella posición sin imitadores. Vendrían más tarde el extranjerismo, nuestra mísera idolatría a lo extraño, nuestra inmigración de señores del dinero y de las empresas, para que muy pronto nada sea nuestro, nada de los hijos de la tierra, talvez ni esta. El ferrocarril que comenzó García Moreno, que hizo en parte, sin dejar la triste herencia de la deuda, hecho está ahora, paralelo a la gran carretera nacional y sobre sus ruinas. Se ejecutó mediante un contrato que apenas merecía suscribirse en una tribu de gitanos. Se hizo con dinero que pedimos prestado, que lo debemos íntegramente, que pesa como montaña sobre el crédito nacional; y sin embargo el ferrocarril no es del Ecuador, y quizás no lo recuperaremos nunca. ¡Nosotros costeamos hasta el látigo que cae en nuestras espaldas! Si García Moreno hubiera de resucitar ¡cómo relampaguearan sus ojos sobre las medianías que celebran olímpicamente nuestra esclavitud económica y el idiotismo de la nación!

PASIÓN POR LA JUSTICIA.—HONRADEZ

Otra de las excelencias del hombre providencial fué su pasión por la justicia, pasión de almas superiores, pasión casi divina. Cuando asomaba en algún rincón la impunidad, disparábase sobre la debilidad o la prevaricación de los jueces, en quienes imprimía el hierro del vituperio. Caía sobre los logreros para hacerles restituir granjerías arrancadas a la indigencia; limpió de agiotistas las gradas de palacio y lanzó el rayo sobre la usura internacional y las filtraciones y desperdicios que nos legó la mala fé apellidando patriotismo, en alianza con los conquistadores financieros, malhechores públicos y polilla de los Estados.

Puso en la conciencia nacional el sentimiento del terror, del asco al papel, como mentirosa promesa de moneda. Sabía que la honradez es la política por excelencia y que en la riqueza privada se funda la riqueza pública. Guardador vigilante de las cajas nacionales, cerradura de éllas, comprobador y fiscal, no perdió de vista el centavo rezagado en la rendija, ni la cifra acaso perdida en los descuidos o las intrigas de la contabilidad. Alcances de cuentas casi no los hubo, la palabra *prima* no se conocía, el parasitismo roedor fué arrancado del árbol del fisco antes roñoso y cubierto de líquen y de orugas, y que después había de ser comido hasta la medula. Suposiciones, insubsistencias, comisiones, pesquizas, encargos secretos, gratificaciones y sobresueldos, jubilaciones y retiros, contratos y negociados, no pudieron proponerse siquiera a aquel inquisidor del tesoro nacional, que veía a través de las cerraduras y atalayaba todos los horizontes, para descubrir algo que pudiera desperdiciarse o perderse.

Con solicitud incansable y minuciosidad que rayaba en exageración, él mismo revisaba las cuentas, repasaba las cifras y sorprendía descuidos o desfalcos: la restitución venía inmediata y la justicia inexorable. Cuando se perjudica al Estado—pensaba él— no solo se daña a la más respetable institución del país, sino a todos y cada uno de los ciudadanos, dueños de una cuota de la riqueza colectiva.

¡Cómo estamos lejos, muy lejos de aquella limpieza fiscal! Se llegó al caso de que, en largos años, no hubo cuenta de la Hacienda Pública que fue *casus belli* al principio y después botín de conquista; y el río de los millones, que había crecido mucho, se fué al océano del olvido, dejando poca humedad y levísima capa de detritus en las orillas!

En su máquina administrativa de extrema sencillez, se consultó el ahorro, el servicio más bien patriótico que retribuido, la corrección nimia y escrupulosa en todos los detalles. Los empleados pocos, eliminados el dispendio y el lujo, reducida la etiqueta de palacio al rigor de los pocos recursos, sin festivales ni aniversarios de aparato; el gobierno correspondió a la limitación de la hacienda y a la dignidad de nuestra pobreza. Así, la empleomanía apenas alentaba, y eso en las bajas capas sociales; sobraba dinero para mejoras, para caridad y para educación del

pueblo. Honrados gobiernos hubo después hasta 1895, que imitaron la discreta economía que recordamos, y que no volverá, cuando ya hemos entrado con el propósito de emular ridículamente con las naciones espléndidas, en los ritos de la disipación. En ese terreno, aparece más ínfima nuestra pequeñez.

EL HOMBRE VERAZ

Entre las virtudes del personaje, destácase su sinceridad. En la adolescencia y juventud, a través de la intimidad y en los altibajos de la vida pública, para los negocios y con motivos de simple cortesanía, no supo, no pudo mentir jamás. Léanse sus periódicos, sus cartas, sus discursos, sus mensajes: en ellos le veréis en la desnudez diáfana del alma, conforme el pensamiento con la acción. Jamás negó ni atenuó sus faltas, lloró sobre ellas, para que de su arrepentimiento brotasen, como flor de bendición, la propia enmienda y el ejemplo para los demás.

Puede decirse que la franqueza le hacía daño en ocasiones, y que la violencia de su palabra iba más allá de sus actos. Lucen como relámpagos todavía, sus grandes frases históricas, que crisan los cabellos y dan el escalofrío del miedo: su sinceridad se adelantaba a su intención.

Parece que el maquiavelismo diplomático y la reserva y la trastienda, como contraste, debían llegar más tarde, a convertir nuestra política en mascarada, donde todos procuran engañarse. La palabra se trueca en careta y no se puede juzgar a los gobiernos por los documentos de más solemnidad: de la hipérbole se pasa a la mendacidad y de esta a la calumnia: los más bajos delitos de la palabra y de la pluma, engendros del miedo en las alturas del mando.

EL REGIONALISMO

Uno de los mayores problemas por resolver en la vida nacional se radica en el regionalismo, no solo el de las localidades casi todas con tendencias a la disgregación, sino principalmente en la malquerencia y antagonismo entre las ricas comarcas de la Costa y algunas de los Andes, donde preside la Capital.

El temeroso problema, que no lo planteó Flores, que tampoco lo resolvió Rocafuerte,—entrambos deudores de la sangre de Miñarica—García Moreno lo hizo casi desaparecer. Hombre de la tierra baja, el hijo mayor de la imperiosa Guayaquil, puso todo empeño en la unidad, por el intercambio de ideas e intereses entre la Sierra y la Costa. Difícil empresa ciertamente la de coordinar anhelos y provechos de moradores de zonas tan diversas como la playa marina y los declives y planicies de las cordilleras: un cosmos en poca extensión, los conflictos del medio ambiente, producidos en unas cuantas leguas de territorio; un imposible de cohesión para un milagro de homogeneidad. La divergencia de costumbres engendra la guerra perenne, según advertencia de Cornelio Tácito.

Comenzó el magistrado la reconstitución de la unidad de las secciones, aboliendo la igualdad de representación de los distritos que daba al Guayas una preponderancia política, que añadida a la económica, se convertía en omnipotencia. Hizo luego enormes y rápidos esfuerzos para mejorar las comarcas andinas y para el esplendor de la Capital. Quito fué el campo de sus más ahincados empeños, y logró levantarla a la condición de ciudad monumental, completando sus magníficas construcciones coloniales, y dotándola de instituciones, edificios y mejoras, para la instrucción, para la beneficencia y los servicios del Estado. Comprendió que la constante y rápida comunicación entre la Costa y la Sierra había de fundir en una

el alma nacional; y para ello, emprendió el ferrocarril, hizo la vasta carretera y comenzó las otras vías al norte y al sur de la República.

Así, con prudente equilibrio, se procuraba la unificación y la concordia. La Costa, poderosa por su riqueza y el genio y preparación de sus estadistas, continuaría gobernando al país; pero, este se reduciría a una familia sin celos de preponderancia ni querellas de servidumbre. Poco a poco, progresando el resto del Ecuador, desaparecería la congestión vital de nuestro puerto casi único, y como tal, sede metropolitana, emporio comercial, tesorería y estado mayor de la política.

¿García Moreno eliminó el conflicto?, Preparó sabiamente su solución, y en él debemos buscar, al político de largo vuelo que conoció la dificultad, estudió sus causas, comenzó el remedio y adelantó la consolidación de aspiraciones e intereses opuestos.

LA CONSTITUCION DE 1869.

¿Su obra constitucional? La Carta del 69, tan vituperada y poco conocida y estudiada, ensayo es más respetable que la Constitución Boliviana.

Como Bolívar, García Moreno estudió el hecho social, par deducir de él las leyes: solo que García Moreno no dejó en su Carta huella alguna monárquica: el Presidente vitalicio, el Senado vitalicio, los Censores—*Pares* de la República, instituciones arcaicas en una organización republicana. Dijo cuerdamente que la Constitución era para el pueblo y no el pueblo para la Constitución: es decir procedió desde la base consuetudinaria, para traducir el hecho social en la Constitución, según la lealtad de su entender y la hidalguía de su saber.

Jamás fué tentado de utopías, ni se inspiró en las leyendas de la virtud greco—romana. Para él, simple retórica fueron quizás el arado de Cincinato, la limpieza de Fabricio,

la impecabilidad de los Gracos y la intransigencia de Catón. Sabía muy bien en donde y entre quienes se hallaba él; en un núcleo racial de indios y mestizos, de hombrecillos de toga y de yatagán: ¡bueno resultaba todo ello para fingir una república ideal! Tampoco creía en la posibilidad de trasplante de la democracia de Washington, Franklin o Jefferson, pues carecíamos de la tradición democrática de aquel país inimitable—los Estados Unidos—y no podíamos vestir a su medida.

Quiso una organización sencilla y propia, sin complicación ni demasías, para un gobierno fuerte, barato y homogéneo, dentro de una ciudadanía ligada por la unidad religiosa y política. No le pareció desacierto ni retroceso la reelección presidencial que constaba en la magna ley de los Estados Unidos. Cuando un país halla su hombre, ha de conservarlo al frente de sus destinos, por el mayor tiempo soportable, a fin de usufructuar un dón de la naturaleza, que raras veces se concede a la esterilidad de los pueblos.

Fortificar la autoridad, a que sea respetada, para consolidación de la paz, es práctica que aconseja la filosofía del derecho. Convertir al personero del mando en personaje de teatro, vestido un instante con las ropas de la escena y entregarlo luego al escarnio, no conduce sino al menosprecio de la autoridad, al descrédito de la sociedad civil y a la ruina de la nación. En caso de agresión y trastorno, las garantías se limitan por la ley de la guerra, durísima pero necesaria; el *habeas corpus* cesa ante la consideración suprema del instinto: primero la vida, en la tempestad el arma es el rayo.

La autoridad revista caracteres de dignidad, proceda de legítima fuente, guíese al tenor de la justicia, represente la paternidad en la vida pública. Constituido así el poder, no teme la libertad: la libertad es su aliada. Pero si ésta se lanza a la revuelta, la autoridad significa el orden, y el orden prevalece sobre la libertad, si entonces esta merece su nombre.

Motivó rechazo, desde su discusión misma en la asamblea, la restricción de la ciudadanía que acordó la Constitución de 1869, limitándola a los católicos. Tiempos eran aquellos en que la unidad religiosa no tenía quizás caso de excepción, y el legislador creyó declarar lo

justo al reconocer un hecho y convertirlo en derecho. La avasalladora corriente llamada *espíritu del siglo* no podía conformarse con aquella limitación, que además aparecía única en toda la tierra. Pero García Moreno no tuvo nunca miedo a la opinión de los demás, ni se dejó aplastar por la atmósfera, aunque esta pesase sobre el mundo entero.

Por lo demás, la organización constitucional y las leyes secundarias se encaminaban a una reforma completa, en el sentido de simplificar la máquina política, abaratar la administración y hacer más llevadera la comunidad civil. Desde luego, se limitaba "la profusión de elecciones populares y suprimíase la influencia decisiva y casi irresponsable de las Municipalidades en la función electoral": gallarda tentativa que hoy apenas se tolera en la cátedra o en la prensa del Ecuador.

En un estudio comparativo de nuestras constituciones, a pesar de sus defectos, no llevará la del 69 la marca de escarnio que le aplicaron sus adversarios, de entre los contemporáneos: por lo menos, esa Carta fué hecha de una sola pieza: surgió del molde sin arruga ni mella ni escoria: obra al fin de un profesor de energía.

LA CUESTION TERRITORIAL.

¿Se escapó esta a la vigilancia del Jefe de Estado?

Desde las campañas de simple ciudadano, conoció que nuestra posición internacional padecía crisis, que nosotros no podríamos conjurarla sino en la forma positiva de la ocupación de los territorios que había comenzado a invadir el Perú. A las argucias del vecino usurpador, contestamos con la ocupación de lo nuestro, con la defensa de la casa, añadiendo a los motivos del derecho el argumento del dominio real. En su gobierno, García Moreno mantuvo la posesión en el Napo casi hasta su desemboadura: sus leyes de división territorial, los informes de gobernadores y misioneros comprueban que, con la cruz

y la espada, se guardaba bravamente el territorio amenazado. Fue necesaria la eliminación de las Misiones, para que nuestras tierras quedasen a merced de la usurpación extranjera. Solo la locura sectaria ha podido suprimir al misionero, el heraldo de la civilización en todo el mundo, en la Era Cristiana. La acción del Gobierno, de los Concilios Provinciales y de las Ordenes religiosas, conservó, hasta 1894, el mayor dominio en el Oriente, hoy invadido, en todas direcciones por el Perú. Su avance, contenido casi a la desembocadura del Napo, llega hoy hasta el Aguarico, es decir, al corazón de nuestro territorio.... Es la conquista metódica y sin resistencia: detrás de la cruz, huyó la espada....

Desde 1862 comienza la organización formal de las Misiones de Quijos, Mainas, Macas, Yaguarzongo.

Hubo entonces mismo de producirse la locura del sectarismo, que atacó a los misioneros en el centro de sus conquistas heroicas. Unos desterrados insurgentes, hasta bajo el gobierno de García Moreno atacaron (1864) y dispersaron la misión del Napo. En 1894 debía repetirse la salvaje escena, siendo actores en ella elementos similares a los de 1864; y en 1895 fué la dispersión de los misioneros jesuitas, de raíz y para siempre.

España, todas las naciones colonizadoras, amparan hasta a los presidiarios que mantienen el respeto a la nacionalidad; ¡y nuestros Césares de similor decretaron la proscripción en masa de los misioneros, cuyos puestos de defensa y de pacífico combate han ocupado al punto nuestros adversarios....!

De Galápagos se preocupó el eximio patriota especialmente, y una de sus campañas de prensa contra Urzúa se explica por el temor de cesión del Archipiélago a los Estados Unidos. En ello, moviéndole no solamente el interés nacional, sino el más amplio del americanismo.

En el Senado de 1858 habló así: "Establecido en esas islas el nido de la águila americana, emblema de la rapacidad y de la fuerza, ¿qué sería de la independencia del Ecuador y de las demás repúblicas vecinas?"

Pudo alguna vez, cuando a ello le inclinaban los desengaños del patriotismo, soñar en el protectorado extranjero (el de Francia su segunda patria) como el que andando los años aceptarían Cuba y Panamá. Pero muy

en breve, rectificó su efímera opinión, hasta el grado de rechazar, con toda la vehemencia del alma, hasta la reconstitución de Colombia, la famosa creación boliviana.

Amenazados por imperios vecinos, desvalidos en cuanto a la restitución de nuestras posesiones; no puede siempre imputarse a mengua la tentativa de ingresar en un cuerpo social más poderoso, mediante la confederación que salve la vida, aunque se pierda algo de lo doméstico y tradicional de la nacionalidad.

¡Y los traidores, los que nos vendieron al extranjero, los que pedían amparo a Mosquera y mendigaban la intervención del conquistador del Sur, acusaron a García Moreno de antipatriota! ¡Jueces ellos! ellos por quienes nuestro patricio llegó a pensar en un recurso de naufragio, en un salvamento, a costa de la libertad....!

LA PROTESTA POR EL PAPA

Episodio de gran relieve en su gobierno, se recomienda la protesta contra Víctor Manuel por la ocupación y conquista de los Estados Pontificios.

Se tachó de ridículo el documento, porque procedía de país débil y de Cancillería no llamada a los orgullosos Consejos de las Naciones. Mas, precisamente por ello, aparece solitario y nobilísimo el reproche del Benjamín de los pueblos, en medio del silencio de los poderosos, que con él, sancionaban la iniquidad y la derogación de los principios de justicia invocados mentirosamente; la conquista quedaba como antecedente, para que más tarde, la fuerza salvaje determinase la vida o la muerte de las sociedades, como en los tiempos en que la maza de Tamerlán o Gengis Kan o el alfanje de Mahomet señalaban los límites de los Estados.

Ayer no más, al suscribirse el tratado de Versalles, el último de los aliados, caballero al fin de la caballería española,—el representante de Portugal— protestó contra a-

quel pacto, sentencia de muerte, extenso y complicado padrón en que se derogaron hasta el derecho natural y casi todas las llamadas conquistas de la civilización, en daño de la majestad de la victoria, invocando como complemento de ironía los motivos de una imaginaria liga de pueblos, que tentarían a surgir como el fenix en las cenizas del incendio.

Es que en esa junta, la más solemne de la historia universal, no se pronunció el santo nombre de Dios, y se cerraron las puertas al Pontífice, que con el báculo en la siniestra y la cruz en la diestra, pudiese exclamar—¡El Señor y la paz sean con vosotros!—Sin el Pontífice se hizo el Tratado, y el Tratado no contiene un atomillo de misericordia, y no consolidará la quietud moral del astro en que rodamos enloquecidos.

Y por fin, García Moreno, el varón de Dios en la vida pública, entregó su pueblo a Jesucristo. Tuvo el valor único de iniciar, en medio de la rebelión de la incredulidad, el rito solemne de dedicación al Señor, al Redentor, al Mártir, a su Corazón, la Patria y sus destinos. Confesó a Dios, en el esplendor del poder y no en la penumbra de la caída o en la afrenta de la derrota: acción excelsa de pensador y de estadista, que reconoció el Imperio Divino en el universo, exaltándose hacia la transfiguración, en un espectáculo de fé y de gloria digno de las cumbres luminosas del espíritu humano.

No juzgó que, en la tarde de los siglos, en la desolación del escepticismo, un jefe de diminuta nación, pudiera avergonzarse de echar la cruz sobre los hombros, arrojarse ante el altar del sacrificio en que Dios mismo se consumía en holocausto, y confesar con brío y gentileza su rendición ante la soberanía del Hacedor.

El, primeramente en el mundo, hizo la consagración magnífica de su Patria al Amor de Jesucristo, anticipóse en la descubierta de este movimiento de sublime polarización de la Tierra hacia el Primogénito, el Príncipe de la Paz, el Juez de vivos y muertos. Ayer, en la buena España, que nos dió la cruz y la vida, en el centro geográfico de la heroica Península, se dió el sorprendente espectáculo del Cerro de los Angeles: el monarca, los grandes del Estado y los Ministros con la Iglesia española, entregaron la España a Dios, en pacto solemne y perpetuo.

El espíritu de García Moreno, oriundo de la mística Castilla, allí debió de estar, sin los obstáculos del tiempo y del espacio, que no existen, en las moradas de ultratumba y en el luciente infinito espacio del Divino Imperio.

ORIGINALIDAD

¿Qué distingue a una persona? el sello característico de su obra que la separa del común de los mortales y lo espontáneo de ella dentro de la misma originalidad y novedad, que constituyen al hombre inventor y descubridor: el genio mismo es la originalidad elevada a la potencia de lo sublime.

En el prócer ecuatoriano, buscareis vanamente la realización de las curiosas doctrinas de los biólogos y psicólogos modernos; ni la de la imitación, fórmula del tradicionalismo de Gabriel Tarde, ni la del medio, la hora y el ambiente de Taine, ni la tan conocida de los hombres representativos, de aplicación inevitable según Carlyle y Emerson.

García Moreno, sin pretenderlo, sin premeditar, fué absolutamente original, solitariamente original, heredero casi sin herencia, ejemplar de elección, desarrollado en la espontaneidad de la auto—disciplina.

La república, nacida de la rebelión, resultaba hasta el, hasta ayer, la hija más o menos revolucionaria, en el sentido de emancipación de la idea religiosa respecto de la ley cristiana. Nuestro legislador encontró el punto de ensamble de la democracia y del Evangelio, dos corrientes paralelas que esperan aún el día glorioso para la humanidad, en que se confundan, en una sola línea dinámica, para la trayectoria de la tierra al cielo. El no imitó a nadie, ni tuvo de quien imitar su sistema sencillo como invención providencial, diáfano y sincero, de contextura a prueba de las veleidades de la fortuna y de los embates de la fuerza. En la química social, juntó los elementos pri-

mordiales para combinaciones y reacciones que habían de producir la hermosa sorpresa de la República Cristiana, última de las hijas de la Iglesia, bautizadas en la joven y libre América.

La dispersión de la soberanía en la democracia compromete el principio de autoridad, y sin esta, justa y respetada, se produce el desequilibrio que degenera en el inevitable régimen de la fuerza: los elementos sociales en lucha, determinan, vencedores o vencidos, la ley del desquite y las represalias de la guerra; la libertad se convierte en conquista y la Constitución en código penal. Nuestro estadista dió respetabilidad al elemento autoritario y organizó la democracia para su realidad, no para los efímeros espectáculos de una libertad que, en rivalidad con el poder, prepara la tiranía, que al cabo brota, como el hongo malsano, de la descomposición social.

El medio, la atmósfera no podían inclinar ni quebrantar el temperamento del estadista católico. Precisamente, no fué el medio que influyó en él, sino él quien transmitió a la sociedad en que nació, el espíritu vital, el aliento sugeridor, el brioso movimiento. El hombre hizo al pueblo, el pueblo no engendró al hombre; el pueblo casi no lo era, casi no podía comprender el sistema y la osadía de su constructor.

No pudo por lo mismo ser para nosotros un representativo: llevaba sobre sus hombros toda la carga, y su patria estaba representada en él, por elección, por selección, por superioridad. No era representativo: tal juicio respecto de él, menguaría su estatura y le redujera a la mediana condición de coeficiente social. Su grandeza consistía en excederse así mismo y a la raza, al tiempo y al medio físico. Así es siempre el genio.

He aquí uno de los motivos de su exaltación y su nombradía. El mundo ríndese ante todo en frente de los exploradores, de los que se adelantan a su siglo, de los que descubren y se imponen por la genialidad de su temperamento y de sus obras, de los que se sobreponen a la atmósfera y se encumbran para mantener, en los dominios del viento, el equilibrio de las alas....

Los representativos casi siempre son los mediocres.

Todavía, en esta empresa de espiritualidad y progreso, asoma solo; los movimientos paralelos al suyo, en otros

pueblos y otros hombres, casi no han pasado de tentativas.

A la caída de Luis Felipe en Francia, se proclamó la República y el Gral. Lamoriciere (el gran colonizador de Africa, el soldado al servicio del Pontífice) aceptó la nueva forma de gobierno.

De él escribe el Abate Bounard (*La foi et ses victoires*):—"Era de los hombres que se hacen de la República un ideal social, al que todas las libertades y prosperidades son llamadas a florecer, a la sombra de todas las virtudes. Por eso, él la quería... católica al modo de García Moreno, o siquiera religiosa como la de Washington, con el catolicismo especialmente respetado en la común libertad de las demás religiones".

Ideal sin complicación y de extrema sencillez para su aplicación, si la humanidad no llevase en el seno la levadura de rebeldía y el germen de disolución....

EL ESCRITOR, EL POETA, EL ORADOR

No solo experto químico y naturalista, no sólo matemático consumado como discípulo del famoso Duhamel, García Moreno, sin alardes de enciclopedia y pretensiones de universalismo, invadió todos los campos del conocimiento, completando la educación, en términos que no se encuentra prohombre como él, sino en tiempos y países de excepción.

Napoleón fué todo y para todo; Bolívar como Napoleón. García Moreno estudiaba intensamente las disciplinas de su tiempo, desde las ciencias exactas hasta las teológicas, desde el derecho privado hasta la agronomía: artes, técnica industrial, economía, política, cálculo diferencial y poesía: fué el genio de la elasticidad y la amplitud.

Prosador, su manera aparece muy suya, de concisión extrema, iluminada por chispas de ingenio y lumbres súbitas de pasión. A continuar escribiendo, habría logrado mayor sobriedad y limpieza, y llegado a maestro.

Su oratoria surgía animada y precisa, se podía decir de ella que iba al blanco como el cazador:

“Donde pone la vista, el punto pone.”

No amplificó jamás; como Julio César, mas bien que artista de la palabra, se mostraba artista de la acción.

¿Y poeta? Si que lo fué, y de los de fuego y empuje, poeta a lo Juvenal. Su obra primaria es una epístola terriblemente acerba, que tiene la solemnidad de la *Elegía a las Musas*, una de las obras maestras de la Antología castellana, y el vigor olímpico de las invectivas de Jovellanos:

“Quien a las altas cumbres la audaz planta
mueve y subir procura, no consigue
sino elevarse a la región del rayo....”

Termina con la visión de su martirio:

“Conozco si la suerte que me aguarda,
présago triste el pecho me lo anuncia
en sangrientas imágenes que en torno
siento girar en agitado sueño....”

Presidente poeta, como Nuñez y Caro y Mitre y Cordero y tantos otros magistrados artistas de la palabra y de la forma, su nombre es un mentís al supuesto divorcio entre la poesía y el arte de gobernar, que ya consideró el maestro indiscutible, Victor Hugo: “Prejuicio vulgar y absurdo el que considera al poeta inhábil para los negocios humanos.... Al contrario, el poeta es el hombre de Estado por excelencia: brazo y cabeza, corazón y pensamiento, hierro y antorcha.... conquistador y legislador, rey y profeta, lira y espada, apóstol y mesías.. .”

De sus obras oratorias poco se conserva: recogidas en extracto, no dan la impresión cabal de su nerviosa contextura. Los que le oyeron recuerdan el efecto súbito de emoción que producía su elocuencia.

“No quiero profanar este recinto, dijo en momento solemne, pronunciando su nombre aborrecido (el de Urquina); y sin embargo ya sabéis todos quien es.... Por desgracia, el Presidente de la República tiene por ese hombre

una sujeción que degenera en aquella obediencia ciega de que solo se hallan ejemplos en la disciplina monástica o en aquella que pone a un hombre en poder de otro, como el bastón en manos del anciano, como la segur en manos del leñador, como el cadáver en manos de los que lo llevan a sepultar. Al hablar así, nada nuevo anuncio....lo único que hay de nuevo es la libertad con que lo expreso, en un país que la opresión ha envilecido”....

Sus proclamas centellean como la hoja de la espada y debieron producir escalofrío en los momentos en que, a sus vislumbres, cerrábanse los ojos, de terror. En esa literatura tan banal y difícil, acertó dar la nota originalísima y la impresión adecuada al momento, a la acción y al medio circundante.

EL PATRIOTA.

El patriotismo se ha disipado en música verbal, en boca de los sofistas de la política; casi ha perdido su primitiva sustancia de renunciamiento, de sacrificio, de culto a la Patria: esa otra religión de la ciudadanía.

En nuestro pequeño país, hemos conocido ¡bendito sea el Cielo! esta nobilísima pasión a la Patria; y uno de nuestros compatriotas que más la encumbró, hasta la suprema abnegación, fué García Moreno.

Pocos son los políticos y Jefes de Estado que aman a su país, a pesar de su mezquindad y pequeñez. Los más estiman la patria como la tosca vena de metal a que se debe arrancar el oro o la plata para edificar el tesoro privado, que ha de desperdiciarse en los inagotables centros del placer, en tierras opulentas, en donde compramos a gran precio la esclavitud personal. Otros superhombres, desde el olimpo de su elevación, descargan sobre sus hermanos el denuesto y sobre la desvalidez de su tierra el desdén, que cae como la saliva lanzada al cielo, a la propia frente de los menospreciadores de su madre.

Hasta el patriota Rocafuerte exclamaba: "Estoy cansado del alto honor de ser ecuatoriano de nacimiento, y tan hostigado de la horrible prostitución que impide los progresos de este hermoso país, que estoy casi resuelto a irme a Europa.... a no volver nunca más a esta bendita América, tan llena de reptiles venenosos en los bosques como en las ciudades".

No así García Moreno. Si a alguien, tanto como a Bolívar, podían permitirse recriminaciones y querellas contra la ingratitude de la Patria, es a él. Pero su virtud, firme como el cimientito de la montaña, jamás se desvió hacia la soberbia de la queja o la amargura de la reconvención: no pasó de flechas de sátira elegante o de lamentaciones sin hiel de pesimismo.

Acechado por el ojo vigilante de los asesinos, no comprendido, siempre calumniado, solo acertó el inocente desahogo del poeta:

"¡ Oh sí la patria abandonar pudiese,
y en apartado clima, oscuro asilo
do vivir ignorado se me diese,
donde de acero fratricida el filo
no amenazase cruel mi edad lozana
donde latiese el corazón tranquilo....!"

Nunca se encontró en plena paz de corazón sino en su tierra; a su tierra vinculó su fortuna. Tuvo a la vista siempre el cuadro sangriento de su muerte, y no la esquivó; porque, en el cálculo altísimo de su visión sobrenatural, entendió que debía consolidar la prosperidad de su patria con la sangre del sacrificio..

Fué algo más que el patriota: el héroe, el santo del patriotismo. A sus adversarios, si se llaman patriotas, desarmarles debe esta virtud de nuestro caudillo, que no tuvo instante de flaqueza y llevó la locura del patriotismo más allá de los umbrales de la vida: en muchos países extranjeros y en muchas historias, por ese gran patriota, se sabe que existimos los ecuatorianos bajo el sol....

Para su patria vivió, por ella murió: preparó reflexivamente los motivos de su martirio. No cayó como gladiador en el circo del castigo, ni en súbita asonada de vengadores enfurecidos. Se entregó al holocausto para reparación, para redención de su patria; y su sangre empapó el terruño que la guarda, para fecundidad de virtud y de gloria.

LA OPOSICION

En su carrera de magistrado tuvo García Moreno, como resistencia, no solamente la miseria del país, la rebeldía de la inercia y la indiferencia de la masa ignara y bruta, sino la rebelión constante de dos núcleos de oposición.

“¡ Infelicidad del buen príncipe, exclamó Cervantes, ser culpado de los súbditos, a causa de que los uncs son verdugos de los otros, sin culpa del señor !” Ciertamente las faltas del magistrado casi siempre resultan faltas de su pueblo: proceden de la atmósfera, brotan del humus social y prosperan con el calor y la humedad del terruño. Es indudable que, en país mejor, el hombre de nuestra Patria habría tenido toda la serenidad del equilibrio y la prevalecencia harmónica que participan del suelo y del ambiente: habría luchado menos y logrado más.

Reducido el elemento militar a postergación y nulidad por el Jefe Supremo de 1859, hubo de soportar este las acometidas, las invasiones, las celadas: todo ello al rededor y con el prestigio del General Urvina, fundador del militarismo nacional, adversario nunca insignificante, pues midió sus fuerzas con las de García Moreno.

El naciente y exigüo liberalismo lo atacaba tambien desde las trincheras de la prensa, con redoblado furor. Moncayo, el patriarca, añadía a las invectivas de periodista los alardes de su oratoria de alta tensión; y sobre todos sus adversarios, se adelantaba Montalvo, estilista formidable, consumado lidiador de la pluma, que manejaba el sarcasmo con tanta habilidad como la maza de Hércules de su literatura de combate.

Los más numerosos y talvez de más prestigio entre los émulos y acusadores de García, fueron los del partido moderado, cuya sede estaba en Cuenca: los periodistas republicanos y bien preparados de entonces: católicos sin re-

serva, profesaban además como una religión *el republicanismo*, ideal muy hermoso, aunque bastante utópico y sin adecuación al estado social de la época. En el primer periodo de 1859 adelante, los patricios de Cuenca con el Dr. Benigno Malo a la cabeza, estuvieron con García Moreno: el mismo Doctor Mariano Cueva, personaje de nota, fué Vicepresidente de la República, gobernador el Dr. Manuel Vega y candidato para suceder al Doctor Cueva el Doctor Antonio Borrero. A fines del primer periodo, separado del gobierno de Cuenca el Dr. Vega, renunciando la candidatura el Dr. Borrero por escrúpulos de puritanismo; casi todos los escritores de *La Prensa*, *La República*, *El Constitucional*, *El Centinela* enderezaron sus armas contra el antiguo caudillo de 1859.

La historia dirá de los periodistas y republicanos de Cuenca, tan rectos y patriotas, si procedieron correctamente, separándose de la colaboración política en torno de García Moreno, entregado desde entonces casi exclusivamente a un círculo que no discutía sus actos, ni le servía quizás de contrapeso, para normalidad en el ejercicio de la magistratura.

En obsequio al valor del famoso magistrado, fuerza es recordar que él iba derechamente a su objetivo, insensible a las calumnias de *El Cosmopolita* y a la tenaz campaña de los escritores del Azuay. Los proyectiles de la pluma saltaban sobre él como sobre una superficie de acero: la serenidad del ofendido adivinaba tal vez que no muy tarde el puñal había de abrir en su cuerpo la puerta a la venganza. Ante tal perspectiva, las heridas de la pluma parecíanle una caricia.

Su divisa era ¡adelante! sin volver los ojos al pasado, con la mirada fija en el derrotero y en la pista de su vocación. Pudo él, discípulo de Pablo, el misionero de los gentiles, exclamar: "*Ego me non arbitror comprehendisse; unum autem quae retro sunt obliviscens; ad ea vero quae sunt priora extendens meipsum ad destinatum prosequor ad bravium supernae vocationis.*" (Philipp. X. 13—14.)

No muy tarde, comenzaba para él la justicia, y del campo contrario, le llegaban homenajes: la sinceridad que brotaba del fondo del desencanto, al hacerse el aterrador balance en las liquidaciones de la historia. Montalvo confesaba en *El Regenerador*: "García Moreno! qué hombre!

Este sí: que hombre! Nacido para grande hombre.... Sujeto de grande inteligencia, tirano sabio, jayán de valor y arrojo increíbles, invencionero, ardidoso, rico en arbitrios.....imaginación socorrida, voluntad fuerte, ímpetu vencedor...." Borrero escribía también, al rectificar la más vehemente y bella apología de García Moreno (la del P. Berthe): "En esa época la más brillante de la vida pública del heroe (la tumultuosa del primer periodo) manifestó éste cualidades que lo enaltecen sobre manera: valor a toda prueba, infatigable actividad, inquebrantable firmeza, indomable energía; todo esto unido a altísimas dotes intelectuales...."

Casi no habrá político sincero en el Ecuador que no se haya rendido a la evidencia y confesado que aquel fué nuestro hombre: los mismos que soportaron sus agravios, los que heredaron resentimientos y venganzas. Al rededor de aquél gira nuestra historia; a aquél se refiere el problema aún sin solución de la vida nacional, y no se podrá jamás prescindir de su genio que resucita todos los días, para mostrarnos el derrotero y alumbrar la senda....

Cuando se hizo la noche como noche del polo de las dictaduras de Veintimilla y otras dictaduras, todos, excepto los ciegos y sordos de nacimiento, sintieron la nostalgia de la grandeza y el patriotismo que, envueltos en sangre, cayeron, en aquella escena como de jaula de fieras del 6 de Agosto; fecha en que paró el sol, no para prolongar el día, sino para largo, futuro imperio de tinieblas....

ERRORES Y FALTAS

¿Preguntáis por sus errores y flaquezas? Débense aquellos y éstas a su naturaleza impetuosa; no tuvo premeditación al excederse, irrumpió en el acto primo: torrente inclinado sobre el abismo, hubo de ser cascada, prodigio del desborde y de la fuerza. ¿Que por esto le perdonamos sus revoluciones, su inclemencia y súbito furor, sus castigos en veces de mal gusto, como los azotes dados a un viejo General, su congestión casi despótica que llevababa a la cabeza toda la sangre y la vida, para absorción de poderes y monopolio de responsabilidades, en menoscabo de los factores secundarios, causas segundas en la dinámica social? ¡No le perdonan! la historia le ha discutido, la historia le ha residenciado. ¡Los hombres perdonan, menos que Dios.....!

¿La exageración de las represiones? Ay! cuan triste hablar, en un país en que la violencia de las situaciones explica la severidad de los castigos! Quizás la clemencia habría dado más fruto y para una cosecha definitiva de paz. Pero la noche de aquel tiempo y la crudeza de los caracteres no consentían otra forma de procedimiento. A lo menos, este aparecía franco y muy leal, con alardes de justicia y para bien de la patria. El vengador no se conformaba con el engaño ni los procederés a la sombra, que son los que han sustituido a la terrible liturgia del cadalso: la farza, la eliminación, el tormento en las tinieblas, el crimen anónimo, el veneno al fondo de las copas, no se compadecían con la plena luz que se derramaba, en la situación creada por ese personaje que no padeció nunca aquel espasmo mísero del alma —la hipocresía, miedo de los viles y sofisma de los intrigantes.

¿La doctrina de la *insuficiencia de las leyes*? ¿La imposibilidad constitucional en las conmociones interiores y ante la invasión exterior? Se han escrito y pueden escri-

birse bellos discursos para discutir tales conflictos. Pero nadie negará que, en las tormentas revolucionarias, cuando los caudillos de la revuelta practican la abolición de las garantías, la autoridad no puede presentarse en posición inferior a la de sus agresores “¿Cómo gobernar—dijo García Moreno—donde gobernar es combatir? ¿Cómo asegurar la existencia y la libertad de la República y promover su progreso, a pesar de los que desean el desorden para medrar, porque saben que, cuando el agua se revuelve, el cieno es el que sube?” Si la ley se hizo mal, sobre ella se impone el hecho, y este prevalece. “Donde muchos mandan—escribió Montalvo—el orden viene mal servido y la desobediencia vuelve inútiles los esfuerzos del valor. Si el más fuerte no los dominara con el poder olímpico, término llevaran de ser todos dictadores”.

Bolívar gritó en medio de la tormenta: “La República se pierde si no se me confiere una inmensa autoridad; para sujetar a la ley del deber tantas pasiones irritadas, se necesita un poder colosal”.

A ese recurso han acudido cónsules y tiranos, patricios y tribunos, y nadie más que los faranduleros de libertad, cuya tiranía, ejercida en nombre y por cuenta de aquella calumniada palabra, resulta tiranía sin apelación. La Carta Fundamental y las leyes, objeto fueron antes de culto, idolatría de nuestros respetables antepasados. Posteriormente, en plena normalidad, se nos hacía saber que la Constitución era un pedazo de papel, sobre todo en manos del poder Legislativo; y el oráculo de la prensa fulminaba esta amenaza: “¡Se vencerá con el signo de la mano fuerte que se cierra sobre la balanza de la justicia, cuyo fiel es la espada!”. (*M. J. Calle*). Ni siquiera se habló del despotismo legislativo, del despotismo sin recurso a la justicia, la omnipotencia irresistible, sino de la apelación definitiva a la espada, de la conquista del derecho de los demás, de la última evolución de la fuerza.

REVOLUCIONARIO

¿Y la revolución? ¿No fué él acaso revolucionario? En circunstancias de solemne expectación, exclamó: "Lejos de cometer el delito de conspirar, he cometido el de no haber conspirado... He cometido sí este delito de lesa Patria, y para expiarlo ¡la muerte misma no sería demasiado!"

Ha de saberse ante todo, qué se entiende por revolución. Esta corresponde a desorden, trastorno, inversión de los valores jurídicos. Ahora bien: un usurpador, un gobernante que invierta dichos valores, que atente contra las garantías del hombre y del ciudadano, ¿será poder, tendrá legitimidad? Justa es, honrada y nobilísima, y casi siempre heroica la resistencia contra los malhechores públicos, que suprimen los derechos primordiales anteriores a la sociedad política, y los suprimen desde la posición privilegiada del poder. ¿Conservará los atributos de tal quien ataca los fueros de la familia, para tiranizar la conciencia y corromper a las sociedades en sus mismas fuentes? La revolución se hace desde abajo y desde arriba: aquella es bien conocida y nadie la niega el nombre: la autoridad, por sí y en nombre del pueblo, la rechaza para restablecer el orden. La revolución que se hace desde arriba resulta mucho peor, poderosa y casi invencible; pero no por hacerla los poderes públicos, se ha de rehüir la resistencia, para salvar las libertades primarias, la creencia, la vida, la propiedad. ¿La sociedad no se hizo para que, entrando en ella, agrave su situación el individuo, sino para que la mejore. A la luz de estas consideraciones, no sólo se atenúa, sino se explica la doctrina proclamada por García Moreno, de oposición armada contra los malhechores de arriba.

Ciertamente no todas sus arrogancias proceden del fondo de la justicia, menos se absolverá incondicionalmente la violenta destitución de Espinosa. Pero quedan a salvo los fundamentos de la doctrina, aunque encuentre in-

convenientes en la aplicación, y no pueda entregarse al criterio inconsistente de las multitudes. Cuando se rompe la gerarquía de los derechos, cuando llega la contradicción entre las libertades primordiales y la máquina política, prevalecen aquéllas; y el enemigo de Dios, del individuo y de la familia, esté donde estuviere, abajo o arriba, criminal es público; y el crimen, agresor o triunfante, ha de rechazarse, sin las armas, o con las armas.

El Libertador definió nítidamente la doctrina, cuando dijo: "La verdadera libertad es la libertad civil". Si ésta se conculca, el pacto político deja de ser, y la autoridad también: queda en el fondo lo originario, el derecho divino de la naturaleza.

Cierto que la doctrina halla tropiezos en la aplicación, y que se completa con la práctica inevitable del desquite—la otra hoja afilada del puñal. Mas, la conciencia, la justicia de la naturaleza, la ley de Dios no engañan jamás; y el hombre, colocado en esa sede de elevación y de equidad, no se engaña tampoco.

Y no son los libertarios los llamados a condenar por ello a García Moreno; ellos que bien quisieran exclusivo suyo el derecho de insurrección, para que sus vencidos sean eternos esclavos. Si la doctrina de resistencia pasiva fuese en todo tiempo la única defensa del derecho, la usurpación se consolidaría y la conquista suprimiría pueblos enteros. Para ventura de la humanidad, en jornada de siglos, se ha visto cómo revivió Polonia, y Turquía devolvió la libertad a una familia de naciones; y los irlandeses salvan triunfante su libertad después de un naufragio de sangre.

LA INTERVENCION ELECTORAL

Intervino siempre en el debate electoral, pero respetando la libertad ajena, y con la noble franqueza de quien no tiene miedo a decir la verdad. Los gobiernos, ya sea en el régimen parlamentario, ya en el de responsabilidad única del jefe de Estado, han de terciar y terciar en las elecciones: lo contrario significaría suicidio. Pero esta intervención ha de realizarse dentro de la máquina de los partidos y conforme a leyes apropiadas, no como la actual nuestra que vicia a las Municipalidades, convirtiéndolas en sentinas políticas. García Moreno no se engañó ni engañó a nadie, no mintió prescindencia jamás: antes bien, dirigió circulares intimando a los funcionarios públicos que votasen por los candidatos de simpatía del gobierno. Este ni siquiera los designaba, sino las agrupaciones provinciales de amigos y partidarios. Muchas veces producíanse escisiones, con las que se abrían las válvulas a la libertad.

Además, ha sesenta años, el pueblo no estaba acostumbrado al sufragio; y las clases directoras, el clero, los terratenientes, la juventud, debían empujar hacia las urnas a los electores, a riesgo de quedar ellas desiertas. La función electoral, eso sí, practicábase correcta y limpia: la justicia castigaba severamente el fraude o la violencia, no se dió quizás un caso de falsificación, y el escrutinio se practicaba en asamblea abierta, haciendo valer los ciudadanos el respeto a la ciudadanía, fuente de la autoridad. Todas las agrupaciones y los partidos estaban conformes en que se eligiese y se escrutase honradamente. Se extremaba el celo hasta asegurar el secreto inviolable del sufragio, para impedir que el temor lo desnaturalice. Así, escribió el Dr. Benigno Malo: "¿Queréis ser fuertes? Dejad que el pueblo os elija, pero no pongais luz entre vosotros y la conciencia asustadiza del pueblo. No lleveis testigos, en ese instante del alumbramiento de la autori-

dad. La sociedad, como la mujer, quiere el secreto para entregar el fruto de sus entrañas."

Han pasado sesenta años; el sistema electoral ha evolucionado, en todo el mundo hasta en Haití y en la república de Liberia, llegando a la forzosa representación de las minorías. Y en el Ecuador, ¡no se mantienen ni siquiera las listas de principales y suplentes de García Moreno! Se hacen hasta los accesitarios, se preparan las bases de la elección y del escrutinio, se ordena la gerarquía. Se ha evolucionado francamente hacia el delito: los registros son padrones de ignominia, las urnas una cloaca, las candidaturas pueden llamarse, parodiando una frase eélebre de 1875, *candidaturas del crimen*; la representación se incuba a la sombra, por varonil empuje militar y se completa con fórmulas y papeles que entran en las encrucijadas del Código Penal. Desde la urna hasta la mesa escrutadora, todos esos sitios pueden llamarse *latebrosa loca*, y casi siempre la elección deriva en un proceso criminal. Legislatura, Gobierno y Concejos que así nacen, no deben llamarse poder, aunque usurpan el nombre de tal: y mal puede hablarse de legitimidad y condenarse las revoluciones, en un país donde sistemáticamente se ha abolido la libertad electoral, convirtiéndola en función de oficina a cargo de soldados, alcabaleros, covachuelistas y mendigos de abajo y de arriba, cesantes o ahitos de la mesa del presupuesto.

Es la fórmula y la práctica del Jacobinismo—eliminar al adversario, no darle sitio en el combate. Mad Stael calificó acertadamente el sistema: "Esas elecciones no son para elegir, sino para proscribir".

JUSTIFICACIONES Y EXCUSAS

Nadie intenta, entre los admiradores del grande hombre, absolverle de sus culpas, resucitar todos sus métodos y mantener la unidad y el sistema, después que nuestro país ha roto aquella y carece de las virtudes de su primera independencia. Enferma está la Patria y enfermos también nosotros. Y precisamente por ello, hemos de excusar los errores y caídas del egregio varón. Tales errores y caídas se atenúan y talvez desaparecen ante estas consideraciones:

La intención casi siempre redime la flaqueza del acto, la intención es algo como la castidad de la fuerza, esa castidad que se traduce en la de la historia, según frase de uno de los padres de su filosofía (*Fustel d' Coulanges*). Además, su precipitación más allá del término, la genial osadía de su voluntad, que no se acomodaba a las ductilidades de la transacción y a las concesiones, explican muchas de las vehemencias de ese hombre singular. ¿Quereis juzgar al león como al conejo de monte? ¿el cóndor, rey de la amplitud, se comparará, en el arrebató y la acometida, al halcón atado a la muñeca de su señor? También este coloso de la potencia y la resistencia, puesto tal vez encima de medianías, rodeado de lacayos, cuando se equivocó, fué siempre por motivo de los satélites, por intrigas oficiales y proconsulares: los satélites juzgaban casi siempre solución única la de la fuerza, más segura para ellos, la de más compromiso para el superior.

“La intención es la mirada del alma, dijo Bossuet. La buena intención santifica las acciones como la mirada que endereza e ilumina el paso en el sendero”. Enemigos que discutís sus responsabilidades ¡juzgadle por su intención, juzgadle como vosotros querriais ser juzgados! ¡Ay! del mundo ¡ay! de la historia, si la justicia no procediese sobre la base inmutable de ese documento huma-

no de la intención y según ese criterio de soberana rectitud que arranca de lo profundo de los corazones....!

Y por fin, las sombras que determinan el vigoroso contorno de esta figura, no la obscurecen, porque resultan el fondo natural en que se mueven los protagonistas de la historia. El soberbio, el cruel, el revolucionario, el burlador de la ley, preséntase nimbado con el resplandor del genio. ¿Quién puede negarlo, ni aún sus más inclementes acusadores? Genio, es decir, superioridad, soberanía por naturaleza, potestad que se ejerce en nombre de ella sobre el pueblo afortunado, a quien el Cielo concedió aquel dón casi sobrenatural. Se le teme, pero se le admira; la pequeñez rebélase humillada ante su preeminencia, pero no puede esquivar la sujeción. Varón inmenso, dechado de la raza, honor del hombre, tuvo todos los valores: el valor militar, el valor moral más grande todavía, el valor civil tan raro y casi sorprendente, y el valor sobre sí mismo, para formar su vida como una estatua de marfil, limándola y puliéndola hasta el fin. Y esto en una republiquilla de improvisación, sin impresionarse de la pequeñez del espectáculo, ni renegar un instante de su Patria. Supo vivir, luchar, reinar y morir sin espasmos de flaqueza, con rectitud casi ultraterrena y heroísmo reflexivo y tenaz a la manera antigua.

No acomodó sus pasos conforme a la norma de la helada severidad del justo, que propuso el austero Varrón, para ejemplar y arquetipo. Fundó su virtud en la roca del Cristianismo; y el orgullo de su talento y la violencia de su voluntad se inclinaron también hacia las blanduras de la humildad y la compasión, moderadoras de la naturaleza.

Se ha intentado compararlo con déspotas vulgares, se ha rastreado en él la huella hereditaria del desequilibrio. ¡Demencia la de los que suponen al margen de la locura a un espíritu de férrea normalidad, que realizó la geometría de la vida, abarcando las vastas perspectivas de la Providencia! ¿Los nombres de Rosas, de Melgarejo, de Francia se han de escribir en seguida del de García, llamado el tirano, nombre que enaltece, cuando la justicia absuelve la tiranía? ¡Absurdo y contrasentido! García Moreno fué conquistador y misionero, civilizador y evangelista: no tuvo las limitaciones de lo que se llama vocación, sino la amplitud total de la capacidad humana.

¿QUE HA QUEDADO DE SU OBRA?

Este ser extraordinario, tan combatido, tan discutido, ora levantado a la cumbre de la apoteosis, ora lanzado en las gemonías de la historia, ¿dejó aquí su obra? ha tenido ella la dureza del bronce para ser perenne? ¿Su semilla encontró humedad y sol, en el ancho y profundo surco que trazó su valor?

De los de su misma casa y cámara ¡cuántos desertaron de las banderas, incorporándose a situaciones incompatibles con la síntesis político—religiosa del caudillo! Y ¡fenómeno singular! casi la mayor parte de los moderados sus adversarios, con las duras lecciones del tiempo, convirtiéronse al capítulo sustancial de su doctrina: la moral religiosa, el orden y la justicia, la adecuación de la ley al estado social y la firmeza de la autoridad.

¡Triste es decirlo! y había de callarse, si no fuera evidente el hecho: al rededor de aquel famoso político, quizás porque él absorbió todo como una esponja enorme y recogió el calor total, astro de soberana atracción; no se formó y desarrolló un verdadero partido, con los caracteres de unidad, de régimen y disciplina, partido que recogiese su herencia, la acrecentase y la esparciese. Arbol colosal de los trópicos, cubría una gran extensión con el parasol de sus ramas; y al caer ¿no quedaron, en la superficie de su influencia, sino arbustos para la sombra y vegetación de enfermedad?

El fué casi todo en su círculo y en su país: de entre sus parciales, muy pocos, sustraídos a su seducción dominadora, no lograron obtener simpatía y popularidad. Se hizo el vacío en torno de todos ellos: era la inflexible lógica de los acontecimientos. Era el sol: al apagarse desaparecería el sistema, y vendría el caos. El instinto popular despedazaría las riendas; muerto el domador, la fiera no bien domada, recobraría sus instintos....

La opinión se inclinó llanamente hacia los estadistas de Cuenca y a quien entonces los representaba, para fundar la república ideal, de limpieza como sobrehumana: debíamos realizar un episodio de Tito Livio. Casi en seguida, el monstruo del militarismo arrinconó las ínfulas de Camilo: aquel, como los caimanes de los llanos de Venezuela que describe Humboldt, había estado dormido bajo el bohío, y derrepente alzóse con el bohío y sus moradores sobre las recias escamas. Tornó al palenque el militarismo nacional; el vivaz Urvina alentaba, y pudo lidiar y vencer: teniente fué suyo en el campo de Galte el joven Alfaro, gran promesa de dictador: se iba encadenando la historia en un proceso de hierro....

Antes, los maliciosos liberales habían pedido al timolato y civilista Borrero que se declarase dictador, y provocase una asamblea constituyente, arbitrio socorrido en el Ecuador desde los tiempos del General Flores. Detrás de esa intriga, se deslizó la traición en los cuarteles, y a un traidor se le improvisó caudillo para un gobierno de sarracenos.... La dinastía militar, la que imperó hasta ayer, tuvo cuna el ocho de Septiembre, día mil veces maldito, que tuvo por aurora el beso de Judas.

Resucitó el peculado, la horda militarista cubrió el territorio; y hasta se pensó, después de 1881, en la dictadura del soldado que usurpó el poder por el camino de la traición.. Como en 1859 y 1860, un poderoso movimiento nacionalista aventó al Jefe dictador a playas extranjeras. Casi todos los partidarios del héroe mártir, unidos a los moderados y a la masa neutra, formaron el vasto movimiento de la Restauración. Pareció que entonces había de revivir la parte sustancial del programa de García Moreno. No se dudaba que uno de sus cooperadores asumiese el papel de protagonista. No fué así: lo asumió un político novel del Guayas, de grandes arrestos, de ingenio y valor.

Desarrolló buena parte del programa del famoso estadista, en pasmosa actividad, hasta en las zozobras de constante lucha y extendió por el territorio el empuje civilizador. Parecía que con Caamaño habíamos recuperado algo de la perdida grandeza. Pero él no aspiraba a una concentración nacional con la norma de justicia, progreso y energía que representaba el prócer sacrificado el 6 de A-

gosto. Los diversos matices de la comunidad católico—republicana se dividieron en dos fracciones, definitivamente, por divergencias de temperamento, por celos de predominio, por nimiedades de detalle.

Caamaño consintió en dividir a los católicos y republicanos que se organizaron en 1883, y se hizo llamar jefe de una fracción de ellos. Dividida la colectividad, se produjeron la dispersión y la caída: roto el arco, no disparaba la saeta: fué la desolación, en un cúmulo de extravíos, rencillas intestinas y claudicaciones: las vísperas bizantinas de la venida del conquistador.....

Lo demás es lo vivido por nosotros, lo palpitante, lo de ayer, la dictadura más larga de nuestra historia, la anarquía a medio organizar, la crisis del patriotismo, la bancarrota de la justicia, la formidable máquina de los impuestos, la mayor que puede soportar la acémila humana castigada con el destierro del mundo, el saqueo del Erario, el avance extranjero y la impotencia nacional.... ¡Por Dios! ¿a dónde hubimos llegado? ¿qué somos? ¿y a dónde vamos?

¿Estéril ha resultado la sangre del mártir? ¿Se le ha borrado del libro de la vida? ¿No queda el fuego sagrado en el ara, donde se sacrificó el genio de nuestra República?

¡Solemnes preguntas a que debemos dar respuesta, ingratos ecuatorianos!....

EL CULTO A LA GLORIA

Han desaparecido talvez todos los que actuaron en la brillante historia de García Moreno. En torno a su sepulcro estamos de pié los que aceptamos el legado de su alma nobilísima, los que alcanzamos las últimas olas de su prodigiosa expansión; la juventud que le conoce sólo en la historia y no puede negarle homenaje de respeto y simpatía; el pueblo que sabe bien que si algo resta de sobresaliente en este país, procede de aquel hombre excepcional, que para inmortalizarse, ascendió a la cumbre del martirio. Selló él con su sangre nuestro sagrado símbolo *Religión y Patria*; y *Religión y Patria* se escribieron en su bandera, empapada en el rubicundo licor de su corazón. Esa leyenda compendia el programa: *Dios, Patria y Libertad*, leyenda de los buenos caballeros de la ciudadanía.

Esta generación nueva no viene a justificar equivocaciones ni aceptar responsabilidades, por más que correspondan al augusto personaje. Ciertamente que a él se le ha abrumado de cargos, sobre todo después de muerto. Resulta fácil imputar culpas y desvíos a los que duermen en la tumba, como acertadamente observó Julio César: *Causam peccati facillime mortuis dellegare*. Pero aunque tamizados por la crítica y absueltos en gran parte por la justicia, no aceptamos en nuestra cuenta, errores y flaquezas, por más que vengan del modelo y del prohombre. No en vano han pasado los años, y aunque el cauce y el torrente sean los mismos, distinto corre hoy el caudal de las aguas. Aceptamos si con amor, con reverencia la limpia doctrina, la esencia espiritual, el perfume de verdad y de hermosura de aquella alma que respiró en esfera superior. Depurado el programa por el tiempo, rectificado en las circunstancias presentes, nos declaramos sucesores del caudillo que mantiene en nuestro pueblo la tradición

religiosa y la pasión a la Patria. Tuvo el heroísmo del creyente y la locura del ciudadano: las nobles partes de su sér quedan a alimentar la llama cordial de tan sublimes ideales....

Así se encadena su obra de fe, de patriotismo con nuestras débiles tentativas de reconstitución nacional. Ventajosamente, los errores y faltas del eminente político han pasado a mano de sus enemigos, herederos de aquellos, a título universal. El político tan acusado y maldecido, bien puede decirles: "Mis pecados son vuestras virtudes: *Num mea peccata virtutes tue sunt*", según escribió el valiente doctor San Jerónimo. Así es, cómo, en las luchas del bien y del mal, las lenguas de los varones sin tacha, pasan a ser noblezas y ejecutorias de sus adversarios; y así es cómo los residuos mismos de nuestra depuración se recogen por nuestros rivales....

No proclamamos, al conmemorar al eminente repúblico, el exclusivismo de partido: García Moreno representa altísima gloria nacional, gloria americana; magnífico ejemplar del linaje español, su vida pertenece a la historia universal, y su nombre es el segundo nombre que tiene el Ecuador en el senado del mundo. El pueblo ecuatoriano inclínese respetuosamente ante la memoria de quien le dió la vida en holocausto, genio indiscutible, centro de atracción de nuestros anales. En su glorificación, pueda decirse lo que la señora de Girardin escribió a propósito de la recepción de Víctor Hugo en la Academia Francesa: "Hoy desaparecerá el espíritu de partido, quedando sólo el partido del espíritu"....

La mayor porción de los bienes sociales corresponde a un interés común: el territorio, el orden, la riqueza, el régimen constitucional, el talento, el valor y la virtud de los hijos de la Patria. Ante tales excelencias, división no cabe, y todos los ciudadanos, fieles somos de un sólo culto, el culto nacional. Los partidos se determinan por los puntos de divergencia sustancial que no se transigen, sobre todo cuando la divergencia se produce ¡ay! por la estéril y baldía negación, en frente de la afirmación de la verdad, cimiento y remate del edificio.

Que el dinero, el arte y hasta la beneficencia han de ser políticos y patrimonio del partido, no puede proclamarse, dentro del que tal nombre merezca, sino por una

secta de subsuelo, paréntesis social, donde se incubaba la putrefacción de la anarquía.

Conocemos sí que perdura aún la inquina, que la envidia mordería el bronce de la estatua del genio, que tiene desde años atrás su simulacro en Roma: allí, bajo las doradas cúpulas, reciben homenaje los varones ilustres de Plutarco junto a los mártires y príncipes cristianos. Cosmópolis, la ciudad Señora, París, se apresta a la pleitesía que Francia rinde siempre a la fama. Muy luego el arte de la divina Italia esculpirá la figura del gran hijo del Guayas, para los jardines del Vaticano, donde las abejas virgilianas liban en los lirios y rosas de Cristo. Para nosotros también, llegará la serenidad de la hora, en que logre nuestro grande hombre el perdón a su gloria. Después de un siglo de turbulencia, tiempo es ya de que se haga la paz en el panteón de los inmortales. Indignos seríamos del imperio del espíritu, indignos de Dios y de la Patria, si no cumpliésemos con este sagrado deber del culto nacional.

¡Que la mole de su monumento se levante orgulloosamente al pie del Pichincha, como una montaña de soberanía, de excelsitud, de honor; y que la República Ecuatoriana al fin se reconcilie con la grandeza y con la gloria.....!

ERRATAS

Anotamos las mas sustanciales, prescindiendo de las que a simple vista se advierten:

Pag.	60	—	párrafo 1º.	línea 16,	dice <i>así</i> ;	digase <i>a sí</i>	
					(esta incorrección aparece en otros lugares)		
„	„			línea 30-	dice- <i>el suelo</i> ;	digase <i>suelo</i>	
„	62		párrafo 1º.	„ 8	„ <i>desvanes</i>	„ <i>desmanes</i>	
„	73		„ 2º.	„ 12	„ <i>rasos</i>	„ <i>raros</i>	
„	74		„ 4º.	„ 1	„ <i>esos hombres</i>	„ <i>ese hombre</i>	
„	75		„	„ 2	„ <i>superiores</i>	„ <i>superior</i>	
„	82		„ 18	„ 10	„ <i>el omega</i>	„ <i>la omega</i>	
„	83		„	„ 10	„ <i>hacía</i>	„ <i>hace</i>	
„	94		„ 1º.	„ 2	„ <i>hasta</i>	„ <i>aun</i>	
„	99		„ 6	„	„ <i>mesías</i>	„ <i>y mesías</i>	